

**"Y DESPUÉS DE LA MUERTE,
¿QUÉ?"**

Pr. Joaquín Yebra.

Caronte, ilustración de Gustave Doré para La Divina Comedia de Dante.

INTRODUCCIÓN:	3
UN POQUITO DE ANTROPOLOGÍA.....	11
UN SER VIVIENTE QUE MUERE:.....	26
INTERÉS DIABÓLICO POR ENGAÑAR SOBRE LA MUERTE.....	34
¿HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO?	47
¿PREDICÓ JESÚS A LOS DIFUNTOS ENTRE SU MUERTE Y SU RESURRECCIÓN?	59
¿UN TABERNÁCULO PARA EL ALMA?	66
¿EN EL CUERPO O FUERA DEL CUERPO?	80
PARTIR Y ESTAR CON CRISTO.	87
EL DESTINO DEL HOMBRE SEGÚN PEDRO.....	96
LOS ÁNGELES CAÍDOS Y “RROJADOS “L INFIERNO.....	105
EL DESTINO DEL HOMBRE SEGÚN JUAN.	117
LA PARÁBOLA DEL RICO Y LÁZARO.....	119
LOS MUERTOS RESUCITADOS POR JESÚS.....	126
CONCLUSIÓN.	128
BIBLIOGRAFÍA:	135

INTRODUCCIÓN:

La muerte ha atacado a todas las formas de vida en nuestro planeta. Los animales mueren igual que los hombres. La llamada “segunda ley de la termodinámica incide en toda la creación, y alcanza a los hombres, las bestias, los vegetales y los minerales por igual. Por eso los incrédulos quieren hacernos pensar que no hay nada después de la muerte, y que los humanos compartimos la misma suerte que los animales. Sin embargo, las Sagradas Escrituras nos aseguran, en las palabras de nuestro Señor Jesucristo ante la tumba de su amigo Lázaro, todo lo contrario:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque este muerto, vivirá.”
(Juan 11:2).

No somos fruto de la casualidad. Dios sigue un proyecto preestablecido, y conoce cada detalle, por minúsculo que sea, de nuestro ser y de todo el universo. El Señor lo ideó todo antes de que nacióramos. Él siempre nos ha conocido. Un día, antes de que existiéramos tal y como somos hoy, ya éramos un pensamiento en la mente de Dios. El orden del Eterno siempre ha sido el pensamiento, la creación y la preservación mediante su Palabra. Por eso se nos dice en las Escrituras que “en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste.” (20 Pedro 3:5). Y también añade que “el Señor Jesucristo, siendo el resplandor de la gloria de Dios, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.”

Por eso el salmista proclama: “No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.... Pues aun vuestros cabellos están todos contados.” (Salmo 139:15-16; Mateo 10:30).

“¿Qué nos sucede después de la muerte?” Muchas son las preguntas que me han hecho hasta la fecha, durante mis treinta y cuatro años de ministerio pastoral, pero esta es, sin duda, la que más veces me han formulado los hermanos en las iglesias, en conferencias, institutos bíblicos, seminarios y conversaciones privadas. En muchas de esas ocasiones, la pregunta me ha sido dirigida en voz baja, como si los hermanos sintieran temor de ser escuchados por otros, especialmente por aquellos que se tienen a sí mismos por “guardianes de la fe”. También he de confesar que mi respuesta, con la Biblia en la mano, sin quitar ni añadir, ni condenar a quienes tienen una visión diferente a mi comprensión de la Palabra de Dios, me ha costado muchos disgustos y dolores de cabeza. Con frecuencia me he hallado totalmente cubierto de

etiquetas con toda suerte de nombres, apelativos y adjetivos de lo más variopinto. Y es que el tema de la muerte es uno de los asuntos más malentendidos en el mundo de hoy, incluso en muchos círculos cristianos. Suele estar presente en la mente y el corazón de los hombres rodeada de misterio, envuelta en las tradiciones ancestrales de las culturas de los pueblos. Esto hace que nuestros conceptos apriorísticos se proyecten sobre el texto de la Biblia para hacer decir a la Sagrada Escritura algo muy distante de lo que realmente enseña. “demás, son muchos y muy profundos los sentimientos que brotan en torno a este tema, por cuanto la muerte y la religiosidad de las personas y los pueblos están muy hondamente arraigadas y muy estrechamente relacionadas entre sí.

Este asunto necesariamente nos mueve a hacernos la pregunta ancestral: “¿Qué es el hombre?” Y la Biblia responde diciéndonos que “formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). El original hebreo dice “néfesh”, “alma”, literalmente “ser que respira”. Y en otras ocasiones emplea la voz “rúaj”, que es “soplo”, “viento”, “aliento”. Sin embargo, aunque son más de mil setecientas las citas bíblicas donde aparecen las palabras “alma” y “espíritu”, tanto en las Escrituras hebreas del Antiguo Testamento, como en las Escrituras griegas del Nuevo, nunca, ni tan sólo una vez, aparece el adjetivo “inmortales” unido a ellas. Por el contrario, hay muchos textos bíblicos en los que se hace referencia al alma como algo sujeto a la extinción y a la muerte.

La ciencia nos ha dicho que con la grasa de un hombre de 60 kilos de peso podemos fabricar 7 pastillas de jabón, el carbón necesario para hacer 9.000 minas para lápices, suficiente fósforo para confeccionar 2.000 cerillas, bastante magnesio para una dosis de purgante, hierro para un clavo de tamaño mediano, calcio para blanquear una pared de dimensiones medianas, azufre como para librar a un perro de sus molestas pulgas, y extraer aproximadamente treinta y cinco litros de agua. Por consiguiente, de acuerdo con la Sagrada Escritura y con los conocimientos científicos de que disponemos, el hombre se compone de los elementos esenciales que hallamos en la tierra, es decir, de las esencias animales, vegetales y minerales.

Sin embargo, para que el cuerpo llegara a ser un hombre, se precisaba algo más; el polvo de la tierra (hebreo: “adamá”, “arcilla”) no era suficiente. Se precisaba el soplo de la energía divina para que la masa inerte llegara a ser un hombre. La vida brotó del Espíritu de Dios, se comunicó al hombre, recorrió todo su sistema nervioso y su musculatura, los pulmones comenzaron a trabajar, y el hombre respiró esta mezcla de gases que llamamos “aire”, y que Dios había creado para satisfacer las necesidades de la humanidad.

Según las Sagradas Escrituras, frente a la creencia heredada de la filosofía griega, el hombre no está constituido por dos naturalezas separadas y antagónicas, una de esencia física y otra de carácter espiritual, reunidas en el momento de la creación. Semejante concepto no tiene fundamento en la Biblia. Según acabamos de leer en las Escrituras, el hombre está formado por el polvo de la tierra más el soplo de Dios, su poder vital. El ser humano es, por lo tanto, único e indivisible. Es el “polvo de la tierra”, más el “soplo de vida”, llamado también “espíritu”, y el resultado es un “alma viviente”, o un “ser que respira”. De ahí se desprende el hecho constatable de que el

hombre no pueda subsistir sin la fuerza vital en sus células. Como prueba irrefutable, cuando esta fuerza vital cesa, se produce el óbito, comienza la disolución del cuerpo, sus pudrición y desintegración, hasta volver a ser polvo de nuevo. El hombre vuelve al polvo,”y el polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio.” (Eclesiastés 12:7). Naturalmente, las facultades mentales y morales del ser tampoco pueden sobrevivir fuera del cuerpo, por cuanto el cuerpo y la vida forman un todo único e indivisible que en las Sagradas Escrituras recibe el nombre de “alma”.

De ahí se deduce la razón por la que en la Biblia resulta inimaginable la consideración de un alma descarnada, separada del cuerpo, viva y consciente, por cuanto dicha alma sólo existe mientras dura la vida. El ejemplo de la lámpara y la electricidad puede ayudarnos a comprender esto. La lámpara no es luz. La electricidad tampoco lo es. Pero cuando la energía eléctrica se une a la lámpara, se produce la luz. La lámpara es una figura apropiada para que la comparemos al polvo de la tierra, y la electricidad sería equiparable al soplo divino, a la fuerza vital del Señor, que al unirse al cuerpo produce el alma viviente, un ser vivo que respira. Cuando se interrumpe el suministro de la energía eléctrica, la lámpara se apaga. Del mismo modo, cuando Dios suspende el suministro de la fuerza vital, ya no hay alma, sino cadáver. Cuando se produce el fallecimiento, el alma deja de ser, y con ese cese desaparecen todas las facultades intelectuales y morales del hombre.

Sorprendentemente, he escuchado a familias nominalmente cristianas enseñar a sus hijos que los abuelos y otros seres amados fallecidos se encontraban en el “cielo” contemplándolo todo, como si la muerte no fuera muerte, es decir, cesación de la vida; o lo que es más, como si el fallecimiento convirtiera a las personas en una especie de semi-dioses, dotados de poderes superiores; o que estaban viviendo en alguna “estrella” distante; o que se habían convertido en “ángeles custodios”; o que los espíritus de los finados estaban presentes en las vidas de los vivientes; o que actuaban como “intercesores” y “ayudadores” de los familiares sobrevivientes; incluso les he escuchado mezclar oraciones a Dios con palabras dirigidas a sus difuntos, y cien barbaridades y despropósitos más, que nada tienen que ver con las claras enseñanzas de las Sagradas Escrituras; siempre, claro está, que vayamos a ellas sin proyectar sobre el texto bíblico las creencias apriorísticas procedentes de nuestra cultura pagana, por muy envuelta en filosofía con que la ocultemos o adornemos.

¿Hemos de creer, entonces, que nuestra vida termina con la muerte, y que no hay nada después de ella? En ninguna manera. Dios ha prometido inmortalidad a todos los que, creyendo en el Evangelio del amor y la misericordia divinas, aceptan a Jesucristo como su Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente, y viven una vida consecuente con esa fe. La inmortalidad no es, por consiguiente, algo inherente al alma del hombre, sino un don de la gracia de Dios, condicionado a que Jesucristo sea nuestro Señor y Redentor:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” (Juan 3:16).

Desde los tiempos más remotos de la historia de la humanidad, Satanás ha procurado engañar a los hombres. Después de haber promovido la rebelión de una

parte de las huestes celestiales contra la soberanía divina, procuró inducir a los hombres a seguirle en su intento por llegar a compartir el trono de la Majestad en las alturas. “sí fue como el hombre fue seducido y engañado en su estado de inocencia. Desde el engaño y el disfraz, Satanás indujo a nuestros primeros padres a dudar de la Palabra de Dios, haciéndoles creer que el resultado del acto de desobediencia les proporcionaría un mayor grado de sabiduría, una participación de la divinidad, incluso que alcanzarían la inmortalidad desde la desobediencia. De aquel modo, la inmortalidad concedida al hombre sobre la condición de que obedeciera a Dios, quedó perdida por la transgresión. “ partir de aquel momento, Adamno podría transmitir a su posteridad lo que él mismo ya no poseía. Si Dios no hubiera sido misericordioso con nosotros, ya no habría habido esperanza alguna para la raza adámica caída y destituida de la gloria de Dios. Pero por el sacrificio de Jesucristo, Dios manifestado en carne, el Señor ha puesto al alcance del hombre el perdón de los pecados y el don inmerecido de la vida eterna.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12), pero “ahora ha sido manifestada (la gracia de Dios) por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” (20 Timoteo 1:10). Por lo cual, sólo por Cristo puede obtenerse la vida eterna: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.” (Juan 3:36). De modo que por medio de Cristo Jesús, y sólo por medio de ÉL, es posible ahora adquirir la vida eterna bajo el señorío del bendito Señor y Salvador. Todos cuantos “perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”, recibirán “la vida eterna”. (Romanos 2:7).

El maligno, incluso bajo la forma de seres amados ya difuntos, y fieles finados cuyas vidas fueron o pudieron ser ejemplares, tales como los profetas bíblicos, los apóstoles del Señor Jesucristo, o su bendita madre, ha engañado, y continúa haciéndolo, a millones de seres humanos desconocedores o ignorantes de las Sagradas Escrituras. Es su trabajo, y lo hace indefectiblemente. “yudado por sus ángeles caídos, los demonios, sigue tendiendo redes viscosas de religión supersticiosa, apartando la vista de los hombres de Jesús, para que la dirijan hacia otros supuestos “mediadores”, siempre vinculando y sosteniendo tales pretensiones sobre la creencia básica de que supuestamente el alma humana sobrevive a la muerte, sin lo cual todo este diabólico entramado se desplomaría en un instante. Sin el “negocio” de la muerte no sería posible mantener la espesa red de espiritualismo engañoso que cubre al mundo, tergiversa la verdad y hunde a los hombres en el más patético oscurantismo. El poder engañoso del espiritismo y demás prácticas abominables a los ojos de Dios tiene su fundamento exclusivamente en esta falsa creencia de la supervivencia del alma del hombre después de su óbito. Por eso es que leemos en el libro del profeta Isaías una clarísima advertencia divina respecto al gran peligro de consultar a los adivinos y a los espíritus:

“Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? (“ la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:19-20).

Si reconociéramos esta verdad tan claramente expresada en las Sagradas Escrituras, con respecto a la naturaleza del ser humano y el estado de los muertos, Satanás no podría engañar con tanta facilidad al gran contingente de hombres y mujeres que caen cada día en la trampa del espiritismo, aventurándose en un campo oscuro y plagado de peligros y trampas, ante las cuales los hombres quedan cautivos e indefensos.

Cuesta trabajo imaginar que todo el tinglado de la antigua farsa de las religiones pudiera sostenerse un solo momento si no fuera por el mito de la supervivencia del alma después de la muerte del hombre, triste legado de la invasión de la filosofía griega hasta el fondo de la religión de los cristianos.

“ la luz de las Sagradas Escrituras es evidente que no pueden actuar los difuntos como intermediarios o intercesores entre los hombres y Dios, por cuanto los finados no son conscientes absolutamente de nada, sino que duermen:

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” (10 Timoteo 2:5).

Una cuestión sumamente interesante, y reveladora para quienes tengan sensibilidad al respecto, es el hecho de que la casi totalidad de las religiones mundiales enseñan que los difuntos se convierten en espíritus tras su óbito. La inmensa mayoría de las personas religiosas, y no sólo cristianas, esperan un cielo más allá de la muerte destinado exclusivamente para almas que emigran de este mundo. No creemos que esto sea casual, sino una de las más extendidas artimañas satánicas para atrapar a los hombres en sus redes antiguas. “demás, la creencia en la supervivencia del alma descarnada después de la muerte del hombre conlleva la creencia en la existencia de un infierno eterno, donde las almas de los rebeldes a Dios se fríen por toda la eternidad, atormentadas con fuego y azufre en un infierno que arde constantemente. De ese modo, el malo ha logrado proyectar sus oscuros sofismas de crueldad sobre el Bendito Creador y Bienhechor. Los viejos engaños diabólicos, mediante los cuales arrastró a la desobediencia a los primeros hombres, hoy son empleados por Satanás para debilitar la confianza de los humanos en Dios. Millones de hombres dudan de la sabiduría de las leyes de Dios, de su justicia y bondad, todo ello para justificar su maldad y rebeldía.

La mentira satánica del alma inmortal y del tormento eterno de las almas de los incrédulos ha pasado a formar parte del credo de la casi totalidad de las iglesias cristianas. Hay creyentes que están convencidos de que el espectáculo del infierno aumentará la dicha celestial de los santos, y el gozo de la felicidad de los redimidos será mayor ante semejante castigo. Sin embargo, nosotros preguntamos dónde puede hallarse semejante enseñanza en las Sagradas Escrituras. Es ciertísimo que el Señor castigará a los rebeldes pecadores impenitentes, que no habrá vida eterna para ellos, pero, como veremos en este estudio, el castigo no será un tormento sin fin, una perpetuación o eternización del pecado, sin esperanza de misericordia. No es eso lo que se desprende de las palabras del Señor:

“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ezequiel 33:11).

Muchos a quienes resulta repugnante la doctrina del tormento eterno se vuelven al error opuesto, y niegan que exista la perdición de los impíos. Ven en las Sagradas Escrituras al Dios verdadero, lleno de amor y de misericordia, y no pueden aceptar que ese Dios sea capaz de entregar a sus criaturas a las llamas de una tortura sin fin. Sin embargo, al creer en la supuesta inmortalidad del alma, no pueden contemplar ninguna otra alternativa que asumir el universalismo de la salvación, es decir, que ésta será general, tanto de los santos como de los impíos. Semejante postura les hace caer también el error de pensar que las amenazas de la Biblia son solamente eso, simples amenazas, dadas con el fin de amedrentar a los hombres para que obedezcamos los designios divinos. Mediante ambos errores, la atribución de su propia crueldad a Dios o el universalismo carente de retribución, el malo logra engañar a los humanos. De ese modo, al rechazar la verdadera doctrina de la Palabra de Dios, ignoran la advertencia apostólica de perdición, de la muerte eterna como paga del pecado, y la buena noticia del único camino de salvación:

“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” (10 Corintios 6:9-11).

Quienes minimizan la importancia del pecado y su justa retribución sólo tienen que mirar a la Cruz de Cristo, el más evidente testimonio de su verdadero sentido, donde se patentiza que todo quebrantamiento de la ley de Dios debe recibir su justa retribución. Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios, siendo sin pecado, cargó con todas nuestras transgresiones de la ley divina, y se hizo pecado por nosotros. Jesús cargó con toda nuestra culpabilidad para redimirnos, es decir, para pagar nuestra deuda. No hay otra manera de liberarnos del pecado y de sus consecuencias. Si nos negamos a recibir la gracia de Dios que se nos ofrece mediante la expiación realizada por Jesucristo al precio de su vida, tendremos que cargar con nuestra propia culpa y con el castigo de la transgresión de la ley de Dios. De ahí que la Palabra del Señor nos recuerde que la promesa de vida eterna sólo es para quienes la anhelan:

““I que tuviere sed, yo (Jesucristo) le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida.” (Apocalipsis 21:6).

Si fuera cierta la doctrina inmortalista, según la cual todas las almas van directamente al cielo o al infierno después de la disolución, entonces sería más lógico anhelar la muerte que la vida. Incluso en esta consideración es fácil comprender que el maligno está detrás de ella, por cuanto ha sido y sigue siendo la base sobre la que reposa algo tan horrendo como el suicidio. (Cuántas pobres vidas, ahogadas por las circunstancias adversas, los desengaños y la enormidad del peso

de sus problemas, han optado por quebrar el fino hilo de la vida humana, para lanzarse hacia la “bienaventuranza” del “otro mundo”!

Estas son algunas de las principales razones por las que durante muchos siglos se ha predicado insistentemente sobre la inmortalidad del alma y la eternidad del infierno, mientras que la mayoría de los cristianos han desconocido o minimizado la importancia de la verdadera doctrina bíblica de la resurrección de los fieles en la Segunda Venida de Cristo. Es un hecho constatable que la falsa esperanza de pasar al morir a la felicidad eterna ha llevado al descuido de la única esperanza calificada como “bienaventurada” en las Sagradas Escrituras, es decir, el Segundo Adviento del Mesías Salvador.

Sin embargo, y como pretendemos mostrar en este estudio, en las páginas de la Biblia no se encuentra ni el menor rastro de esperanza alguna en la vida eterna con el apoyo de una supuesta naturaleza inmortal innata en el hombre. La esperanza de la resurrección sólo es conforme a las Sagradas Escrituras partiendo de la relación íntima entre la fe en la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, ya acontecida dentro del tiempo y de la historia, y la fe en la acción presente y soberana de Dios por medio de la bendita Persona del Espíritu Santo. La esperanza mesiánica está fundada sólo, única y exclusivamente en la intervención soberana de Dios, quien ha resucitado a Jesucristo de entre los muertos, por la acción del Espíritu Santo, y así ha prometido hacer con quienes esperan el Segundo Adviento del Redentor:

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.” (Romanos 8:11).

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.” (Juan 6:39-40, 44, 54).

Nuestro propósito en este estudio es aclarar esta cuestión sobre la base de las Sagradas Escrituras, procurando hablar donde la Biblia habla, y callar donde ella así lo hace. Para ello haremos un recorrido por la Biblia, considerando los pasajes en que se habla de la retribución divina. “Algunos de los textos serán citados de manera recurrente, ya que los analizaremos desde varias perspectivas. Por eso es que, antes de profundizar en esta materia, creemos que es conveniente explicar nuestros principios fundamentales respecto a la interpretación bíblica. Para comprender el mensaje revelado por Dios en las Escrituras, creemos que es absolutamente imprescindible tener ante nosotros todas las manifestaciones escriturales correspondientes al tema de que se trate. Por consiguiente, nuestra conclusión habrá de ser aquella que corresponda coherentemente con la totalidad de dichas manifestaciones y sus principios subyacentes, sin que se fuercen ni el lenguaje ni el pensamiento. “sí, pues, toda clave de interpretación bíblica habrá de explicar armoniosamente todos los aspectos de un determinado pasaje, sin recurrir a forzar la

semántica del texto, ni retorcer el significado del mismo. En definitiva, hemos de seguir el texto de las Escrituras, y no hacer que sea éste quien nos siga a nosotros en nuestras creencias apriorísticas.

Por consiguiente, descartamos la tentación de tomar textos aislados e incontextuales, para procurar sostener puntos de vista en oposición a todas las enseñanzas fundamentales de la Santa Palabra de Dios. Todo estudiante serio de las Sagradas Letras sabe, o debería saber, que ninguna clave interpretativa de las Escrituras es lícita cuando desbarata la armonía bíblica, triste ocurrencia que se da cuando se intenta defender un dogma a cualquier coste, incluso haciendo con tal actitud que la Biblia presente aparentes contradicciones. Recordemos el sabio principio de “interpretar siempre lo inseguro por lo seguro”, y la advertencia de que “un texto, sin su contexto, es un pretexto”.

“La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia.” (Salmo 119:160).

UN POQUITO DE ANTROPOLOGÍA.

“Iguien dijo que en la Biblia hay más tierra que cielo. Estamos de acuerdo. De ahí que aquí nos convenga considerar las antropologías religiosas y filosóficas que han optado por dos formas distintas de entender lo que le acontece al hombre después del óbito. Por una parte, tenemos las corrientes cristianas originales que dieron primacía a la unidad intrínseca del ser humano, destacando la resurrección de la carne, como se desprende de los más antiguos credos cristianos. Desde esta perspectiva, el cuerpo pertenece al hombre con el mismo derecho que su conciencia. Y en segundo lugar, las corrientes que han acentuado la dualidad del hombre, entre su ente corporal y su ente espiritual, entendiendo que el hombre es fundamentalmente su conciencia, y ésta subjetivada como substancia bajo la designación de “alma” (griego “psijé”, “mente”, “conciencia”), con la consideración del cuerpo del hombre como un mero revestimiento, un ropaje percedero que llega incluso a contemplarse como una “cárcel”, por limitar, entorpecer y obstaculizar el desarrollo del ser humano. De ahí brotará la creencia en una supuesta inmortalidad del alma separada del cuerpo, descarnada y, por consiguiente, se minimizará la trascendencia de la resurrección de entre los muertos y la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

No olvidemos que la muerte, según la enseñanza general de las Sagradas Escrituras, tiene un valor radicalmente contrario al plan divino. Claramente se nos presenta como “enemigo”, y no sólo como tal, sino como “postrero”, es decir, como el último y definitivo, el más enconado de cuantos elementos adversos se levantan frente el hombre, el cual no puede ser jamás vencido por el ser humano en sus propias fuerzas, ni mediante ninguna parte del hombre que pueda sobrevivirle, en desafío satánico a Dios nuestro Señor:

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.” (10 Corintios 15:26).

De ahí que desde el relato de Génesis, en que el acceso al árbol de la vida queda prohibido a las primeras criaturas humanas después de la caída en el pecado de desobediencia a Dios, hasta el Apocalipsisjoanino, la muerte siempre tiene una valoración opuesta al propósito de Dios para los hombres:

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.” (Romanos 5:12).

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23).

“Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.” (Apocalipsis 20:14).

Sólo así podemos comprender que nuestro bendito Señor Jesucristo sienta una angustia verdaderamente indescriptible ante la muerte, y su reacción ante el óbito sea diametralmente opuesto al sentimiento experimentado por el filósofo que ve en la muerte la vía de escape de la cárcel en que se halla:

“Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad.” (Marcos 14:33).

“Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.” (Lucas 22:44).

Jesús no es un filósofo griego que concibe la muerte como una “amiga” benefactora y liberadora de la cárcel del cuerpo. El hebreo Jesús de Nazaret no comprende la muerte como la liberación de una supuesta prisión carnal, ni tampoco como un tránsito natural a otro plano de existencia, como afirma la filosofía griega que ha impregnado a nuestra cultura. El cristianismo invadido por la filosofía no tenía más remedio que desembocar en la absorción del mito griego de la inmortalidad del alma. Por el contrario, el mensaje de las Sagradas Escrituras apunta siempre hacia la resurrección de entre los muertos, como victoria final y definitiva de Dios sobre la muerte y todos sus signos. La concepción bíblica de la muerte no es del amistoso tránsito que nos permite acceder a la presencia de Dios, sino que, como toda podredumbre y descomposición, se presenta como resultado del pecado de los hombres. Por eso es que Jesús siente angustia ante ella, por cuanto para nuestro Redentor la muerte es la paga del pecado, significa la separación de Dios y, por consiguiente, la interrupción de su comunión con el Padre Eterno. Sólo así podemos comprender la actitud del Señor ante la muerte.

Uno de los factores que más poderosamente inciden en el error de la creencia en la inmortalidad del alma, tan extendida en nuestros días en el cristianismo institucionalizado, es dar por hecho que el concepto “alma” ha sido siempre el mismo. El sentido del “alma” en las epopeyas homéricas era que se trataba de un ente que existía en el Hades, como alma de los muertos, pero cuando llegamos a Platón, como consecuencia de la influencia de las religiones místicas y el culto a Dionisio, y su asunción del pensamiento órfico, juntamente con las concepciones presocráticas, resulta que el “alma” se ha convertido en el núcleo central del hombre, y en ese núcleo cifra el ser humano toda su esperanza de supervivencia después de la muerte. Los órficos habían definido al cuerpo como “tumba” del alma. Sólo ésta era de carácter o naturaleza divina, por lo cual era lógico que llegaran a la conclusión de que era eterna e inmortal. El alma, según esta escuela de pensamiento, vive en una especie de destierro del cuerpo, lo cual implicaba el origen divino de la misma, y el cuerpo era considerado sólo como si fuera su guardián o custodio.

“¿quién es donde se inicia el largo camino entre la antropología bíblica y la filosófica. Desde la filosofía platónica, en el hombre reside un alma inmortal que permanece indemne, sin que se vea afectada por el decaimiento y fallecimiento del cuerpo

material. No es el hombre quien muere, sino su cuerpo. Y como resultado de esa disolución, el alma es liberada de las ataduras de la materia, y a partir de esa liberación vuelve al ámbito de la vida eterna con Dios. Como conclusión, los órficos y sus seguidores, comprendidos tanto religiosos y no religiosos hasta el día de hoy, consideraron la existencia humana actual como un estadio transitorio, y la supervivencia del alma como categoría salvífica, por cuanto la vinculación del alma con Dios implicaba no sólo la supervivencia del alma después del fallecimiento, sino su participación con lo divino. “sí se explican la casi totalidad de las supersticiones relacionadas con el estado de los difuntos en la espiritualidad popular.

Homero emplea los términos “psijé” (“alma”) y “soma” (carne”) exclusivamente para referirse a los difuntos, mientras que para los seres vivos utiliza otros vocablos. La “soma”, con el sentido de “imagen de toda persona” se separa del hombre, y su “psijé” ha de ir al Hades, de manera que “soma” es ahora sólo su cadáver. Es a partir de ese cambio cultural cuando se empieza a arraigar la creencia de que el “más allá” es una separación de los seres humanos entre “buenos” y “malos”, con la correspondiente retribución de unos y otros en la forma de recompensas y castigos.

Las implicaciones de esta filosofía invasora en la fe cristiana original son muchas y muy peligrosas. Desde esta perspectiva no puede considerarse la muerte del hombre con la seriedad que merece. “demás, la supervivencia del ser humano radica en el propio hombre, no en el don y la acción de Dios. La pretensión de poseer un alma inmortal conduce al hombre a centrar su esperanza en la realización definitiva de su existencia por sí mismo, y no por la gracia y la misericordia de Dios en Cristo. La esperanza de la vida eterna se comparte entre la creencia en un alma indestructible y las promesas del Señor, en lugar de hacerlo exclusivamente en la obra salvadora del Eterno que nos “con-resucita” con su Hijo Jesucristo. No hay lugar para la esperanza mesiánica, pues la vida eterna del hombre radica en el alma del propio hombre. De ahí se derivan expresiones populares, y a veces vulgares y profanas, en las que observamos a los vivos rezar a Dios o a los hombres y mujeres ya finados, pero tenidos por santos e intermediarios o intercesores, mezclando tales plegarias con conversaciones con sus seres difuntos, a quienes, en muchos casos, tienen igualmente por intercesores o ayudadores, con lo que se manifiesta claramente la supervivencia de las ideas órficas respecto a la participación de las almas en la naturaleza y acción divinas.

Para el apóstol Pablo, conforme a la mentalidad semítica, “soma” no es el cuerpo separado del alma, sino el hombre entero, y no sólo el plano físico-biológico en que nosotros pensamos cuando nos referimos al cuerpo. En el pensamiento bíblico, el cuerpo es el hombre entero manifestándose, relacionándose, entrando en contacto, en comunión, con Dios, con los demás hombres y con todos los seres de la creación. Podemos afirmar, por extraño y paradójico que pueda resultarnos, que en este aspecto la antropología moderna se separa cada vez más del “almismo eternalista” de las religiones organizadas, y se aproxima cada vez más al condicionalismo de la perspectiva hebrea bíblica de los primeros cristianos.

La esperanza judeo-cristiana original nunca se centró en la realización del hombre como un ser espiritual ajeno al mundo, fuera de la historia, como si el universo creado por Dios hubiera sido una especie de ámbito material precedero,

desechable, cuyo único sentido es producir espíritus descarnados. Por el contrario, lo que el Señor promete es una transformación del hombre sin ruptura con la historia. La resurrección de Jesucristo, a cuya semejanza se nos promete la nuestra, no es una creación a partir de la nada. No es un “borrón y cuenta nueva”, sino una recreación, una regeneración. “sí la llamó el propio Jesús:

“Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.” (Mateo 19:28).

Creemos que es hora de hablar abiertamente, sin tapujos ni adaptaciones al mover de los tiempos, y afirmar que la Biblia enseña con meridiana claridad que los vivos son los únicos que están vivos, y los difuntos muertos están; que los espíritus de los fallecidos no existen; y que, por lo tanto, los hijos e hijas de Dios, redimidos por la sangre de Jesucristo, debemos rechazar a todos cuantos reivindiquen realizar señales y milagros o recibir luz mediante el contacto con los espíritus de los muertos, por cuanto tales fenómenos no son sino engaños satánicos. Recordemos que, tan peligrosamente contaminante es esta práctica, que en los días de Moisés el Señor le ordenó la pena de muerte para los infractores:

“Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos. Y el hombre o la mujer que evocare espíritus de muertos o se entregare a la adivinación, ha de morir; serán apedreados; su sangre será sobre ellos.” (Levítico 20:26-27).

La Biblia testifica que la tierra heredada por Israel perteneció primeramente a otros pueblos que la perdieron precisamente por consultar a los muertos y practicar otra serie de aberraciones y abominaciones de inducción luciferina. De ahí la importancia que este asunto tiene para el pueblo de Dios a través de los tiempos:

“Y no andéis en las prácticas de las naciones que yo echaré de delante de vosotros; porque ellos hicieron todas estas cosas, y los tuve en abominación. Pero a vosotros os he dicho: Vosotros poseeréis la tierra de ellos, y yo os la daré para que la poseáis por heredad, tierra que fluye leche y miel. Yo Jehová vuestro Dios, que os he apartado de los pueblos.” (Levítico 20:23-24).

Este es el sentido verdadero de la elección y distinción del pueblo de Israel, y por añadidura, de todos los que vivieron y murieron guardando y atesorando la esperanza mesiánica en sus corazones. La elección implica la responsabilidad de alejarnos de las prácticas abominables de los pueblos y naciones en los cuales hemos nacido o nos hemos criado. La elección no es solamente un derecho, sino una responsabilidad. Si no la sumimos, sufriremos las consecuencias derivadas del desprecio de la gracia de Dios. Israel lo ha vivido en carne, en sus diásporas y bajo el yugo de las potencias extranjeras. Pero la iglesia de Jesucristo no ha estado exenta de tales males, pues ha sido y está siendo invadida constantemente por corrientes de pensamiento que la distancian de esa relación especial con Dios, que es la comunión del Espíritu Santo, y por ende, de las Sagradas Escrituras. El sentido real de la consagración es fundamentalmente lealtad. El quebrantamiento de ésta es

adulterio a los ojos de Dios. Sólo hay vida perdurable en la adhesión al Señor Todopoderoso, cuya voluntad perfecta está revelada en la Santa Palabra de nuestro Dios:

“No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno. Vuestros ojos vieron lo que hizo Jehová con motivo de Baal-peor; que a todo hombre que fue en pos de Baal-peor destruyó Jehová tu Dios de en medio de ti. Mas vosotros que seguisteis a Jehová vuestro Dios, todos estáis vivos hoy.” (Deuteronomio 4:2-4).

La sencilla enseñanza de la Biblia es que los seres humanos somos mortales, y que, por consiguiente, no hay nada en nosotros que sea inmortal. El hombre al morir, fallece. No va ni al cielo ni al infierno, como enseñan las supersticiones populares consentidas y fomentadas por las iglesias invadidas por la filosofía griega y otras fuentes de extraña factura, pues primeramente ha de celebrarse el juicio divino. No existe tal cosa como un purgatorio, lugar imaginario inventado por Roma para robar estipendios a las gentes ignorantes de la Palabra de Dios, y para mantener la simonía y la gran estafa de la venta de las indulgencias; donde las supuestas almas descarnadas han de sufrir por un lapso de tiempo más o menos largo, y así purgar sus pecados, como si la sangre de Jesucristo fuera insuficiente para redimir los pecados de los genuinamente arrepentidos.

La esperanza cristiana original no se centra en una vida futura imperecedera, destinada para una sola parte del ser humano, sino para el hombre completo. El menosprecio del cuerpo para la vida futura es fruto del pensamiento paganizante que se introdujo en la iglesia tan pronto ésta perdió sus raíces hebreas, para dejarse arrastrar por la cultura de los gentiles que entraron como turbión en la cristiandad. El testimonio del Nuevo Testamento no apunta hacia una continuidad de nuestra realidad corporal actual, pero sí hacia una transformación de nuestros cuerpos, en semejanza a la transformación del cuerpo resucitado de nuestro Señor Jesucristo, primogénito de entre los muertos. Por eso es que la resurrección gloriosa de los redimidos por la sangre de Jesucristo acontecerá, según las Escrituras, cuando el Señor venga. Entonces seremos revestidos de su gloria. Esa promesa está guardada en los cielos, en el corazón de Dios, y nos será concedida con la llegada del Salvador, quien transformará nuestra corrupción en incorrupción, nuestra humillación en glorificación, y lo hará otorgándonos un cuerpo semejante al suyo:

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:20-21).

Este estudio no pretende ser exhaustivo, sino una primera aproximación al tema y sus implicaciones. Una cosa, sin embargo, debemos tener siempre presente al acometer el análisis de los textos y sus contextos: El Nuevo Testamento se escribió en griego. Y los términos básicos de “psyjé” (“alma”) y “pneuma” (“espíritu”) ya estaban bien establecidos en dicho idioma, dominante en los albores de la era cristiana, como lengua franca de toda la cuenca mediterránea. Ahora bien, es de suma importancia, para no caer en los errores de los círculos inmortalistas, tener

muy presente que el mundo pagano se hallaba sumido en una profundísima confusión, algo que creemos se asemeja mucho a la situación de nuestros días. “demás, los autores de los libros del Nuevo Testamento eran todos ellos hebreos, por lo que el pensamiento subyacente al texto corresponde a la cultura judía, y no al alma griega. Si escribieron en dicha lengua fue solamente a efectos de dar a conocer el mensaje de Jesucristo a todos.

Para un contingente importante de las gentes de la época del Nuevo Testamento, la existencia, por influencia del orientalismo, era una maldición antes que una bendición. Y el “nirvana”, o aniquilación de la personalidad individual, era el más elevado de los objetivos posibles en la vida, así como la cumbre de toda esperanza. Por consiguiente, en los días de Jesús entre los hombres, y de los apóstoles, la inmortalidad del alma era uno de los grandes temas de especulación y estudio. Probablemente, se trataba de la más importante cuestión de investigación y de debate en todas las escuelas de filosofía del momento. Naturalmente, éste era también el asunto que despertaba los más acalorados enfrentamientos entre las diversas corrientes filosóficas, y la causa principal de divisiones y divergencias entre los estudiosos de la época. Ni que decir tiene que la fe judía también se había visto afectada por dichas corrientes enfrentadas. La resurrección del cuerpo para la inmortalidad había sido el supremo mensaje de victoria para el judeocristianismo o iglesia naciente. Pero, evidentemente, dicha visión carecía de lugar dentro de la especulación filosófica pagana. Cuando los primeros sabios de Grecia trajeron de Egipto a Ática su ciencia y su conocimiento, no existía entre sus conceptos y nociones nada en absoluto que se asemejara a la resurrección. Es más, para el intelecto griego tal idea resultaba completamente falta de sentido, como si se tratara de una negación del raciocinio. Para la mentalidad griega, el cuerpo volvía en el óbito al polvo de la tierra para permanecer allí para siempre, mientras que el alma o espíritu del hombre era la verdadera esencia del ser, y, por consiguiente, era inmortal.

“quí conviene que tengamos presente que en diversas traducciones de las Sagradas Escrituras, se ha empleado el término “infierno”, tomado del latín, para traducir una serie de voces, tales como “Gehenna”, “Seol”, “Hades”, etc., y esto tiene una gran incidencia en lo que venimos estudiando respecto a la supuesta inmortalidad del alma. Vamos, pues, a estudiar dichas palabras, y de esa manera vamos a ver si la Biblia enseña que las supuestas almas inmortales y descarnadas de los difuntos que rechazaron la salvación están sufriendo ya en un lugar de fuego por toda la eternidad, o si, por el contrario, duermen hasta el día en que serán destruidos para siempre por medio del fuego eterno. Para este estudio tendremos que hacer bastante historia y recorrer una buena parte del Antiguo Testamento. Sólo recurriendo a un amplio contexto podremos despejar las ideas y creencias apriorísticas que podemos fácilmente arrastrar desde antes de haber creído en Cristo Jesús como nuestro Señor y Salvador personal.

Primeramente, vamos a considerar el “Valle de Hinom” y la “Gehenna”. Las Sagradas Escrituras aportan un testimonio muy amplio respecto a la existencia de este valle y su ubicación, al sur de Jerusalem:

“Y sube este límite por el valle del hijo de Hinom al lado sur del jebuseo, que es Jerusalem. Luego sube por la cumbre del monte que está enfrente del valle de Hinom hacia el occidente, el cual está al extremo del valle de Refaim, por el lado del norte.” (Josué 15:8).

En este valle se ofrecían sacrificios humanos a los ídolos cuyo culto había penetrado en el pueblo hebreo. Uno de los que estimularon al pueblo a la realización de estas abominaciones, como testifica claramente la Sagrada Escritura, fue el rey “caz (735-715 a.C.):

“De veinte años era “caz cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó en Jerusalem: mas no hizo lo recto ante los ojos de Jehová, como David su padre. “ntes anduvo en los caminos de los reyes de Israel, y además hizo imágenes fundidas a los baales. Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hinom, e hizo pasar a sus hijos por fuego, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había arrojado de la presencia de los hijos de Israel. “simismo sacrificó y quemó incienso en los lugares altos, en los collados, y debajo de todo árbol frondoso.” (21 Crónicas 28:1-4).

El rey “caz fue sucedido por su hijo Ezequías, y éste abolió el culto pagano entre el pueblo de Dios:

“Y durmió “caz con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de Jerusalem, pero no lo metieron en los sepulcros de los reyes de Israel; y reinó en su lugar Ezequías su hijo. Comenzó a reinar Ezequías siendo de veinticinco años, y reinó veintinueve años en Jerusalem. El nombre de su madre fue “bías, hija de Zacarías. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre.” (21 Crónicas 28:27-29:1-2).

“Y levantándose, quitaron los altares que había en Jerusalem; quitaron también todos los altares de incienso, y los echaron al torrente de Cedrón.” (21 Crónicas 30:14).

El rey Manasés (686-641 a.C.) sucedió a su padre Ezequías, pero volvió a establecer el culto repugnante a los baales, y no sólo en los lugares altos y bajo los árboles frondosos, sino incluso en el propio templo de Jerusalem, reemprendiéndose la incineración de niños en el valle de los hijos de Hinom:

“Y durmió Ezequías con sus padres, y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David, honrándole en su muerte todo Judá y toda Jerusalem; y reinó en su lugar Manasés su hijo. De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar; y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalem. Pero hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel. Porque él reedificó los lugares altos que Ezequías su padre había derribado, y levantó altares a los baales, e hizo imágenes de “sera, y adoró a todo el ejército de los cielos, y les rindió culto. Edificó también altares en la casa de Jehová, de la cual había dicho Jehová: En Jerusalem estará mi nombre perpetuamente. Edificó asimismo altares a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Jehová. Y pasó sus hijos por fuego en el valle

de los hijos de Hinom; y observaba los tiempos, miraba los agüeros, era dado a adivinaciones, y consultaba a adivinos y encantadores; se excedió en hacer lo malo ante los ojos de Jehová, hasta encender su ira. “demás de esto puso una imagen fundida que hizo, en la casa de Dios, de la cual había dicho Dios a David y a Salomón su hijo: En esta casa y en Jerusalem, la cual yo elegí sobre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre.” (21 Crónicas 32:33-33:1-7).

“Mansés le sucedió su hijo “món (642-640). Su reinado fue efímero, pero también se inclinó hacia la idolatría:

“Y durmió Manasés con sus padres, y fue sepultado en el huerto de su casa, en el huerto de Uza, y reinó en su lugar “món su hijo. De veintidós años era “món cuando comenzó a reinar, y reinó dos años en Jerusalem. El nombre de su madre fue Mesulemet hija de Haruz, de Jotba. E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, como había hecho Manasés su padre. Y anduvo en todos los caminos en que su padre anduvo, y sirvió a los ídolos a los cuales había servido su padre, y los adoró; y dejó a Jehová el Dios de sus padres, y no anduvo en el camino de Jehová.” (21 Reyes 21:18-22).

Después del asesinato de “món, reinó su hijo Josías (640-609 a.C.):

“Y los siervos de “món conspiraron contra él, y mataron al rey en su casa. Entonces el pueblo de la tierra mató a todos los que habían conspirado contra el rey “món; y puso el pueblo de la tierra por rey en su lugar a Josías su hijo. Los demás hechos de “món, ¿no están todos escritos en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Y fue sepultado en su sepulcro en el huerto de Uza, y reinó en su lugar Josías su hijo.” (21 Reyes 21:23-26).

Josías fue fiel al Señor, destruyó el quemadero en Tofet, que estaba en el valle de los hijos de Hinom, para que se dejara de pasar por el fuego a los niños y demás víctimas humanas:

“Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalem treinta y un años. El nombre de su madre fue Jedida hija de “daía, de Boscat. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda. (21 Reyes 22:1-2).

““simismo profanó a Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para que ninguno pasase su hijo o su hija por fuego a Moloc.” (21 Reyes 23:10).

Sin embargo, y a pesar de las buenas reformas realizadas por el rey Josías, el Señor determinó destruir el reino de Judá:

““simismo barrió Josías a los encantadores, adivinos y terafines, y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalem, para cumplir las palabras de la ley que estaban escritas en el libro que el sacerdote Hilcías había hallado en la casa de Jehová. No hubo otro rey antes de él, que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual. Con todo eso, Jehová no desistió

del ardor con que su gran ira se había encendido contra Judá, por todas las provocaciones con que Manasés le había irritado. Y dijo Jehová: También quitaré de mi presencia a Judá, como quité a Israel, y desecharé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalem, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí.” (21 Reyes 23:24-27).

Dios les anunció el terrible castigo que vendría sobre los habitantes de Judá por haber practicado la terrible abominación de hacer pasar a los niños por el altar encendido de Moloc, entre otras maldades, y por haber contaminado la casa del Señor en Jerusalem con sus ídolos. Muchos de los cadáveres de los habitantes de Judá quedaron insepultos, para pasto de las aves y de las alimañas, mientras que un gran contingente de judíos supervivientes serían llevados cautivos a Babilonia:

“Porque los hijos de Judá han hecho lo malo ante mis ojos, dice Jehová; pusieron sus abominaciones en la casa sobre la cual fue invocado mi nombre, amancillándola. Y han edificado los lugares altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hinom, para quemar al fuego a sus hijos y a sus hijas, cosa que yo no les mandé, ni subió en mi corazón. Por tanto, he aquí vendrán días, ha dicho Jehová, en que no se diga más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza; y serán enterrados en Tofet, por no haber lugar. Y serán los cuerpos muertos de este pueblo para comida de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; y no habrá quien las espante. Y haré cesar de las ciudades de Judá, y de las calles de Jerusalem, la voz de gozo y la voz de alegría, la voz del esposo y la voz de la esposa; porque la tierra será desolada.” (Jeremías 7:30-34).

“Y edificaron lugares altos a Baal, para quemar con fuego a sus hijos en holocaustos al mismo Baal; cosa que no les mandé, ni hablé, ni me vino al pensamiento. Por tanto, he aquí vienen días, dice Jehová, que este lugar no se llamará más Tofet, ni valle del hijo de Hinom, sino Valle de la Matanza. Y desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalem en este lugar, y les haré caer a espada delante de sus enemigos, y en las manos de los que buscan sus vidas; y daré sus cuerpos para comida de las aves del cielo y a las bestias de la tierra. Pondré a esta ciudad por espanto y burla; todo aquel que pasare por ella se asombrará, y se burlará sobre toda su destrucción.” (Jeremías 19:5-8).

“Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años.” (Jeremías 25:11).

“El rey Josías le sucedió su hijo Joacaz, y después su otro hijo Eliaquim, conocido también por Joacim, a quien a su vez le sucedió su hijo Joaquín:

“Los demás hechos de Josías, y todo lo que hizo, ¿no está todo escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? En aquellos días Faraón Neco rey de Egipto subió contra el rey de Siria al río Eufrates, y salió contra él el rey Josías; pero aquél, así que le vio, lo mató en Meguido. Y sus siervos lo pusieron en un carro, y lo trajeron muerto de Meguido a Jerusalem, y lo sepultaron en su sepulcro. Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías, y lo ungieron y lo pusieron por rey en lugar de su padre. De veintitrés años era Joacaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalem. El nombre de su madre fue Hamutal hija de

Jeremías, de Libna. Y él hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que sus padres habían hecho. Y lo puso preso Faraón Neco en Ribla en la provincia de Hamat, para que no reinase en Jerusalem; e impuso sobre la tierra una multa de cien talentos de plata, y uno de oro. Entonces Faraón Neco puso por rey a Eliaquim hijo de Josías, en lugar de Josías su padre, y le cambió el nombre por el de Joacim; y tomó a Joacaz y lo llevó a Egipto, y murió allí. Y Joacim pagó a Faraón la plata y el oro; mas hizo avaluar la tierra para dar el dinero conforme al mandamiento de Faraón, sacando la plata y el oro del pueblo de la tierra, de cada uno según la estimación de su hacienda, para darlo a Faraón Neco.” (21 Reyes 23:28-35).

“Y durmió Joacim con sus padres, y reinó en su lugar Joaquín su hijo.” (21 Reyes 24:6).

Después de estos acontecimientos, el rey de Babilonia se llevó cautivo al rey Joaquín, y puso en su lugar a Matanías, conocido también por Sedequías. Después, el rey de Babilonia volvió sobre Jerusalem y la destruyó, cumpliéndose de ese modo el castigo que Dios había anunciado anteriormente:

““simismo llevó cautivos a Babilonia a Joaquín, a la madre del rey, a las mujeres del rey, a sus oficiales y a los poderosos de la tierra; cautivos los llevó de Jerusalem a Babilonia. “ todos los hombres de guerra, que fueron siete mil, y a los artesanos y herreros, que fueron mil, y a todos los valientes para hacer la guerra, llevó cautivos el rey de Babilonia. Y el rey de Babilonia puso por rey en lugar de Joaquín a Matanías su tío, y le cambió el nombre por Sedequías. De veintiún años era Sedequías cuando comenzó a reinar, y reinó en Jerusalem once años. El nombre de su madre fue Hamutal hija de Jeremías, de Libna. E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a todo lo que había hecho Joacim. Vino, pues, la ira de Jehová contra Jerusalem y Judá, hasta que los echó de su presencia. Y Sedequías se rebeló contra el rey de Babilonia.” (21 Reyes 24:15-20).

El relato de la caída de Jerusalem se encuentra en el siguiente capítulo del Segundo Libro de los Reyes:

““conteció a los nueve años de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que Nabucodonosor rey de Babilonia vino con todo su ejército contra Jerusalem, y la sitió, y levantó torres contra ella alrededor. Y estuvo la ciudad sitiada hasta el año undécimo del rey Sedequías. “ los nueve días del cuarto mes prevaleció el hambre en la ciudad, hasta que no hubo pan para el pueblo de la tierra. “bierta ya una brecha en el muro de la ciudad, huyeron de noche todos los hombres de guerra por el camino de la puerta que estaba entre los dos muros, junto a los huertos del rey, estando los caldeos alrededor de la ciudad; y el rey se fue por el camino del “rabá. Y el ejército de los caldeos siguió al rey, y lo apresó en las llanuras de Jericó, habiendo sido dispersado todo su ejército. Preso, pues, el rey, le trajeron al rey de Babilonia en Ribla, y pronunciaron contra él sentencia. Degollaron a los hijos de Sedequías en presencia suya, y a Sedequías le sacaron los ojos, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia. En el mes quinto, a los siete días del mes, siendo el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia, vino a Jerusalem Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia. Y quemó la casa de Jehová, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalem; y todas las casas de los príncipes

quemó a fuego. Y todo el ejército de los caldeos que estaba con el capitán de la guardia, derribó los muros alrededor de Jerusalem.” (21 Reyes 25:1-10).

Sólo los pobres de la tierra quedaron en el solar patrio, mientras que la gente común, con los notables y poderosos, fueron deportados:

“Y a los del pueblo que habían quedado en la ciudad, a los que se habían pasado al rey de Babilonia, y a los que habían quedado de la gente común, los llevó cautivos Nabuzaradán, capitán de la guardia. Mas de los pobres de la tierra dejó Nabuzaradán, capitán de la guardia, para que labrasen las viñas y la tierra.” (21 Reyes 25:11-12).

Después de la reconstrucción de Jerusalem, el valle de los hijos de Hinom, conocido también como Valle de la Matanza o de los Cuerpos Muertos, quedó como vertedero de la ciudad, donde se mantenía un fuego encendido para incinerar la basura, los animales muertos y los cadáveres humanos de extranjeros o de personas no reclamadas por nadie:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que la ciudad será edificada a Jehová, desde la torre de Hananeel hasta la puerta del Ángulo. Y saldrá más allá el cordel de la medida delante de él sobre el collado de Gareb, y rodeará a Goa. Y todo el valle de los cuerpos muertos y de la ceniza, y todas las llanuras hasta el arroyo de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los caballos al oriente, será santo a Jehová; no será arrancada ni destruida más para siempre.” (Jeremías 31:38-40).

Dios ha prometido que sus enemigos serán echados en ese vertedero plagado de gusanos y corrupción, donde siempre ardía el fuego:

“Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová. Y saldrán, y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre.” (Isaías 66:23-24).

Ese Valle de los hijos de Hinom se denomina “Gehenna” en el griego del Nuevo Testamento. Nuestro Señor Jesucristo empleó también este lugar de destrucción como figura para referirse a lo que les sucederá a los enemigos de Dios en relación con la vida futura. Del mismo modo que los enemigos del Señor eran destruidos fuera de Jerusalem, en dicho valle, los condenados, es decir, los privados de vida eterna, serán destruidos en la Gehenna:

“Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego... Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.” (Mateo 5:22, 29-30).

“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.” (Mateo 18:8-9).

“(Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?” (Mateo 23:33).

“Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.” (Marcos 9:43-48).

La Gehenna es, pues, el símbolo de la destrucción absoluta de todos los rebeldes contra Dios. Su cuerpo y su vida, es decir, su alma, serán destruidos:

“Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed.” (Lucas 12:4-5).

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” (Mateo 10:28).

Esa destrucción será por fuego eterno, es decir, el fuego que procede de la eternidad de Dios, y que, por consiguiente, no puede ser apagado por los hombres, hasta que cumpla su cometido y se extinga. La destrucción de los enemigos de Dios será por ese fuego, en él serán atormentados hasta que en ellos se produzca la muerte segunda. Este acontecimiento se presenta en el Nuevo Testamento en torno a la Nueva Jerusalem, del mismo modo que en la Gehenna o Valle de Hinom eran destruidos los enemigos del Señor, junto a la antigua Jerusalem:

“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió... Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:9, 14-15).

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.” (Malaquías 4:1).

De este modo, cada ser humano recibirá su recompensa, conforme a la Palabra de Dios:

“Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:22-23).

Vida o muerte, no hay más. No hay rastro de vida eterna fuera del Hijo de Dios y la salvación que Él tiene para los redimidos. No hay posibilidad de vida eterna en el pecado.

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago, que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (Apocalipsis 21:7-8).

Sólo los redimidos por la sangre de Jesucristo seremos librados de la segunda muerte o muerte eterna. No nos estamos inventando nada. Es el propio Señor Jesús quien llama a la condenación “muerte eterna”:

“Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Juan 11:26).

Cuando los cobardes e incrédulos, los practicantes de las abominaciones y los homicidios, las fornicaciones y las hechicerías, las idolatrías y mentiras, hayan sido destruidos por el fuego eterno, los salvados por el sacrificio del Mesías saldremos a poseer la tierra, y pisaremos las cenizas de los condenados, comprendidas las cenizas de Satanás:

“Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz... Mas los impíos perecerán, y los enemigos de Jehová como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo... Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos... “Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre. Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella... Espera en Jehová, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás.” (Salmo 37:9-11, 20, 22, 27-29, 34).

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.” (Malaquías 3:16-18).

“Todos los que te conocieron (Luzbel, querubín grande, protector, degenerado hasta llegar a ser Satanás) de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.” (Ezequiel 28:19).

Con respecto al Seol y el Hades, hemos de comenzar por aclarar que el primero en el Antiguo Testamento es equivalente al segundo en el Nuevo. “ambos términos se refieren al lugar donde van a parar los muertos, sean fieles o infieles, por lo cual estas voces significan sencillamente “el lugar de los muertos”, figuradamente “el sepulcro”. Esto se manifiesta claramente en el testimonio bíblico de la experiencia de nuestro Señor Jesucristo. Recordemos la profecía por la que se afirma que el alma de Jesús no sería dejada en el Seol, es decir, en el sepulcro, ni la carne del Mesías se corrompería:

“Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción.” (Salmo 16:9-10).

Por medio de la resurrección de entre los muertos, Jesús salió del sepulcro. De esa forma, su alma no quedó en el Hades, ni se corrompió su carne. Escuchemos las palabras del apóstol Pedro en su discurso en el día de Pentecostés:

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. “este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.” (Hechos 2:29-32).

En vista de todo esto, vemos que el Seol o Hades no es un lugar de fuego en el cual son tormentadas las almas de los condenados, sino que es sencillamente el sepulcro, entiéndase el lugar de los muertos, sea una tumba o cualesquiera sea donde se halle el cadáver. El Hades es el lugar donde, después de que el alma, que es la vida, de justos e injustos termina, queda sepultado el cuerpo:

“Abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación.” (Números 16:32-33).

Sin embargo, así como el alma de Jesús no fue dejada en el Hades, el alma o vida de los hombres también será recuperada junto con su cuerpo por medio de la resurrección; con la diferencia de que los salvos serán resucitados para vivir eternamente, mientras que los rebeldes condenados serán destruidos en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. “sí lo expresa Jesús:

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz (del Hijo del Hombre); y los que hicieron lo bueno, saldrán a

resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29).

“Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna... El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (10 Juan 2:25; 5:12).

“Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo.” (Salmo 49:15).

“Porque tu misericordia es grande para conmigo, y has librado mi alma de las profundidades del Seol.” (Salmo 86:13).

Nuestro Señor Jesucristo ha vencido a la muerte y al Hades por medio de su sacrificio, de su muerte y resurrección de entre los muertos, y por eso tiene en sus manos las llaves de ambos, lo cual significa que Jesús tiene poder para resucitar a los muertos y sacarlos del sepulcro. Escuchemos el testimonio al respecto que nos llega de la experiencia de Juan en la isla de Patmos:

“Cuando le vi (a Jesús hecho Señor y Mesías), caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.” (Apocalipsis 2:17-18).

Después de que nuestro bendito Señor y Salvador haya resucitado a todos los muertos, la propia muerte y el Hades o Seol terminarán en el mismo fuego que destruirá a los condenados, tal como estaba profetizado, lo cual significa que, al no existir después de todo esto la muerte, tampoco será necesario el Hades:

“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol.” (Oseas 13:14).

UN SER VIVIENTE QUE MUERE:

Vamos, pues, a comenzar preguntándonos como se originó la vida del hombre en esta tierra. Dejemos que la Biblia responda:

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.” (Génesis 2:7).

El original hebreo dice literalmente que “Dios formó al hombre de la “adamá”, es decir, de la “arcilla”, y por eso lo llamó “adam”, es decir, “tomado de la adamá”. Así fue como el Eterno formó al ser humano al principio.

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.” (Génesis 3:19).

Vamos ahora a la pregunta tan frecuente, incluso en círculos cristianos aparentemente familiarizados con las Sagradas Escrituras: ¿Qué acontece, pues, cuando una persona fallece?

“El polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio. Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vanidad.” (Eclesiastés 12:7-8).

El término traducido por “vanidad” es la voz hebrea “hebel”, literalmente “aliento”, “soplo”, “vapor”, “vanidad”. De ahí la brevedad de la vida de “bel (heb. “Hebel”).

Las Escrituras no hacen ninguna diferencia entre justos e injustos a la hora del óbito. El cuerpo de todo humano vuelve a la tierra, de donde fue tomado, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio. Ahora bien, aquí es donde ya vamos a toparnos con nuestros conceptos culturales apriorísticos, a los que hemos aludido anteriormente, los cuales vamos a proyectar sobre el texto bíblico de forma inconsciente. ¿Qué queremos decir cuando hablamos del “espíritu” del hombre? No hay nada misterioso al respecto. El espíritu del hombre no es una entidad que puede vivir conscientemente separada del hombre. El espíritu del hombre es, sencillamente, el soplo de vida que Dios da a todos los vivientes:

“Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.” (Santiago 2:26).

“Que todo el tiempo que mi alma esté en mí, y haya hálito de Dios en mis narices, mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua pronunciará engaño.” (Job 27:3-4).

Siguiendo la habitual estructura poética hebrea del paralelismo sinonímico, Job equipara el “alma” y el “hálito” de Dios como el soplo de la vida que el Señor le ha concedido. El espíritu que vuelve a Dios al producirse el fallecimiento es el soplo de la vida. No hay ni un solo texto en las Sagradas Escrituras donde aparezca el espíritu del hombre, después de la muerte, como entidad viva y poseedora de conocimiento, sabiduría, sentimientos y emociones. El espíritu del hombre es el soplo de vida, y nada más.

Pero, entonces, ¿qué es un “alma”? Volvamos a considerar este texto: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.” (Génesis 2:7).

Un alma es, por consiguiente, un ser viviente. Un alma no es un ente independiente, al estilo del pensamiento platónico que invadió pronto a la cristiandad, sino que un alma es siempre la combinación de dos elementos: El cuerpo y el soplo divino. Un alma no puede existir a menos que el cuerpo y el soplo divino se combinen. Las Sagradas Escrituras enseña siempre que somos almas, no que el hombre “tiene” un alma. Basta con hacer un sencillo ejercicio de reflexión para descubrir el embuste antiguo. Si “yo” tengo un “cuerpo”, y un “alma”, y un “espíritu”, ¿cuántos elementos conforman mi existencia? Es evidente que el verbo “tener” no procede en esta reflexión, sino el “ser”. Somos almas. Por eso dice la Biblia que “el alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.” (Ezequiel 18:20).

“El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar.” (Apocalipsis 16:3). Aquí la expresión “ser vivo” es literalmente en el original griego “alma viviente”.

El testimonio escritural es que las almas mueren. Y nosotros somos almas. Por eso la Palabra de Dios afirma que somos mortales, no inmortales; finitos, no infinitos; temporales, no eternos:

“¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo? He aquí, en sus siervos no confía, y notó necedad en sus ángeles. ¡Cuánto más en los que habitan en casas de barro, cuyos cimientos están en el polvo, y que serán quebrantados por la polilla! De la mañana a la tarde son destruidos, y se pierden para siempre, sin haber quien repare en ello. Su hermosura, ¿no se pierde con ellos mismos? Y mueren sin haber adquirido sabiduría.” (Job 4:17-21).

La Biblia enseña clara y contundentemente que sólo Dios es inmortal:

“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (10 Timoteo 1:17).

“Que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible.” (10 Timoteo 6:14-16).

La inmortalidad no es prerrogativa de los seres humanos, sino atributo divino. El concepto de un alma inmortal, que no puede morir, es absolutamente contrario a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. La Biblia, como hemos visto, enseña que las almas mueren.

Desde su inocencia o ignorancia, miles de personas están seguras de que las almas de las buenas gentes se van al cielo al morir. Los religiosos cristianos son muy culpables de que estas mentiras satánicas se hayan extendido como la pólvora. Hemos podido constatar que quienes consienten, toleran o fomentan estas creencias paganas, o bien lo hacen desde el desconocimiento, o bien desde el inconfesable despropósito de utilizarlas como herramientas para la manipulación o el mero mercantilismo religioso. Sin embargo, cuando vamos a la Palabra de Dios, allí dice el Señor que ni los que han vivido en bondades, ni los que han vivido en maldades, van a ningún lugar que no sea la sepultura. Nadie va ni al cielo ni al infierno al morir. Todos han de esperar al gran día de Dios, a la resurrección:

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz. La voz del Hijo del Hombre, dice Jesús- y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29).

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy... porque David no subió a los cielos.” (Hechos 2:29, 34).

Con razón se expresa Job en estos términos: “Si yo espero, el Seol es mi casa; haré mi cama en las tinieblas. A la corrupción he dicho: Mi padre eres tú; a los gusanos: Mi madre y mi hermana. ¿Dónde, pues, estará ahora mi esperanza? Y mi esperanza, ¿quién la verá? A la profundidad del Seol descenderán, y juntamente descansarán en el polvo.” (Job 17:13-16).

Es más que evidente que la esperanza de Job no radica en una parte de su ser que no puede ser destruida, sino sólo en su Señor y sus promesas.

¿Cuánto podemos conocer y comprender después de la muerte, según la Biblia?

“Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol... Todo lo que te viene a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.” (Eclesiastés 9:5-6, 10).

“Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres. No alabarán los muertos a Jah, ni cuantos descienden al silencio.” (Salmo 115:16-17).

Estos textos que estamos considerando no pueden ser más claros respecto al hecho de que los muertos no conocen ni sienten. Pero muchos se resistirán a aceptar estas

evidencias bíblicas, y no aceptarán fácilmente el hecho de que los muertos no pueden comunicarse con los vivos, ni son conscientes de lo que los vivos hacen:

““sí el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño.” (Job 14:12).

Los muertos no pueden entrar en contacto con los vivos. No existe tal posibilidad. Por eso quienes procuran invocar y hablar con los espíritus de los difuntos, caen en una terrible abominación y se dejan arrastrar por los trucos y engaños del maligno. Sencillamente, como dice la Escritura, dan lugar al diablo:

“No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.” (Salmo 146:3-4).

El Señor, en su sabiduría, conociendo los engaños de Satanás, ha prohibido expresamente toda supuesta comunicación con los espíritus de los muertos. La Biblia da testimonio de aquellos que ya en los tiempos más antiguos pretendían mantener comunicación con los difuntos, del mismo modo que lo pretenden los espiritistas de nuestros días. Sabemos que los supuestos contactos con los espíritus de los difuntos no son sino con los demonios, de ahí el inmenso interés satánico por que millones crean en la supervivencia del alma o del espíritu descarnado después del fallecimiento del hombre:

“Moraba Israel en Sitim; y el pueblo comenzó a fornicar con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y el pueblo comió, y se inclinó a sus dioses. Así acudió el pueblo a Baal-peor; y el furor de Jehová se encendió contra Israel.” (Números 25:1-3).

Es evidente que los dioses a los que se refiere este texto eran los espíritus de los demonios, como se desprende del Salmo 106:28: “Se unieron asimismo a Baal-peor, y comieron los sacrificios de los muertos.”

La enseñanza apostólica es absolutamente consistente con todo el contexto bíblico:

“Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios.” (10 Corintios 10:20).

“Pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.” (Apocalipsis 16:14).

Por eso fue que la práctica de tratar con los espíritus de los muertos y con las invocaciones de los adivinos, fue castigada con la pena de muerte en el antiguo Israel. (Ver Levítico 19:31; 20:27). Sin embargo, el espiritismo en sus diversas prácticas y manifestaciones se ha ido abriendo camino hasta nuestros días, cuando millones de personas en el mundo han acogido semejantes creencias, e incluso han permitido o facilitado su penetración en las propias iglesias cristianas, bajo formas y maneras más sutilmente engañosas.

Una lectura sincera y atenta de las palabras de nuestro bendito Señor y Salvador nos mostrarán que Jesús llamó a la muerte “sueño”, al igual que todos los profetas de las Sagradas Escrituras:

“Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto.” (Juan 11:11-14).

Otra pregunta que muchos se hacen es hasta cuándo durará ese sueño de la muerte:

“Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza; retoñará aún, y sus renuevos no faltarán. Si se envejeciere en la tierra su raíz, y su tronco fuere muerto en el polvo, al percibir el agua reverdecerá, y hará copa como planta nueva. Mas el hombre morirá, y será cortado; perecerá el hombre, ¿y dónde estará él? Como las aguas se van del mar, y el río se agota y se seca, así el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño.” (Job 14:7-12).

Ese día es del que el apóstol Pedro profetiza: “Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.” (2o Pedro 3:10).

Los muertos dormirán el sueño de la muerte hasta el gran día de Dios, cuando los cielos pasarán. Hasta ese momento, los difuntos descansarán, sin actividad de ninguna clase. Pero los justos, redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo, recibirán inmortalidad en la Segunda Venida de nuestro Señor, por cuanto la inmortalidad o vida eterna no es un derecho, ni una prerrogativa, ni una facultad de los humanos, sino sólo, única y exclusivamente un don de Dios. La vida eterna no está en el hombre como un atributo de los humanos después de la caída en la desobediencia del pecado, sino solamente en el Hijo de Dios:

“En él (el Verbo que es Dios y fue encarnado) estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.” (Juan 1:4).

“Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.” (Juan 5:21).

“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Colosenses 3:4).

La vida eterna y el Verbo de vida son una sola y misma realidad según las Sagradas Escrituras:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os

anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó). (10 Juan 1:1-2).

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (10 Juan 5:12).

Sólo hay dos opciones para el futuro del hombre, no una tercera basada en la especulación espiritualista fruto del engaño satánico. Sólo hay vida eterna o muerte eterna:

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23).

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente... El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son vida.” (Juan 6:54, 56-58, 63).

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.” (Juan 17:24).

El acceso a la presencia de Dios no es por vía de la muerte, victoria temporal del malo, sino por la vida del Hijo. La promesa del gozo del encuentro con Jesucristo no pasa por la muerte del hombre, sino por el Segundo Adviento del Mesías:

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.” (10 Pedro 4:12-13).

La Segunda Venida de Cristo será el momento de la restauración de todas las cosas, nunca antes:

“Así que arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.” (Hechos 3:19-21).

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (10 Juan 3:2).

“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.” (Filipenses 3:20-21).

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.” (Apocalipsis 22:12).

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” (10 Tesalonicenses 4:16-17).

No hay ninguna referencia a un estado intermedio consciente entre el sueño de la muerte y la transformación de la corrupción a la incorrupción en la Segunda Venida de Cristo:

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.” (10 Corintios 15:51-54).

La destrucción de la muerte no acontece después del óbito del hombre, sino al final de los tiempos, con la venida del Mesías, la destrucción del engaño satánico que alcanza a todos los pueblos de la tierra, y la restauración de todas las cosas. “sí lo profetiza Isaías:

“Y destruirá en este monte la cubierta con que están cubiertos todos los pueblos, y el velo que envuelve a todas las naciones. Destruirá a la muerte para siempre, y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra; porque Jehová lo ha dicho. Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación.” (Isaías 25:7-9).

Ese es el orden de acontecimientos: Seremos recompensados; seremos despertados, levantados incorruptibles, dotados de cuerpos inmortales, espirituales, y seremos arrebatados para tener el encuentro definitivo con Cristo Jesús en las alturas. La resurrección carecería de sentido si el encuentro con el Señor tuviera lugar después de la muerte. No olvidemos que la primera mentira, el primer engaño de Satanás -¡Dios el reprenda!- fue que si desobedecían al Señor, no morirían; el pecado no traería consigo el resultado de la muerte, sino que serían inmortales:

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:4-5).

“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.” (Apocalipsis 12:9).

INTERÉS DIABÓLICO POR ENGAÑAR SOBRE LA MUERTE.

¿Por qué le engañó Satanás a la mujer respecto a la muerte? ¿Tendrá más importancia esta cuestión de lo que muchos creen? Efectivamente. Se trata de la piedra angular del reino de las tinieblas. Aquella fue la madre de todas las mentiras y engaños satánicos, y sus consecuencias llegan hasta nuestros días. Su efecto multiplicador es sorprendentemente grande, aunque oculto a los ojos de la mayoría. No deberíamos dejar en el olvido el hecho de que el maligno lleva miles de años realizando poderosos “milagros” por medio de personas que pretenden recibir poder de los espíritus descarnados de los difuntos, comprendida la santología y patología romana. Los ejemplos bíblicos al respecto son muy numerosos: Pensemos en los magos de Egipto, frente a quienes el Señor unge con poder a Moisés:

“Vinieron, pues, Moisés y “arón a Faraón, e hicieron como Jehová lo había mandado. Y echó “arón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y se hizo culebra. Entonces llamó también Faraón sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras; mas la vara de “arón devoró las varas de ellos. Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como Jehová lo había dicho.” (Éxodo 7:10-13).

Recordemos el episodio de la adivina de Endor, en el capítulo 28 del Primer libro de Samuel, a quien Saúl consultó, desobedeciendo al Señor, la cual, mediante su espíritu de adivinación, suplantó engañosamente a Samuel. Aquí es oportuno que recordemos las palabras del Señor respecto a la consulta a los muertos:

“No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo Jehová vuestro Dios.” (Levítico 19:31).

“Cuando entres a la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante de Jehová tu Dios, porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios.” (Deuteronomio 18:9-14).

“Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:19-20).

El Señor conoce muy bien que quienes consultan a los muertos son presa fácil para que el maligno los manipule y engañe mediante todos sus trucos y artimañas. El “padre de mentira” es experto en la explotación de toda clase de prodigios engañosos con que confundir y arrastrar a la destrucción a sus víctimas incautas. De ahí la clara advertencia del Buen Dios al decirle a su pueblo que tales prácticas no le son permitidas.

También vemos la presencia e influencia sobre los reyes y otros dirigentes de parte de los magos, adivinos, astrólogos, encantadores y caldeos, a quienes el rey Nabucodonosor consulta, en vista de la perturbación de espíritu que sufre, según se nos relata en el capítulo segundo del libro de Daniel. Fuentes que nos ruegan no revelemos su identidad nos aseguran que esta influencia de espiritistas y adivinos sobre políticos y otros dirigentes mundiales, comprendidos altos dignatarios españoles, sigue siendo una práctica habitual y extendida hasta nuestros días.

Entre varios otros ejemplos, hallamos el caso de la muchacha con espíritu de adivinación que seguía a Pablo y Silas, y a quienes aparentemente favorecía al declarar la identidad de aquellos hombres como “siervos del Dios Altísimo”, pero a la cual Pablo liberó de aquel espíritu demoníaco de adivinación. El texto se halla en uno de los relatos en primera persona del plural del libro de los Hechos de los Apóstoles, lo que indica que el médico Lucas estaba presente en aquel episodio:

“Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando. Ésta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación. Y esto lo hacía por muchos días; mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando en nombre de Jesucristo, que salgas de ellas. Y salió en aquella misma hora.” (Hechos 16:16-18).

Si somos observadores nos percataremos de que no había ningún error en las palabras de aquella muchacha. Efectivamente, Pablo, Silas y los que los acompañaban eran siervos del Señor Todopoderoso, y su mensaje era, no “un camino” entre otros, sino “el camino de la salvación”. No había nada incorrecto ni engañoso en la descripción de aquella joven. Sin embargo, la procedencia de aquellas palabras no era la revelación del Señor, sino el espíritu de adivinación del maligno y, por consiguiente, Pablo rechazó, reprendió y echó fuera a aquel demonio.

“quí aprendemos la lección de que un mensaje puede ser aparentemente “ortodoxo” en su contenido, pero “engañoso” en su procedencia y propósito. De ahí la necesidad del don del Santo Consolador para el “discernimiento de espíritus” (10 Corintios 12:1-13). La razón humana nos servirá para conocer el contenido, los datos, la información procesable, pero la procedencia, la fuente, y el propósito del

mensaje es algo que sólo es posible conocer mediante el carisma del discernimiento por el Santo Espíritu de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo ya nos advirtió, tanto en los días de la carne como desde su glorificación, que los demonios pueden realizar milagros fraudulentos para engañar a muchos, y que la proliferación de los mismos sería una de las señales de los tiempos finales, llegando incluso a pretender la suplantación del propio Mesías:

“Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. Ya os lo he dicho antes.” (Mateo 24:23-25).

“Pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza.” (Apocalipsis 16:14-15).

Los milagros engañosos de los últimos tiempos serán tan extraordinarios que el contingente de los arrastrados tras las dos bestias superará toda expectativa:

“También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que hagan imagen a la bestia.” (Apocalipsis 13:13-14).

El sentimiento general de la humanidad en esos momentos será que se está produciendo un avivamiento espiritual de dimensiones sobrenaturales extraordinarias, y que el propio Cristo y sus ángeles están al frente de ello, de tal manera que sólo, única y exclusivamente los escogidos de Dios no serán engañados. No olvidemos que el disfraz y la ocultación han estado siempre entre las principales herramientas de trabajo del maligno:

“Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.” (2ª Corintios 11:13-15).

¿Cómo podemos nosotros tener la seguridad de no ser engañados, si pasamos por las circunstancias descritas en estos textos? ¿Qué certeza podemos gozar en medio de la galopante apostasía por la que está deslizándose la iglesia en nuestros días? Sólo hay un medio: Insistiendo en la prueba bíblica de toda doctrina o viento de doctrina que se nos quiera imponer o mantener, y rechazando todo cuanto es contrario a la revelación según las Sagradas Escrituras. Es urgente menester recordar a todos los cristianos que la Santa Biblia tiene a Dios por Autor, por cuanto Él fue quien por su Santo Espíritu inspiró a los hombres que la escribieron; que su objeto es la salvación de los pecadores mediante el arrepentimiento y la fe en Jesucristo; y que su contenido es la verdad sin mezcla de error; que en las

Escrituras, y sólo en ellas, se encuentra la revelación de los principios mediante los cuales el Señor juzgará a todos los hombres; y que, por consiguiente, es norma suprema a la cual se debe sujetar todo juicio que se forme de la conducta, las creencias y las opiniones humanas. Es en las Sagradas Escrituras donde hemos de examinar nuestra conciencia para forjar nuestro carácter y personalidad.

Recordemos y honremos la memoria de aquellos judíos de la sinagoga de Berea, descritos como “más nobles” que los de Tesalónica, por haber consultado y cotejado las Sagradas Escrituras para ver si el mensaje del Evangelio de Jesucristo era conforme a ellas:

“Inmediatamente, los hermanos enviaron de noche a Pablo y a Silas hasta Berea (para ubicarnos un poco, a unos 200 kms. de Filipos). Y ellos, habiendo llegado, entraron en la sinagoga de los judíos. Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. “sí que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres.” (Hechos 17:10-12).

La falta de nobleza por parte de los judíos de Tesalónica se desprende de la reacción al ver que los de Berea habían aceptado a Jesús por Mesías Salvador:

“Cuando los judíos de Tesalónica supieron que también en Berea era anunciada la Palabra de Dios por Pablo, fueron allá, y también alborotaron a las multitudes.” (Hechos 17:13).

Todo el sistema ocultista-espiritista se derrumba al estudiar las Sagradas Escrituras, siempre que lo hagamos sin prejuicios ni convicciones religioso-culturales apriorísticas. Sin embargo, hemos de confesar que una parte importante de culpa en la extensión de las abominaciones es atribuible a la propia iglesia, por cuanto al dejarse engañar por la filosofía platónica, abrió la puerta de acceso a la casi totalidad de las aberraciones diabólicas que hasta el día de hoy conviven junto a sanas doctrinas bíblicas en la mayoría de los círculos cristianos. Sin embargo, el estudio de las Sagradas Escrituras, sin afirmaciones dogmáticas de nuestra contaminada cultura religiosa occidental, nos permite comprender que los muertos están fallecidos, finados, no vivos, y que los espíritus de los difuntos sencillamente no existen, por lo que todas las supuestas apariciones o manifestaciones no son sino artimañas engañosas y fraudulentas del enemigo de los hombres, el que desde el principio nos mintió diciendo: “No moriréis” (Génesis 3:4).

Si estamos bien afirmados y arraigados en la Santa Palabra de Dios, no tenemos necesidad de temer ante el aumento de las abominaciones. Efectivamente, el desarrollo y crecimiento de todas las formas ocultistas y espiritistas, tanto las etiquetadas de “cristianas”, como las de improntas y procedencias más distantes, basadas siempre en la falsedad de la supervivencia del alma después de la muerte, avanzan muy rápidamente. El número de publicaciones de tal índole supera lo imaginable. Particularmente después de las dos guerras mundiales, más todos los conflictos bélicos que han seguido hasta nuestros días, el impulso del espiritismo ha sido descomunal, principalmente a causa de las muchas vidas perdidas y el deseo de los familiares de sostener relaciones con los desaparecidos.

Sin embargo, el fundamento más sólido para el desarrollo del espiritismo moderno y todas las demás prácticas ocultistas ha sido la enseñanza de la supervivencia del alma después de la muerte. “parte de Satanás, no busquemos culpables sino dentro del propio ámbito cristiano, donde se tolera y fomenta semejante error. Después de tantos siglos, por parte de las iglesias inmortalistas, de enseñanza contraria a las Sagradas Escrituras respecto al destino del hombre después del óbito, se han abierto muchas puertas y caminos para que Satanás y sus demonios se presenten como mensajeros de los difuntos, induciendo a miles a caer en la trampa de la supuesta comunicación con los muertos.

Nada hay que temer cuando aceptamos lo que la Sagrada Escritura nos dice respecto a los muertos: ““sí el hombre yace, y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño.” (Job 14:12). No puede ser más claro y contundente. La afirmación escritural es que los muertos duermen hasta el día de la resurrección; que están absolutamente inconscientes e ignoran todo lo que sucede en la tierra; y, por consiguiente, les resulta imposible enviar mensajes a los vivos. Sencillamente, la comunicación entre los vivos y los difuntos no es posible. Lo posible es dejarse engañar por el maligno, cuando se ignora o se desprecia el sencillo mensaje de la Palabra de Dios:

“Como la nube se desvanece y se va, así el que desciende al Seol no subirá; no volverá más a su casa, ni su lugar le conocerá más.” (Job 7:9-10).

El engaño satánico respecto al sentido de la vida y de la muerte es la clave para comprender la razón por la que la doctrina de la reencarnación o transmigración de las almas está extendiéndose aceleradamente en todo occidente. Conviene aquí que tengamos presente que puede afirmarse que aproximadamente la mitad de la población de la tierra cree en alguna forma de reencarnación; es decir, la supervivencia del alma después de la muerte personal, para ir renaciendo y reencarnándose vez tras vez en un cuerpo material distinto en cada siguiente generación. ¿Qué dice la Sagrada Escritura al respecto:

Que tras el óbito, el difunto vuelve al polvo de la tierra:

“Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo.” (Salmo 104:29).

Que en su condición de finados, no saben nada, ni tienen participación alguna en lo que acontece en la tierra:

“Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga; porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol” (Eclesiastés 9:5-6).

Que en su condición de muertos, carecen de pensamiento:

“Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.” (Salmo 146:4).

Que si están muertos, no pueden estar vivos:

“En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás.” (21 Reyes 20:1).

Que la única esperanza de los difuntos radica en las promesas de resurrección de parte de Dios:

“El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece... Ciertamente sus días están determinados, y el número de sus meses está cerca de ti; le pusiste límites, de los cuales no pasará. Si tú lo abandonares, él dejará de ser; entre tanto deseará, como el jornalero, su día... Si yo espero, el Seol es mi casa; haré mi cama en las tinieblas.” (Job 14:1-2, 5-6; 17:13).

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios.” (Job 19:25-26).

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29).

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” (10 Tesalonicenses 4:16-17).

Quizá el texto más contundentemente claro al respecto sean las palabras del apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios, donde les dice así:

“Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.” (10 Corintios 15:16-18).

La argumentación no puede ser más sólida: a) La resurrección de los muertos sólo será posible gracias a la resurrección de Jesucristo; b) sin la resurrección de Cristo, nuestra fe sería vana; c) sin la resurrección de Cristo, estaríamos en nuestros pecados, por cuanto la resurrección de Cristo es la confirmación de que el sacrificio de Jesucristo por nosotros ha sido acepto delante del Padre; d) si los que durmieron en Cristo habrían perecido en caso de que Cristo no hubiera resucitado, por cuanto su resurrección depende de la de Cristo, es evidente entonces que la supervivencia después de la muerte, que Pablo llama “sueño”, como lo hace toda la Biblia, no será fruto de una supuesta “alma inmortal”, sino sólo, única y exclusivamente merced a la resurrección de Cristo y la nuestra.

Es evidente que la extensión del reencarnacionismo y todas sus diversas variantes están orquestada por el maligno. Él ha sido, desde el principio, quien ha inventado todas estas falsas expectativas y sus prácticas asociadas, tales como la

comunicación con los espíritus descarnados de los difuntos, la transmigración de las almas, y un número amplísimo de abominaciones dirigidas siempre a hacer creer a los hombres que los muertos realmente no lo están. Cuando esta mentira es asumida, se cumplen las palabras de las Escrituras, donde Jesús mismo nos advierte que “se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios” (Mateo 24:24), y “los espíritus de demonios harán señales en todo el mundo”. (Apocalipsis16:14).

Cuando una sociedad, o una parte importante de ella, acepta la mentira satánica de que los muertos realmente no lo están, sino que están vivos en algún lugar que se estructurará en conformidad con la cultura imperante, se abren toda las puertas y ventanas para que penetren las más variopintas abominaciones. Esta es una de las principales características de los tiempos finales, antes del gran día de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Todo cristiano sensible a la voz del Espíritu Santo sabe que la penetración del oscurantismo en la sociedad actual es de unas dimensiones inimaginables. Es difícil encontrar un solo medio en el que no estén presentes las abominaciones clásicas y todas las prácticas de moderna factura. El campo está cultivándose para que Satanás no encuentre ningún obstáculo en el momento de manifestar sus hechicerías finales. Su propósito será engañar a todo el mundo para dominarlo y conducirlo a la destrucción:

“Luz de lámpara no alumbrará más en ti (Babilonia), ni voz de esposo y esposa se oirá más en ti; porque tus mercaderes eran los grandes de la tierra; pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones. Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra.” (Apocalipsis18:23-24).

Estos “grandes de la tierra”, calificados de “mercaderes”, son los dirigentes de todos los sistemas religiosos nacidos en Babilonia. En el Nuevo Testamento hallamos varias claras advertencias apostólicas respecto a estos “comerciantes de la religión”, cuya columna vertebral es el mito de la supervivencia del alma descarnada del hombre. Veamos dos claros ejemplos. El primero está en el discurso de despedida del apóstol Pablo en Mileto:

“Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.” (Hechos 20:28-30).

El segundo lo hallamos en la Segunda Epístola Universal del apóstol Pedro: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los tales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.” (20 Pedro 2:1-3).

Por el testimonio del profeta Jeremías sabemos el alcance del sistema religioso nacido en Babilonia:

“Por los muertos de Israel caerá Babilonia, como por Babilonia cayeron los muertos de toda la tierra.” (Jeremías 51:49).

El llamado “apoyo bíblico” de la reencarnación se basa en unos pocos versículos bíblicos aislados contextualmente. El primer grupo de versículos comprende los textos de Mateo 14:1-2 y 16:13-16:

“En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús, y dijo a sus criados: Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes.” (Mateo 14:1-2).

“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” (Mateo 16:13-16).

Según los defensores de la reencarnación, en su intento por armonizar sus abominaciones con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, afirman que los judíos creyeron que Jesús era la reencarnación de Juan el Bautista. Este es un error que puede despejarse con suma facilidad, ya que Jesús estaba vivo cuando Juan el Bautista fue ejecutado, y, por lo tanto, no podía ser su reencarnación, según los propios principios reencarnacionistas.

Una segunda referencia neotestamentaria que suelen citar los creyentes en la reencarnación es el siguiente texto, donde Jesús enseña la necesidad que todos tenemos de nacer de nuevo:

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?” (Juan 3:3-4).

Este es otro error que puede muy fácilmente despejarse, ya que el contexto de estos versículos exige que interpretemos este “nuevo nacimiento” como un nacimiento “espiritual”, no de orden físico. Según la doctrina de la reencarnación, el mismo espíritu es inyectado en un cuerpo diferente, vez tras vez, de lo que se desprende que se trata de un nuevo nacimiento físico. El capítulo 3 del Evangelio de Juan habla de la renovación de la vida espiritual, es decir, un nuevo nacimiento del Espíritu Santo en el mismo cuerpo.

Un tercer texto al que aluden los reencarnacionistas de fondo cristiano es el pasaje en el que los discípulos de Jesús le preguntan al Maestro si el hombre ciego de nacimiento lo es a causa de su pecado, o el de sus padres:

“Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido

ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.” (Juan 9:1-3).

Una visión superficial de este pasaje pudiera hacernos pensar que los discípulos creían en la ley del “karma”; es decir, que las minusvalías, dolores o sufrimientos en esta vida han de deberse a pecados cometidos en existencias anteriores. Pero aquí vemos que, aunque Jesús ni siquiera contempla una posible referencia a la reencarnación, lo que enseña contundentemente es que el hombre en cuestión no nació ciego por causa de pecado alguno, ni suyo ni de sus padres, sino que Dios lo preparó así para que a través de Jesucristo se mostrara la obra de Dios, el milagro de sanidad en él, y así se diera a conocer el poder del Señor.

La última referencia novotestamentaria aludida por quienes proponen el carácter supuestamente cristiano de la reencarnación es el texto en el que Jesús aparentemente enseña que Juan el Bautista es el profeta Elías revivido:

“Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.” (Mateo 17:10-13).

Aquí parece como si Jesús enseñara que Juan el Bautista hubiera venido como reencarnación del profeta Elías. Sin embargo, hay tres razones por las que resulta bíblicamente evidente que nuestro Señor Jesucristo no enseñó tal desatino: Primeramente, porque Elías nunca pasó por la experiencia de la muerte, ya que fue arrebatado en vida al cielo de Dios, tal y como se nos describe en el capítulo segundo del Segundo Libro de los Reyes:

“Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos (Elías y Eliseo); y Elías subió al cielo en un torbellino.” (21 Reyes 2:11).

La segunda razón es porque Elías hizo acto de presencia anteriormente en el Monte de la Transfiguración, reteniendo su identidad original y singular:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.” (Mateo 17:1-3).

La tercera de las razones es porque ya había sido profetizado que Juan el Bautista iría “en el espíritu y en el poder de Elías”:

“Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.” (Lucas 1:16-17).

Es evidente que Jesús no estaba diciendo que Elías se hubiera reencarnado en Juan el Bautista, sino que el espíritu profético con que fue investido Elías era el mismo espíritu y poder que ahora reposaban sobre el Bautista. Anteriormente, esa unción profética había pasado de Elías a Eliseo:

“Cuando habían pasado, Elías dijo a Eliseo: Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti. Y dijo Eliseo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí... Viéndole los hijos de los profetas que estaban en Jericó al otro lado, dijeron: El espíritu de Elías reposó sobre Eliseo. Y vinieron a recibirle, y se postraron delante de él.” (21 Reyes 2:9,15).

Estos pasajes suelen ser los que los reencarnacionistas citan de las Escrituras, fuera de todo contexto, para engañar a quienes no están familiarizados con la Palabra de Dios. Veamos, pues, algunos de los textos donde queda evidenciada la mentira que se esconde tras el reencarnacionismo o transmigración de las almas, falsas doctrinas a las que da lugar la vieja mentira satánica de la inmortalidad del alma humana:

“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.” (Hebreos 9:24-28).

De este pasaje se desprenden muchas y muy ricas enseñanzas: Primeramente, que el sacrificio de Jesucristo no se puede repetir, sino que se hizo una vez y para siempre; en segundo lugar, que su sacrificio tiene por propósito quitar de en medio el pecado; y en tercer lugar, que está establecido por el Señor que cada hombre muera una sola vez, y después de ello se realizará el juicio. Esta Escritura jamás podrá reconciliarse con la de la reencarnación o transmigración del alma humana, la cual pretende hacer creer a quienes desconocen las Sagradas Escrituras que a la muerte le sigue otras vidas o existencias con sus futuras muertes, y así sucesivamente.

Otro de los textos contundentes al respecto de lo que venimos afirmando es el que hallamos en la Epístola a los Gálatas:

“No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.” (Gálatas 6:7-8).

Es evidente que la siega que hagamos de nuestra vida personal será en conformidad con lo que en nuestra vida personal hayamos sembrado. El apóstol Pablo no enseña que esta doctrina se aplique ni a vidas anteriores ni a existencias posteriores, sino sólo a esta existencia personal y singular que nos ha sido otorgada a cada uno de

nosotros en particular. Por consiguiente, la ley del “karma” queda escrituralmente refutada. Sencillamente, las enseñanzas de la reencarnación o transmigración de las almas no son doctrinas bíblicas.

Mientras la creencia en la reencarnación se extiende por todo el mundo a pasos galopantes, ganando adeptos no sólo en Oriente, donde las condiciones sociales, religiosas y culturales la favorecen, sino también en el Occidente nominalmente cristiano, la Biblia demuestra sin lugar a dudas la inconsistencia de semejantes pretensiones. No hay ninguna base bíblica para mantener esta superstición. Nuestros cuerpos mortales no son ni “joyeros” ni “cárcel” de un alma inmortal. El mortal es el hombre en su totalidad, no una parte de sí mismo. No tenemos un cuerpo despreciable y un alma preciosísima. Antes bien, nuestro cuerpo está vinculado a nuestra personalidad inmaterial, es decir, a nuestra alma y a nuestro espíritu. Dicho de otra manera: No tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu, sino que somos cuerpo, alma y espíritu. Es más, esta relación integral es de tal importancia para Dios que Él mismo ha prometido darnos nuevos cuerpos en el día de la resurrección, en el gran día del encuentro con Jesucristo, en su Segunda Venida:

““sí también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonor, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. “sí también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adam alma viviente; el postrer Adam, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual.” (10 Corintios 15:42-46).

El apóstol Pablo no habla aquí de la resurrección de los “cuerpos” o de la “carne”, sino de los “muertos”: ““sí también es la resurrección de los muertos”. La salvación de los hombres, según las Sagradas Escrituras, no es el resultado o la meta de una serie más o menos prolongada de sucesivas reencarnaciones, hasta alcanzar ese estado conocido en el orientalismo como “nirvana”, sino el resultado personal de aceptar con todas sus consecuencias el sacrificio de Jesús de Nazaret en la Cruz del Calvario en substitución y sacrificio vicario de cada uno de los pecadores. La vida eterna no es una prerrogativa del ser humano, ni una facultad, ni un derecho inherente a la especie, sino que es gracia de la inmortalidad de Jesucristo, fruto precioso de nuestra vinculación a su bendita persona, no una secuencia de reencarnaciones o de transmigraciones de nuestra alma, hasta alcanzar un estado de perfección que nos conceda el derecho de elevarnos a una mayor dignidad espiritual, asemejándonos a la escala de castas sociales y religiosas de las tierras donde Satanás sembró esta semilla engañosa que hoy se extiende y llega bajo diversos disfraces hasta nuestras orillas.

“Les dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente.” (Juan 11:25-26).

Jesús no está refiriéndose aquí a la primera muerte, en la que todos hemos de morir, a menos que vivamos hasta el momento de la Segunda Venida de Cristo:

“Está establecido para los hombres que mueran una sola vez.” (Hebreos 9:27).

Jesús se refiere aquí a la segunda muerte, destinada solamente a los impíos, y de la cual no hay resurrección:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.” (Apocalipsis2:11).

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (Apocalipsis21:8).

El supuesto apoyo bíblico de la reencarnación no puede sostenerse, a menos que proyectemos sobre las Escrituras creencias apriorísticas basadas en las tradiciones y costumbres que han llegado hasta nuestros días a partir de la religiosidad precristiana de los pueblos, fortalecidas desde la invasión de la filosofía neoplatónica en la medida en que el cristianismo se iba alejando de sus raíces hebreas.

Sólo hay dos estados: la vida y la muerte. Para el apóstol Pablo no hay ni siquiera mención a un estado intermedio entre el óbito y la resurrección:

“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adam todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego, los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.” (10 Corintios 15:21-24).

“sí lo anunció Jesús a sus discípulos, como se desprende de uno de los pasajes de las Escrituras ante el cual se manifiesta más claramente la realidad del enfrentamiento entre lo que dice el texto y nuestras creencias apriorísticas, lo que produce el fenómeno de borrar realmente el mensaje del texto al pasar por nuestro filtro cultural:

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (Juan 14:1-3).

No puede quedar más evidenciado: Jesús, si fuera el alma supuestamente inmortal la que partiera a su presencia, y el camino del encuentro fuera a través de la muerte, nos lo hubiera dicho. Sin embargo, lo que el bendito Maestro nos enseña es que Él ha ido a prepararnos lugar en las moradas celestiales, y que el encuentro con Él será cuando El mismo nos tome para sí mismo, lo cual acontecerá en el glorioso día de la Segunda Venida de Cristo Jesús, nunca antes:

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados

juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” (10 Tesalonicenses 4:16-17).

El pequeño adverbio “así” cobra una importancia capital en este conocido texto. De ese modo, en la Segunda Venida de Cristo, será nuestro encuentro con Él. “sí será como estaremos con el Señor para siempre. Ningún otro camino nos conduce al encuentro con el Autor de nuestra salvación. Sólo en Él está la resurrección y la vida eterna. Sólo vinculados a su inmortalidad.

“Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este siglo se casan, y se dan en casamiento; mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento, porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.” (Lucas 20:34-38).

La muerte no es apariencia de tal, sino sencilla y llanamente se trata de la cesación de la existencia. Dos elementos han de combinarse para que el hombre sea un alma viviente: El cuerpo y el aliento de vida. Cuando cesa el soplo, el alma deja de existir por cuanto es una combinación de ambos. Cuando apagamos una llama, ¿dónde se va esa llama? No va a ninguna parte, simplemente deja de ser. Cesa su existencia. Hacen falta dos elementos para que una llama sea tal. Si no se unen el fuego y una materia combustible, jamás se dará la llama. Igualmente cuando se trata de la luz eléctrica. Se requieren una bombilla y una corriente eléctrica. Si nos falta uno de esos dos elementos, no tendremos luz. “sí acontece con el alma del hombre. A menos que el cuerpo y el soplo de vida se unan, no podrá darse el milagro del alma viviente. No existen almas descarnadas, del mismo modo que no existen cuerpos vivientes sin el hálito de la vida.

Nuestra supervivencia no es atribuible a la pretensión engañosa y soberbia de poseer un alma inmortal, de ser indestructibles, de ser como dioses, sino a la memoria amorosa de Dios, para quien vivimos todos sus hijos, por cuanto el Señor nos ve en Jesucristo como cuerpo mesiánico suyo:

“Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.” (Efesios 5:30).

¿HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO?

Después de todo lo visto hasta ahora, llega el momento en que debemos entrar a analizar en la mayor profundidad posible las objeciones más habituales a la doctrina bíblica del sueño de la muerte hasta el día de la resurrección. Y vamos a hacerlo comenzando por la más frecuente de todas.)No le dijo el propio Señor Jesucristo al ladrón que le reconoció como el Justo, es decir, como el Mesías, y le pidió que se acordara de él cuando viniera en su Reino, que ese mismo día estaría con Él en el paraíso? Veamos el texto evangélico:

“Nosotros a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” (Lucas 23:41-43).

¿Cómo hemos de entender estas palabras de nuestro Señor? ¿Se equivocó Jesús al hacer esta promesa a aquel hombre? Veamos varios datos importantes para comprender esta aparente paradoja. Primeramente, en la mañana del Domingo, el primer día de la semana, Jesús resucitado salió al encuentro de María Magdalena, y en su diálogo tenemos ya parte de la solución al problema:

“Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir “Maestro mío”). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor; y que él le había dicho estas cosas.” (Juan 20:11-18).

Esta conversación entre Jesús y María Magdalena debería ser suficiente prueba escritural como para comprender que Jesús no había ascendido a la gloria del Padre inmediatamente después de su resurrección. Pero vamos a ver algo más, en esta ocasión de la pluma del médico Lucas:

“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de

haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días, y hablándoles acerca del reino de Dios.” (Hechos 1:1-3).

Es evidente por este testimonio que Jesús no ascendió a los cielos hasta pasados cuarenta días, tiempo de la cuenta del “omer”, que el Señor Jesús guardó, como todos los demás mandamientos, preceptos y estatutos de la Ley. “Omer” es la voz hebrea para “gavilla de granos”, y específicamente, la medida de los primeros frutos de la cosecha de cebada. El segundo día de la Pascua era el momento para entregar el “omer” o primicias del cereal que habían de ser presentadas al sacerdote en el día siguiente después del Shabat:

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote medirá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo la medirá.” (Levítico 23:9-11).

Desde entonces, y hasta que las ofrendas pudieran traerse nuevamente, el Señor mandó contar siete semanas completas, y el día número cincuenta se había de celebrar la fiesta de “Shavuot”, es decir, de “las semanas”, para conmemorar la entrega del Decálogo a Moisés en Sinaí. Es la festividad que conocemos generalmente todos los cristianos por su forma griega como “Pentecostés”.

“Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová.” (Levítico 23:15-16).

En segundo lugar, es importante que tengamos muy presente que la puntuación del texto en cualquiera de nuestros idiomas occidentales no forma parte del texto inspirado por Dios. Los textos en el original griego del Nuevo Testamento no contienen signos de puntuación, pues no eran empleados en la época de su redacción. Somos nosotros, en nuestras traducciones, quienes hemos insertado los signos de nuestro sistema de puntuación para aclarar el sentido del texto, del mismo modo que la división de los libros bíblicos en capítulos y versículos fue introducida para la más fácil localización de los pasajes. Por consiguiente, la coma que hallamos en muchas versiones a otros idiomas, y que en la traducción castellana suele substituirse por el relativo “que”, en el versículo 43 del capítulo 23 del Evangelio de Lucas, debería colocarse, bien en la forma del signo de puntuación de la coma, o bien como el relativo “que”, después del adverbio de tiempo definido “hoy”. El texto griego es como sigue: “Amén lego soy sémeron met emon ese en to paradeiso.” Su traducción literal es: “Verdaderamente, te digo hoy (“coma” o “que) estarás conmigo en Paraíso.” Es decir, que Jesús lo que le promete al ladrón arrepentido es: “De cierto te digo hoy, que vas a estar conmigo en el Paraíso.” No olvidemos que el Reino del Señor se establecerá con la Segunda Venida de Jesucristo, con gran poder y gloria, y todos los justificados de todos los tiempos, cuantos vivieron y durmieron con la esperanza mesiánica en sus corazones, serán resucitados.

El Reino de Dios no se inaugura en el óbito personal, sino en el Gran Día de Dios, con el Segundo Adviento de Jesús el Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones:

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.” (Mateo 25:31-32).

“Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... Porque el Señor mismo... descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero... Y así estaremos siempre con el Señor.” (10 Tesalonicenses 4:14-17).

El encuentro con el Señor será en su Segunda Venida, no después del fallecimiento del creyente. Sin embargo, muchísimos cristianos verdaderos se resisten a aceptar las verdades bíblicas porque sus creencias apriorísticas interfieren poderosamente con las enseñanzas de las Escrituras. Son quienes están convencidos de que la Biblia enseña que el hombre posee un alma inmortal, aunque jamás podrán citar un solo texto en el que se afirme semejante despropósito. Están seguros al respecto, pero realmente nunca han hecho un estudio serio de este tema tan importante.

Siempre recordaré una conversación mantenida con un hermano y pastor, compañero en la docencia en un seminario, quien, al escuchar mis argumentos condicionalistas, me respondió diciendo que “bíblicamente eran incuestionables, pero “evangélicamente” no eran aceptables.” Fue el momento en que comprendí que nuestra tradición protestante pesa por lo menos tan to como la católica-romana.

La propia voz “inmortal”, como ya hemos visto anteriormente, sólo se aplica en las Escrituras a Dios nuestro Señor, y a nadie más:

“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (10 Timoteo 1:17).

De nadie, absolutamente de nadie más, se dice que sea “inmortal”, sino del Señor Dios Todopoderoso. Suele sorprender muchísimo a la mayoría de los creyentes comprobar que la Biblia emplea una sola vez el adjetivo “inmortal” y cinco veces el sustantivo “inmortalidad”, y en todos y cada uno de los casos es siempre y exclusivamente respecto del Eterno, y nadie más. ¿Quién, es, pues, inmortal?

“Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la Palabra del Señor permanece para siempre.” (10 Pedro 1:24-25).

“El hombre es semejante a la vanidad; sus días son como la sombra que pasa.” (Salmo 144:4).

“El bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad.” (10 Timoteo 6:15-16).

“Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.” (20 Corintios 4:11).

Otra de las frecuentes preguntas que nos hacen es acerca de dónde va el hombre al fallecer. Dejemos que respondan las Sagradas Escrituras:

“Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo.” (Eclesiastés 3:20).

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.” (Génesis 3:19).

“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.” (Daniel 12:2).

“Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte.” (Salmo 22:15).

“Porque ahora dormiré en el polvo, y si me buscares de mañana, ya no existiré.” (Job 7:21).

La Biblia nos da un claro testimonio en cuanto a que el lugar de los muertos es de oscuridad, silencio y reposo:

“Antes que vaya para no volver, a la tierra de tinieblas y de sombra de muerte; tierra de oscuridad, lóbrega, como sombra de muerte y sin orden, y cuya luz es como densas tinieblas.” (Job 10:21-22).

“Allí los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas. Allí también reposan los cautivos; no oyen la voz del capataz. Allí están el chico y el grande, y el siervo libre de su señor.” (Job 3:17-19).

“¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido?” (Salmo 88:12).

“Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”. (Eclesiastés 9:10).

“quí conviene recordar que la voz “Seol” (hebreo “Sheol”), el lugar de reposo de los difuntos, viene de una raíz que significa “hueco”, “vacío”, y que en él no se puede alabar al Señor, ni ejercer ninguna función mental consciente. De ahí que al asemejarse tanto al sueño, sea precisamente como tal que se mencione siempre en las Escrituras:

“Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?” (Salmo 6:5).

“¿Manifestarás tus maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el “badón?” (Salmo 88:10-11).

El término “badón” es peculiar de la literatura sapiencial, cuyo significado literal es “muerte”, “perdición”, “destrucción”. De ahí que se use para definir el estrato más bajo del Seol. No deja de ser triste que esta voz permanezca en el idioma original, sin traducir al castellano, en muchas de las versiones bíblicas modernas, con lo que su sentido queda oscurecido para la mayoría, algo que, curiosamente, no ocurre en la versión original de Casiodoro de Reina, allá por el año 1569, donde nuestro insigne traductor de la primera Biblia completa y directa de las lenguas originales al castellano, se atreve a verter “badón” correctamente por “perdición”.

“El Seol está descubierto delante de él, y el “badón no tiene cobertura.” (Job 26:6).

“Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres. No alabarán los muertos a Jah, ni cuantos descienden al silencio.” (Salmo 115:16-17).

“No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.” (Salmo 146:3-4).

“Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos.” (Isaías 38:18-19).

“Ciertamente el monte que cae se deshace, y las peñas son removidas de su lugar; las piedras se desgastan con el agua impetuosa, que se lleva el polvo de la tierra; de igual manera haces tú perecer la esperanza del hombre: Para siempre serás más fuerte que él, y él se va; demudarás su rostro, y le despedirás. Sus hijos tendrán honores, pero él no lo sabrá; o serán humillados, y no entenderá de ellos.” (Job 14:18-21).

Todo el testimonio de las Sagradas Escrituras apunta hacia el sueño de la muerte para los difuntos:

“Y el Señor dijo a Moisés: He aquí tú vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para estar en medio de ella; y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él.” (Deuteronomio 31:16).

“Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré tu reino.” (21 Samuel 7:12).

“Y oyendo Hadad en Egipto que David había dormido con sus padres, y que era muerto Joab general del ejército, Hadad dijo a Faraón: Déjame ir a mi tierra.” (11 Reyes 11:21).

“Los fuertes de corazón fueron despojados, durmieron su sueño; no hizo uso de sus manos ninguno de los varones fuertes.” (salmo 76:5).

“Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.” (Mateo 27:51-53).

“Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, Esteban durmió.” (Hechos 7:60).

“Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción. Mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción.” (Hechos 13:36-37).

“Después, Jesús apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen... Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron... Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho... He aquí os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados.” (10 Corintios 15:6, 18, 20, 51).

“Jesucristo murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él.” (10 Tesalonicenses 5:10).

“Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.” (20 Pedro 3:3-4).

El lenguaje de las Sagradas Escrituras no puede ser más claro para quien no quiera quitar ni añadir. Pero vamos a seguir por las páginas de la Biblia:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.” (20 Timoteo 3:16).

“sí es. Nosotros decimos “amén” a esta afirmación bíblica. Y esta Escritura inspirada por Dios contiene mil seiscientas (1.600) referencias al alma, pero ni una sola de ellas, ni una sola vez, se describe como “inmortal”, sino, antes bien, como percedera. El hombre es creado para la vida, con deseo, por consiguiente, de vida eterna, pero nunca se nos dice en la Biblia que el hombre, ni parte alguna del mismo, haya sido creado con inmortalidad. No hay vida eterna fuera de la obra redentora realizada por Jesucristo, el Siervo Sufriente que vino como tal en su primer Adviento en carne, y que vendrá en el Gran Día de Dios, en su Segundo Adviento, como Mesías Triunfante.

Lo que esta humanidad perdió en AdamBla comunión con Dios para vivir una vida sin fin, en santidad y en preservación de la imagen divina- podemos recuperarlo en el Segundo Adam, esto es, en Cristo Jesús, mediante el arrepentimiento del pecado para novedad de vida, y la fe en Jesucristo y en su obra redentora:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” (Romanos 8:1-2).

El hombre siempre es presentado en las Sagradas Escrituras como mortal, y además mortal en su globalidad, no sólo en una parte de su existencia:

“Los arrebatas como con torrente de aguas; son como sueño, como la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada y se seca.” (Salmo 90:5-6).

“Mis días son como sombra que se va, y me he secado como la hierba.” (Salmo 102:11).

“Pues nosotros somos de ayer, y nada sabemos, siendo nuestros días sobre la tierra como sombra.” (Job 8:8).

“El hombre nacido de mujer, corto de días y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece.” (Job 14:1-2).

“Porque mis días se han consumido como humo, y mis huesos cual tizón están quemados.” (Salmo 102:3).

“Voz que decía: Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento del Señor sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la Palabra del Dios nuestro permanece para siempre.” (Isaías 40:6-8).

No hay absolutamente nada en el hombre que no haya sido alcanzado por el pecado y sus efectos, los cuales siempre son simiente de muerte:

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (Juan 3:6).

“A lo suyo vino (Jesús), y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” (Juan 1:11-13).

Frente a la soberbia humana, basada en la creencia gratuita en una inmortalidad de una parte del hombre, la inmaterial, ya que la muerte de la parte material y tangible del hombre no es posible negarla, como una especie de eco de la antigua mentira satánica *“No moriréis”* (Génesis 3:4), resuenan con humildad genuina las palabras del salmista:

“Hazme saber, Señor, mi fin, y cuánta sea la medida de mis días; sepa yo cuán frágil soy. He aquí, diste a mis días término corto, y mi edad es como nada delante de ti; ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive. Ciertamente como una

sombra es el hombre; ciertamente en vano se afana; amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá... Con castigos por el pecado corriges al hombre, y deshaces como polilla lo más estimado de él; ciertamente vanidad es todo hombre.”(Salmo 39:4-6, 11).

“Por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, mentira los hijos de varón; pesándolos igualmente a todos en la balanza, serán menos que nada.” (Salmo 62:9).

El lector atento de las Sagradas Escrituras sabe muy bien que sólo el apóstol Pablo, de todos los autores bíblicos, emplea los términos “inmortal” e “inmortalidad”. Sólo él. Nadie más. Y lo hace en cinco ocasiones, ni una más, ni una menos. Pues bien, como ya hemos explicado antes, y ahora insistimos en ello, tratando de profundizar en el texto, en ninguna de esas cinco veces aplica los términos “inmortal” e “inmortalidad” ni a los pecadores, ni a los justos. Nunca utiliza estas palabras para referirse a las almas de los humanos, ni antes ni después de la muerte del hombre. Solamente aplica estos vocablos a Dios nuestro Señor. Sólo al Eterno, única y exclusivamente:

“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (10 Timoteo 1:17).

“... que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.” (10 Timoteo 6:14-16).

“Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor. Ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestra Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.” (20 Timoteo 1:8-10).

La inmortalidad es una facultad que, según el apóstol Pablo, el hombre no posee, por cuanto no forma parte de nuestra naturaleza caída, sino que es algo que debemos anhelar y buscar diligentemente:

“Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: Vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia.” (Romanos 2:5-8).

Es el apóstol Pablo quien nos dice también cuándo alcanzaremos la inmortalidad. Nunca antes de lo establecido por Dios. Vamos a leerlo de nuevo, ahora que tenemos un contexto más amplio:

“... en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: *Sorbida es la muerte en victoria.*” (10 Corintios 15:52-54).

El único escritor inspirado que menciona la inmortalidad en toda la Biblia Bel apóstol Pablo- nunca jamás enseñó la inmortalidad del hombre, ni de su alma, en perfecta concordancia con toda la enseñanza de las Sagradas Escrituras:

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie.” (Tito 2:11-15).

Esa es nuestra esperanza. El tránsito de la muerte no es a la vida eterna, a la inmortalidad y al goce del cielo o al castigo eterno, antes del juicio final, sino al reposo hasta la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. El día del encuentro con Cristo será el día de la manifestación gloriosa del Bendito. “sí se cumplirá la promesa hecha por el Dios Eterno a Moisés:

“Tan ciertamente como vivo yo, mi gloria llenará toda la tierra.” (Números 14:21).

La promesa del Señor es la purificación y la restauración final de todas las cosas. El pecado no se perpetuará, sino que será abolido y destruido para siempre:

“Y los redimidos de Jehová volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría; y huirán la tristeza y el gemido.” (Isaías 35:10).

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre.” (Daniel 2:44).

Continuamos con las preguntas más habituales al respecto: ¿Quiénes serán aquellos a quienes el Señor promete levantar de entre los muertos?

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29).

Ahora bien, ¿qué acontecerá con quienes no hayan sido enterrados?

“Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el

que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:13-15).

“Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.” (Hechos 24:15).

La inmortalidad es siega y fruto de la vida de fe y obediencia al Señor, pero la corrupción de la muerte eterna y la incorrupción de la vida eterna no son realidades para inmediatamente después del fallecimiento del hombre, sino para el tiempo de la Segunda Venida de Cristo:

“No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.” (Gálatas 6:7-9).

“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras; vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia.” (Romanos 2:4-8).

La vida del cristiano está y estará guardada en Cristo Jesús desde el día de su conversión hasta el día de su Segunda Venida. De ahí que para el apóstol Pablo nuestra conversión al Señor o nuevo nacimiento sea como si ya hubiéramos resucitado, como un “ya”, y un “todavía no”; esa tensión espiritual que el Santo Espíritu de Dios transmite al cristiano para vivir en el santo temor de Dios, en reverencia y obediencia:

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Colosenses 3:1-4).

¿Cuál será, entonces, el fin de los corruptos inconversos que despreciaron la gracia salvadora de Dios nuestro Señor?

“Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia... Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre.” (20 Pedro 2:12-13, 17).

Somos conscientes de la inmensa dificultad para comprender estos textos, entre ellos el anterior, por parte de quienes han sido instruidos en lo que algunos definimos

como “almismo-inmortalista”. Tan profunda es la huella dejada por la cultura circundante en el entendimiento de millones, que al pasar la vista sobre los términos de este texto, como por ejemplo “nacidos para presa y destrucción”, o expresiones de una evidente redundancia enfática, como “perecerán en su propia perdición”, no se percatan de ello, sino que siguen manteniendo su falsa creencia apriorística en la supervivencia de alguna parte del hombre después de su muerte.

Nuestro Señor Jesucristo no puede ser más contundente en su advertencia respecto al santo temor reverente que hemos de tener para con el Eterno, el único que puede “destruir el alma y el cuerpo”, el Señor de la vida y de la muerte:

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” (Mateo 10:28).

Este texto, que muchos han empleado para tratar de justificar su creencia supersticiosa en la supuesta inmortalidad del alma, prueba precisamente todo lo contrario. El “alma” es sencillamente la “vida eterna”, que es don, dádiva, regalo divino: “mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23); que se recibe por la fe en Jesucristo, y que el Señor nos hará efectiva en el último día: “Yo le resucitaré en el día postrero.” (Juan 6:54). De ahí que nadie jamás pueda arrebatar la vida eterna que Dios otorga en su soberanía:

“Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed.” (Lucas 12:4-5).

“He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá... Apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá. Y apartándose el impío de su impiedad que hizo, y haciendo según el derecho y la justicia, hará vivir su alma.” (Ezequiel 18:4, 26-27).

“Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Por qué moriréis, casa de Israel. Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis.” (Ezequiel 18:31-32).

¿Cuál es el resultado logrado por un hombre que aparta a otro de su mal camino?

“Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados.” (Santiago 5:19-20).

El texto de Mateo 10:28, en su segunda cláusula, prueba precisamente lo más contrario a la supuesta inmortalidad del alma o su supervivencia después de la muerte. A quien hemos de temer es a quien tiene poder para destruir el cuerpo y el alma, es decir, a Dios.

Quienes defienden el inmortalismo incondicional, suelen aludir al texto de Apocalipsis 6:9-10: “Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la Palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se complete el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.” (Apocalipsis 6:9-11).

El más elemental análisis de este texto demuestra que se trata de una figura simbólica, frecuentemente empleada en las Escrituras para referirse a la reivindicación de la sangre derramada de los siervos de Dios, como es el caso de la sangre de “bel:

“Y él (el Señor) le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.” (Génesis 4:10).

La voz “almas” se refiere aquí a personas, a seres humanos que habían sido asesinados por su fidelidad al Señor y a su Palabra. No tiene sentido interpretar este texto como si unas supuestas “almas” descarnadas estuvieran guardadas debajo del altar, ni que los justos le pidan a Señor venganza sobre sus enemigos, por cuanto se trata de discípulos de Jesucristo, quien nos ha enseñado que “amemos a nuestros enemigos, bendigamos a quienes nos maldicen, hagamos bien a quienes nos aborrezcan, y oremos por quienes nos ultrajen y nos persigan, para que seamos hijos de nuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amamos a los que nos aman, ¿qué recompensa tendremos? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludamos a nuestros hermanos solamente, ¿qué hacemos de más? ¿No hacen también así los gentiles?” (Mateo 5:44-47). El mandamiento conclusivo de nuestro Señor y Salvador es tajante: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mateo 5:48). ¿Cómo podemos armonizar la petición de venganza con las fundamentales enseñanzas de Jesucristo? No podemos interpretar este pasaje como una petición literal de venganza por parte de almas descarnadas de mártires cristianos.

“firmamos rotundamente que los justos no piden a Dios venganza sobre sus enemigos, sino misericordia para quienes no saben lo que hacen, siguiendo el ejemplo máximo de Jesús de Nazaret en la Cruz del Gólgota: “Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23:34).

¿PREDICÓ JESÚS A LOS DIFUNTOS ENTRE SU MUERTE Y SU RESURRECCIÓN?

El texto que vamos a ver a continuación corresponde a uno de los argumentos empleados más frecuentemente por el inmortalismo incondicionalista:

“Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.” (10 Pedro 4:6).

Una mirada al texto original griego nos muestra dónde radica el malentendido. En él se nos dice que el Evangelio “fue” predicado a los que “están muertos”. El contraste entre los tiempos verbales nos muestra que el Evangelio “fue predicado”, tiempo pasado, cuando, efectivamente, el mensaje de salvación fue anunciado a los que “están muertos”, presente, es decir, a los que están muertos ahora. No estuvieron muertos cuando se les predicó el Evangelio. Es ahora cuando lo están. Las buenas nuevas de salvación les fueron proclamadas cuando estaban entre los vivos. Todo lo demás, en este caso como en todos los otros, es proyección de nuestras creencias apriorísticas. “sí es como le forzamos al texto a decir lo que no dice para nada.

A este texto suelen sumar muchos hermanos las palabras del apóstol Pedro, cuando manifiesta:

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en Espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.” (10 Pedro 3:18-20).

Este texto es uno de los favoritos entre quienes mantienen la postura del inmortalismo innato en el alma del hombre. Primeramente, hemos de recordar, pues nunca viene mal hacerlo, que un texto aislado de la enseñanza general de las Sagradas Escrituras no es un fundamento sólido para construir toda una doctrina que afecta la trascendencia del destino del hombre después de finalizar esta vida.

La exégesis del texto que nos ocupa discurre por este camino: “Porque también Cristo padeció (griego “apethanen”, es decir, “sufrió padecimientos de muerte” o “padeció hasta morir”) una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en Espíritu.” Aquí conviene tener presente que la “e” minúscula de “espíritu”, con que suele aparecer en muchas versiones, es arbitrariamente utilizada por los traductores y

editores de las Sagradas Escrituras al castellano, por cuanto el texto griego de la Biblia no nos ha llegado con ninguna diferenciación entre letras mayúsculas y minúsculas. Nuestra afirmación al respecto se debe al hecho de que la interpretación de “espíritu” como “aliento vital” no corresponde al contexto, por cuanto la “vivificación” o “resurrección” de nuestro Señor Jesucristo fue operada, según el propio testimonio bíblico, por el Espíritu Santo. De manera que optamos por usar la “E” mayúscula, por corresponder al Santo Espíritu de Dios, y no al soplo de vida común a todos los seres humanos:

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.” (Hechos 2:29-32).

“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.” (Romanos 8:11).

Dos grandes lecciones se desprenden de este texto paulino. Primeramente, que Cristo Jesús fue resucitado por el Santo Espíritu de Dios. Segundo, que el mismo Espíritu que mora en los redimidos por el sacrificio de Cristo será quien nos resucitará a nosotros. Y en tercer lugar, que la vivificación está ligada a la resurrección del cuerpo, y no a parte intangible y descarnada alguna del ser humano.

Continúa el texto diciendo que “en el cual (en el Espíritu) también fue y predicó (griego “ekéruxen”, “hacer la labor de un heraldo”, “anunciar”, “proclamar”, “difundir públicamente”) a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.” (10 Pedro 3:18-20).

La interpretación más frecuente de parte de los defensores de la doctrina de la inmortalidad del alma consiste en afirmar que las almas de los justos difuntos fueron liberadas por nuestro Señor Jesucristo cuando el Salvador descendió al Hades al morir, y que después fue cuando Cristo ascendió con ellos al cielo, y que todos los difuntos desde entonces, si han fallecido purificados de sus pecados, sus almas van directamente al cielo al morir. Naturalmente, al no poder negar la doctrina de la resurrección de entre los muertos, afirman que estas almas descarnadas volverán después a la tierra para buscar sus respectivos cuerpos, cuando acontezca la resurrección general. Para justificar esta teología-ficción, sus defensores afirman que Cristo en el espíritu fue a predicar el Evangelio, durante el período comprendido entre su muerte y su resurrección, a los espíritus de los hombres antediluvianos, los cuales se hallaban confinados en las prisiones del Hades.

Las implicaciones de esta teoría son que el espíritu de Jesucristo, descarnado y consciente Bsu verdadero ser, según el inmortalismo- descendió al Hades, durante

los tres días que mediaron entre su muerte y su resurrección, donde se encontraban los muertos de los días de Noé, mientras su cuerpo sin vida permanecía en la tumba, para predicar el Evangelio a los espíritus descarnados de los antediluvianos allí encarcelados, con el propósito evidente de darles una segunda oportunidad, y que de ese modo pudieran escapar del terrible tormento en que se hallaban.

La mayoría de los cristianos arrastrados por el ancestral inmortalismo no se han parado nunca a considerar las tremendas implicaciones de esta doctrina, lo cual demuestra su falsedad, ya que una característica distintiva de toda doctrina sana es su consistencia y armonía con el resto de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Vamos a echar una mirada a dichas implicaciones. Si los muertos resulta que no están muertos, sino que están vivos, por cuanto según ellos están plenamente conscientes, como para que se les predique el Evangelio, y esos finados, que al mismo tiempo resulta que realmente no son finados, pueden beneficiarse de dicha predicación, pudiendo arrepentirse y salvarse del tormento eterno, entonces podríamos estar justificando una especie de versión protestante del purgatorio católico-romano, en vista de que después de la muerte podría seguir existiendo la posibilidad de ser probados y salvados. “demás, si esta doctrina fuera cierta, aquellos muertos habrían tenido una auténtica ventaja respecto a los demás, ya que a ellos se les concedió, aparentemente, una segunda oportunidad que les ha sido negada a los demás.

Todo puede quedar aclarado cuando consideramos detenidamente la condición de nuestro Señor Jesucristo en su muerte. El cuerpo de Jesús fue puesto en la tumba o sepulcro, es decir, en el Hades o lugar de los muertos: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.” (Salmo 16:10). (David) viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.” (Hechos 2:31). Jesús encomendó su espíritu a Dios, su Padre, como vemos en el relato evangélico de Lucas: “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.” (Lucas 23:46).

“En tu mano encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad.” (Salmo 31:5). Ahora bien, según Pedro, quien había hablado con Jesús después de la resurrección (ver Juan 21:7-22), y quien predicó en el día de Pentecostés (ver Hechos 2:14 ss.), el alma de Jesús (griego “psijé”, equivalente aquí al hebreo “nefesh” Bel verdadero Jesús, según los inmortalistas- estuvo en la tumba desde su muerte hasta la resurrección. Recordemos que el apóstol Pedro, citando a David en el Salmo 16:10, dijo: “Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (Hechos 2:27), y en el versículo 30, añadió: “Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono.” Si somos observadores comprobaremos que “mi alma”, en la primera cláusula, está en paralelo con “tu Santo” en la segunda cláusula. Es decir, que fue Jesús quien durmió en la tumba. Es evidente, pues, que nuestro Señor Jesucristo no fue a ninguna parte ni realizó acción alguna en el período comprendido entre su muerte y su resurrección. “Igual que todos cuantos entran en el estado de la muerte, durmió hasta el día en que fue resucitado por el Espíritu Santo. El testimonio de las Sagradas Escrituras es que Jesús fue vuelto a la vida, no que continuó viviendo durante el intermedio entre su muerte y su resurrección. El término “vivificado” que

hallamos en el texto de Pedro (“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en Espíritu”) es el griego “zoopoieo”, y es exactamente el mismo vocablo que encontramos en Romanos 8:11: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”

Es de suma importancia tener presente que Dios trajo a Jesús de vuelta a la vida por medio de la bendita Persona del Espíritu Santo, el mismo Espíritu por quien los redimidos por la sangre de Cristo seremos levantados de entre los muertos, a menos que estemos vivos en el momento de su Segunda Venida, en cuyo caso seremos transformados en vida, inmediatamente después de que resuciten los que durmieron antes de nosotros. La “vivificación”, en este texto petrino que estudiamos, significa que Jesús fue a la muerte en la carne, y vivificado -es decir, se le impartió vida- por el Santo Espíritu de Dios. Si al mismo tiempo pretendemos hacer creer que Jesús siguió viviendo después de haber muerto, y antes de que fuera vivificado, estaremos invalidando el sentido de que “fue vivificado”, es decir, “vuelto a la vida”. Esto sería anular lo que se nos dice en Romanos 1:4: “Nuestro Señor Jesucristo... fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.” Es el propio Jesús quien nos lo dice claramente: “Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 1:18). Efectivamente, “Jesús fue y predicó a los espíritus encarcelados”, pero la Escritura no dice que tal predicación ocurriera entre la muerte y la resurrección del Señor. La estructura inmortalista se derrumba cuando examinamos detenidamente el texto que nos ocupa y comprobamos que esta predicación no aconteció inmediatamente después de que Jesús pusiera su vida por nosotros en la Cruz del Calvario. ¿Cuándo predicó Jesús a los encadenados? Si Cristo fue vivificado, es decir, levantado a la vida, por el Espíritu Santo, entonces es evidente que fue también en y por el Espíritu Santo por quien Cristo efectuó esta predicación. El texto dice “vivificado en (por) el Espíritu; en el cual (por el cual) fue y predicó a los espíritus encadenados.” Ahora bien, comoquiera que el texto afirma que esa predicación fue realizado “cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé” (10 Pedro 3:20), tuvo que ser la generación de Noé la que escuchó la predicación de Cristo por medio del Espíritu. No olvidemos que el Verbo de Dios, que es Dios, antes de la Encarnación en Jesús, era Espíritu, por cuanto Dios es Espíritu: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... Pero tú, Belén Éfrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” (Juan 1:1, 14; Miqueas 5:2).

“Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (Juan 4:24).

Trasladémonos por un instante a la primera tierra, en la cual vivió Noé antes del Diluvio y su paso a la segunda tierra, en la cual nos hallamos todos hoy, para considerar las condiciones en que se encontraba: “Y dijo el Señor: No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne, mas serán sus

días ciento veinte años... Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho. Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová.” (Génesis 6:3, 5-8). Ahora consideremos el título que el apóstol Pedro le da a Noé: “(El Señor) no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero (predicador) de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos.” (20 Pedro 2:5). Es evidente que el Espíritu predicó por medio de Noé a aquella generación, del mismo modo que el Señor lo hace a cada generación por medio de sus pregoneros de justicia. Cristo, el Verbo de Dios, la Palabra Eterna, por medio de la bendita Persona del Espíritu Santo predicó el mensaje del arrepentimiento y del perdón a aquella generación, tal y como lo hizo en los días de la carne entre nosotros, y tal como lo hace hoy en nuestro mundo, por medio del Espíritu a través de sus voceros. Por eso dice el texto que aquella predicación ocurrió “cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé.” (v. 20).

Surge ahora otra interesante pregunta a la que hemos de responder: ¿Por qué se les llama “espíritus” a estos seres antediluvianos? El vocablo griego que nos llega es “pneumasi”, pero la atribución de que sean espíritus descarnados es solamente nuestra. El texto no dice tal cosa, por cuanto la designación de “espíritus” para referirse a los seres humanos es simplemente una manera de destacar las necesidades espirituales de los hombres. La prueba de esto puede hallarse en el texto de Hebreos 12:23, donde se habla de “los espíritus de los justos hechos perfectos”, y donde resulta evidente que se refiere a “hombres justos”, y lo que es todavía más, a hombres que están en la iglesia, como podemos comprobar fácilmente por el contexto. También en Hebreos se le llama al Señor “Padre de los espíritus” (12:9) refiriéndose a hombres que están todavía en el cuerpo, vivos. Se trata simplemente de un hebraísmo, como se desprende de la raíz de este giro, que hallamos en varios textos del Antiguo Testamento, y donde es más que evidente que se refiere a seres vivos, y no a espíritus descarnados.”Y ellos se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?” (Números 16:22).”Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, un varón sobre la congregación.” (Números 27:16). Son muchas las evidencias bíblicas que prueban que no hubo en Jesús ninguna entidad espiritual, incorpórea, que continuara viviendo durante el período comprendido entre su muerte y su resurrección en el tercer día: “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido... Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada... Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.”

(Isaías 53:7-8, 10, 12).

“Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí.” (Daniel 9:26). “Heriré al pastor, y serán dispersadas las ovejas.” (Zacarías 13:7). Pero más evidentes todavía son las propias palabras de nuestro Señor Jesucristo respecto a su muerte y el período en la tumba hasta la resurrección: “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.” (Mateo 12:40). “Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalem y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día.” (Mateo 16:21). “Estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; más al tercer día resucitará. Y ellos se entristecieron en gran manera.” (Mateo 17:22-23). “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mateo 2:28). “Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.” (Mateo 26:1-2). “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días.” (Marcos 8:31).

“Habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiese. Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará el tercer día. Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.” (Marcos 9:30-32). “He aquí subimos a Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará.” (Marcos 10:33-34). “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.” (Lucas 9:22). “Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: “sí está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día.” (Lucas 24:45-46). “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.” (Juan 10:17). “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir.” (Juan 12:32-33). Es evidente por todos estos textos que Jesús no dijo una sola palabra respecto a ese estado intermedio que tanto gusta a los inmortalistas, que ha dado pie a simonías de todo tipo, y ha restado fuerza a la iglesia para desenmascarar a los practicantes de muchas abominaciones. Según Jesús, el proceso sería de la vida a la Cruz, de la muerte a la sepultura, y de allí a la vida de nuevo, para nunca más morir. Ahora veamos las experiencias de los testigos presenciales de la muerte del Bendito: “Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, (“afeken to pneuma”) entregó el espíritu.” (Mateo 27:50). “Mas Jesús, dando una gran voz, (“exepneusen”, “soltar el último aliento”) expiró.” (Marcos 15:37). “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, (“exepneusen”) expiró.” (Lucas 23:46). “Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu... Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le

quebraron las piernas.” (Juan 19:30, 33). Es evidente que la expresión “entregar el espíritu” significa únicamente “soltar el último aliento”, “expirar”, “cesar en respirar”. Como dice la Palabra: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” (Eclesiastés 12:7). Cualquier otro significado es leer los textos desde nuestra comprensión apriorística, fruto de la civilización imperante, subsidiaria de la filosofía platónica que ha configurado una buena parte de nuestra cultura occidental “cristiana”.

Negar la muerte de Cristo es refutar el testimonio bíblico. El Señor no dio una parte de su vida por nosotros, sino todo su ser. Jesús no entregó sólo su cuerpo en rescate por nuestras vidas, sino todo su ser: espíritu, alma y cuerpo, por cuanto el hombre es una unidad indivisible. La entrega del espíritu significa la muerte.

Recordemos que el testimonio escritural es que “aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14), lo cual, según el inmortalismo, significaría que el Verbo no se hizo alma ni espíritu, sino sólo “carne”, sólo “cuerpo”. Sin embargo, sabemos que eso no fue así, sino que por “carne” hemos de entender, en ese contexto, que se trata del hombre entero. El Maestro no hizo una apariencia de morir para seguir viviendo. Entró en la muerte con todas sus consecuencias, para vencerla desde dentro. Es evidente que Jesús de Nazaret, como nuestro sustituto voluntario en la Cruz del Gólgota, después de haber dado su vida por nuestros pecados, entregó su espíritu, es decir, su último suspiro, y conforme a las Sagradas Escrituras, ese espíritu suyo, su hálito vital, volvió a Dios que lo dio, y su cuerpo permaneció en el estado de la muerte, sin pensamiento ni actividad alguna, esperando la llamada del Espíritu Santo, dador de la vida, hasta el tercer día. “demás, recordemos que las Escrituras no dicen que la vida del hombre está en su alma, ni en ninguna parte o plano inmaterial del mismo, sino en su sangre: “Porque la sangre es la vida” (Deuteronomio 12:23). Por eso Jesús entregó su sangre, es decir, su vida, por nosotros. Esa es la razón por la que nuestra redención está asegurada, por cuanto Jesucristo verdaderamente murió y verdaderamente fue resucitado:”De igual manera, después que hubo cenado, (Jesús) tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.” (Lucas 22:20).”Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.” (Romanos 5:6-11).

¿UN TABERNÁCULO PARA EL ALMA?

No es aconsejable construir una doctrina sobre un texto aislado o fuera de contexto. Vamos, pues, a estudiar un curioso pasaje neotestamentario que los inmortalistas suelen emplear para justificar su postura: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo (griego: “skéné”, “tienda de campaña”, “habitación”, “choza”, “enramada”, “tabernáculo”, “templo”), se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Más el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. “sí que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” (20 Corintios 5:1-10). De este pasaje, el versículo 8 es el que habitualmente se esgrime contra quienes mantenemos la postura condicionalista del cristianismo primitivo: “más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.” No deja de ser paradójico el hecho de que este versículo, favorito entre defensores de la inmortalidad del alma, no contenga esa palabra ni una sola vez. El término “alma” no aparece por ningún lado. Seguramente que muchos en la lectura de este texto lo habrán proyectado desde su mente, por esas creencias apriorísticas a las que no tenemos más remedio que aludir reiteradamente.

¿Por qué la ausencia de la voz “alma”? Porque este cuerpo mortal nuestro no es ningún contenedor de ningún principio, plano, ni entidad eterna o inmortal, que supuestamente se libere en el momento de producirse el óbito, pasando entonces a disfrutar de una existencia mucho mejor. Esa enseñanza, tan extendida en muchísimos círculos cristianos, no es bíblica, sino un resto del platonismo que lleva tantos siglos profundamente arraigado en nuestra cultura. No hay nada en este versículo 8, ni tampoco en su contexto, que pueda justificar la idea de que “presentes al Señor” pueda ser algo que acontezca inmediatamente después de estar “ausentes al Señor” o “ausentes del cuerpo”. Este pasaje no indica en ningún momento cuándo ocurrirán estas experiencias. Es más, como veremos más detalladamente, no hay ningún texto bíblico que enseñe que estaremos gozando de la gloria de la presencia del Señor inmediatamente después de nuestro fallecimiento. De ahí la importancia de no confundir la muerte, entiéndase el estado de estar en la muerte, con el acto de morir, pues el primero es el período que separa el óbito personal respecto de la

resurrección en la Segunda Venida del Señor. “Ausentes del cuerpo” denota, no la felicidad de un supuesto estado descarnado de una parte inmaterial e intangible del ser del hombre, sino, antes bien, un período de descanso y alivio, en cuanto a la cesación de los sufrimientos y del cuerpo de muerte; un tiempo de reposo llamado “sueño” en las Sagradas Escrituras, hasta el día de la resurrección de los que durmieron en Cristo, la transformación de los cristiano vivos, y la traslación de los unos y los otros para recibir al Señor en el aire. No olvidemos que “las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.” (20 Corintios 4:18). De ese modo es como el apóstol Pablo contrasta este mundo nuestro con el mundo venidero. La tierra presente y sus habitantes continuarán durante un período de tiempo limitado. El mundo venidero, con los hijos de Dios redimidos por la sangre de Cristo, es eterno. De ahí que las figuras de contraste que Pablo emplea responden precisamente a esas dos categorías: Un tabernáculo o tienda de campaña -vivienda temporal- frente a un hogar permanente al final del viaje de la vida, del cual forma parte el sueño de la muerte, hasta el día de la redención final de nuestros cuerpos. Cuando el apóstol Pablo escribe esta carta a los cristianos de Corinto, hacia el año 58 de nuestra era, la doctrina platónica de la inmortalidad del alma no había penetrado aún en la naciente iglesia cristiana, aunque ya lo había hecho en el judaísmo de la diáspora, por el contacto de los hebreos con el platonismo durante el exilio, desde dos siglos antes de nuestro Señor Jesucristo. Esto nos ha quedado patentizado en algunos de los libros apócrifos, que Roma conoce como “deuterocanónicos”, por haber entrado en el canon de las Sagradas Escrituras en segundo lugar, redactados en la diáspora hebrea. Semejante despropósito sucedió durante la celebración del Concilio de Trento (s. XVI), con lo cual el Catolicismo Romano introducía en la Biblia escritos que no habían formado parte del canon de las Sagradas Escrituras nada menos que durante los primeros dieciséis siglos de su existencia, que anteriormente nunca fueron aceptados en el canon bíblico por parte de las autoridades judías de Jerusalem, y que, por consiguiente, Jesús jamás citó.

Las congregaciones de discípulos de Jesucristo se mantenían todavía firmes en sus raíces hebreas, y su dirección aún era carismática, es decir, dirigida por el Espíritu Santo y sus dones, ministerios y operaciones. Tampoco había surgido todavía el episcopado jerárquico, aspectos clave para comprender la degeneración del cristianismo institucionalizado.

Es importante también considerar el hecho de que el apóstol Pablo estuviera en aquellos días asociado con un matrimonio, “quila y Priscila, a quienes había conocido en su primera visita a Corinto, con quienes compartía el oficio de confección de tiendas de campaña, como medio de subsistencia para sí mismo y para quienes dependían de él. Considerando la educación exquisita que Pablo había recibido, puede resultarnos chocante que hubiera adquirido un oficio manual. Sin embargo, fue costumbre muy arraigada entre los hebreos de la antigüedad que todo varón aprendiera una manera de ganarse el pan con sus manos, independientemente de que también adquiriera conocimientos intelectuales o no. Evidentemente, este fue el caso de nuestro apóstol:

“Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. Y halló a un judío llamado quila, natural de Ponto, recién venido de Italia con Priscila su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma (49-50 d.C.). Fue a ellos, y como era del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos,

pues el oficio de ellos era hacer tiendas. (“tejedores de paños ásperos de Cilicia). (Hechos 18:1-3).”Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido.” (Hechos 20:33-34). Es muy probable que Pablo aquí esté comparando al cuerpo con una tienda de campaña, temporal y transitoria, semejante a las “cabañas” de la fiesta de Tabernáculos (hebreo “Sukot”, plural de “Suká”, con el mismo significado del griego “skéné”). Pablo prefiere la “casa” eterna, el edificio o construcción de Dios, es decir, el cuerpo glorificado que espera recibir en la Segunda Venida de Cristo. Por eso Pablo no quiere verse “desnudo” o “desvestido”, hebraísmo para la muerte. Veámoslo:”Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá.” (Job 1:21).”Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; y nada tiene de su trabajo para llevar en su mano.” (Eclesiastés 5:15).Es evidente que el apóstol Pablo prefiere estar revestido, sea por resurrección o por traslación. “sí es como estas palabras de Pablo armonizan con su propia enseñanza en la Carta a los Filipenses:”Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya.” (Filipenses 3:20-21).Para el apóstol Pablo sólo hay dos existencias: La vida actual y la que ha de venir, conforme a la enseñanza de las Escrituras, donde siempre se habla del mundo actual y del venidero: “Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera.” (10 Timoteo 4:8).Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que las Sagradas Escrituras nunca enseñan que haya una tercera vida o existencia:”Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre (dice Jesús), recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.” (Mateo 19:29).”Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad, en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos.” (Tito 1:1-2).Ni el apóstol Pablo ni ningún otro de los autores del Nuevo Testamento, siguiendo el ejemplo de Jesús, escribieron acerca de la supuesta supervivencia de almas descarnadas. Para ellos, la vida actual se vive en un cuerpo natural, temporal, perecedero, y la vida futura se vivirá en un cuerpo espiritual, sobrenatural, inmortal, a semejanza del cuerpo glorioso de la resurrección de Cristo. Por eso es que Pablo enseña que no podemos acceder a la presencia del Señor con nuestros cuerpos actuales:”Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.” (10 Corintios 15:50).En el cuerpo natural de nuestra corrupción, de nuestra debilidad, de nuestra humillación, no podemos acceder a la presencia del Eterno. De ahí se desprende porqué, ante una efímera manifestación de la gloria de Dios en Cristo Jesús, Saulo caiga al suelo y quede ciego temporalmente: “Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón... Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole de la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.” (Hechos 9:3-5, 8-9).Algo semejante le acontece al apóstol

Juan. A pesar de haber estado tan cerca de Jesús, con quien había tenido la confianza de recostarse sobre el bendito Maestro, cuando se produce el encuentro con el Señor glorificado, y ya el resplandor de su divinidad no está velado por la carne, Juan cae al suelo como muerto. El suceso ocurre en la isla de Patmos, donde Juan había sido deportado por la policía del emperador Domiciano, por el delito de predicar el Evangelio. La proclamación del mensaje liberador de Jesucristo siempre resulta insufrible para los dictadores, de entonces como de hoy. “sí lo relata el propio Juan en Apocalipsis:”Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él (Jesús) puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y el Hades.” (Apocalipsis 1:17-18). Sigamos con el testimonio de Juan, quien esperaba tener ese encuentro definitivo con el Señor, un día; y él nos dice cuando:”Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él (Jesús) se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (1o Juan 3:2). (Ver también 1o Corintios 15:42-44; 53-54).

De estos textos se desprende que la transformación que ha producirse en los redimidos para poder acceder a la presencia del Señor acontecerá, no tras nuestro óbito, sino en el día glorioso de la Segunda Venida de Cristo Jesús, cuando se produzca el magno acontecer de la resurrección-traslación, cuando “esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.” (1o Corintios 15:53). Semejante transformación se profetiza para el Segundo Adviento del Mesías, no al morir el hombre. Sería paradójico que aconteciera al producirse el fallecimiento del individuo, que es el momento de victoria temporal de la muerte. La Escritura enseña que la incorrupción y la inmortalidad se manifestarán, no en la muerte del hombre, sino en la victoria de Cristo sobre ella: “Entonces se cumplirá la palabra que está escrita. Sorbida es la muerte en victoria.” (1o Corintios 15:54). Es evidente, pues, que el apóstol Pablo sabía que con poco que el Señor tardara en su venida, la mortalidad sería absorbida para él en la muerte. De ahí que él prefiriera no quedar desnudo por la muerte, sino vestido por la traslación en la Segunda Venida de Cristo, para que lo mortal fuera absorbido por la vida:”Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.” (2o Corintios 5:4). Las opciones que nos presenta Pablo son dos: Si Cristo volvía hallándose Pablo “desnudo”, es decir, en el estado del sueño de la muerte, entonces la fe de Pablo, como la nuestra, sería la promesa de la resurrección de los redimidos, en la Segunda Venida de Cristo, cuando la muerte será absorbida en victoria. (Ver 1ª Corintios 15:54). Sin embargo, la preferencia de Pablo, como la nuestra, era, naturalmente, no pasar por la muerte, sino que su vida mortal fuese absorbida por la inmortalidad mediante la traslación en el Segunda Venida. (Ver 2ª Corintios 5:4). Pablo, como nosotros, preferiría la experiencia de Enoc y de Elías, que fueron trasladados sin conocer la muerte. Por eso están vivos y conscientes en el cielo de Dios, mientras que todos los demás duermen. Ahora bien, este texto que analizamos en el capítulo quinto de la 2ª Epístola a los Corintios no debe aislarse del capítulo precedente, el cuarto, donde el apóstol Pablo habla de su cuerpo mortal y de los muchos sufrimientos que ha experimentado durante su ministerio, los cuales habían dejado profundas marcas de debilidad en su cuerpo, al cual el apóstol se refiere como “vaso de barro” (“tierra”), además de la mención del “aguijón en la carne”, probablemente

una enfermedad o doloroso achaque cuya naturaleza no nos ha sido revelada: “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos.” (20 Corintios 4:7-10).”De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias.” (20 Corintios 11:24-28).”Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.” (20 Corintios 12:7-9).”Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.” (Romanos 8:18-19).

Pablo anhelaba el día en que su pobre cuerpo mortal, su “vaso de barro”, sería cambiado por uno nuevo, inmortal e incorruptible, en el que se sentiría libre de sufrimientos, dolores y debilidades. Pablo sabía muy bien que el viejo cuerpo carnal no podría contener la plenitud de la gloria venidera, del mismo modo que los “odres viejos” no sirven para guardar el “vino nuevo”.

“Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera el los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente.” (Mateo 9:17). (Ver también Marcos 2:22; Lucas 5:37-38).

El apóstol manifiesta que mientras esté en este cuerpo mortal, estará ausente del Señor, alejado de la plenitud de gloria que ha de manifestarse. Por eso anhelaba desprenderse del viejo cuerpo mortal para recibir un cuerpo nuevo y glorificado, y de ese modo poder morar en la presencia del Señor por toda la eternidad.

Pablo habla de gemir mientras estamos en este tabernáculo, y añade que ese gemir es con “angustia” o “carga”. ¿Por qué? Porque el mundo, Satanás, el pecado y la tentación que incide en nuestra carne o vieja naturaleza, representan una carga, incluso para los redimidos. Pero, a pesar de ello, y aunque en este mundo tengamos aflicción, esto no significa que anhelemos estar desnudos en el estado intermedio de la muerte, por cuanto ese lapso no es el tiempo de la redención, ni la tumba es nuestro hogar definitivo. No fuimos creados por Dios para morir, ni este planeta fue diseñado por el Señor para ser un inmenso cementerio. Sólo es un estado intermedio, hasta el regreso visible de nuestro bendito Redentor. Por consiguiente, el

anhelo del apóstol Pablo es su estado revestido, eterno en duración, y lo más importante, en la presencia del Señor. “I fin y al cabo, la tumba representa la victoria temporal de la muerte, como anticipo de la paga del pecado, mientras que la resurrección es el triunfo final y definitivo de la vida de Dios, cuando la mortalidad será absorbida por la inmortalidad, y la propia muerte será definitivamente destruida:”Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis20:14-15).

Vamos a considerar de nuevo el pasaje de 20 Corintios 5:1-9 y a analizar la terminología específica que Pablo emplea:”Porque sabemos que si nuestra morada “terrestre” (griego: “epigeios”), este “tabernáculo” (griego: “skenos”, “skéné”, “tienda de campaña”), se “deshiciere” (griego: “katalou”, “rasgar”, “demoler”), tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Por esto también gemimos (en esta morada terrestre), deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación (casa) celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las “arras” (griego:”arrabona”, “una señal en pago”, “el primer término o pago de una adquisición aplazada”) del Espíritu. “sí que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por la fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto, procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.”Es evidente que Pablo menciona tres estados consecutivos. El primero de ellos es la vida terrena; el segundo es el período de la muerte, al que a veces nos referimos como “estado intermedio”; y en tercer lugar, el futuro estado eterno, cuando todos los redimidos por la sangre de Cristo seremos revestidos de inmortalidad.

El apóstol contrasta estos tres estados mediante las figuras de la “tienda de campaña” y del “edificio” o “casa eterna”, y se refiere también a esta última mediante el símil de “estar vestidos” o “estar cubiertos”. Por eso es que conviene considerar este texto de 20 Corintios 5, como ya dijimos, sin desligarlo del capítulo anterior, en el que, como hemos visto, Pablo relata los muchos padecimientos que ha experimentado durante sus años de servicio a Cristo en la extensión del Reino de Dios. Es durante ese tiempo de nuestra existencia presente, transitoria y limitada, durante el cual nuestro cuerpo se va desgastando hasta deshacerse (griego: “katalou”, “romperse rasgándose, como la tela de una vieja tienda de campaña”). Pablo también se refiere a ese cuerpo como el “hombre exterior”:

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.” (20 Corintios 4:16).

Recordemos que también el Verbo, que es Dios, plantó su “tienda de campaña” durante el tiempo que estuvo entre los humanos en la carne. De forma similar, el apóstol Pedro compara el cuerpo humano a una tienda de campaña o tabernáculo del que nos despojamos al morir:”Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación, sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener

memoria de estas cosas.” (20 Pedro 1:13-15). “nuestro estado actual de vida le sigue el estado de la muerte, llamado reiteradamente “sueño”. Es la disolución del cuerpo. Y al sueño de la muerte le seguirá, por resurrección o por traslación, el estado de la vida eterna, don de Dios en Cristo Jesús. Nuestra vida glorificada comenzará solamente cuando Jesucristo se manifieste en su Segunda Venida. Entonces recibiremos nuestra “casa no hecha de manos”, eterna, en los cielos. (Ver 20 Corintios 5:1). En su exposición, Pablo pasa del estado presente, transitorio y finito, al estado eterno que ha de manifestarse, y contempla un estado glorioso en el que su “vieja tienda de campaña”, de “tierra”, será cambiada por una “casa” o “edificio” que es del cielo, a semejanza del cuerpo de la resurrección de Jesucristo. La “vieja tienda de campaña” terminará sus días rasgándose, y, naturalmente, Pablo no quiere verse desnudo, de ahí que emplee la figura de “estar vestido”. Lo que hasta ese momento ha sido descrito por Pablo como “tienda de campaña”, ahora lo presenta como “estar vestido”. El apóstol no tiene ninguna duda al respecto. Para él lo mejor es estar “vestido de inmortalidad”, en vez de estar desprovisto de su cuerpo mortal: “Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.” (2ª Corintios 5:4). ¿A qué se refiere Pablo al hablar del estado de “desnudez”? Es evidente que esta expresión característica de Pablo se refiere a la muerte: “Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo.” (griego: “gumnon”, “desnudo”, “desvestido”). (10 Corintios 15:37). El estar “desnudo” es la figura que Pablo emplea aquí para referirse a la muerte, como el estado de aquel que ha sido plantado en la tierra en la esperanza de la resurrección, a semejanza del grano de cereal que es sembrado con la esperanza de que germine y produzca fruto. Por el contrario, el sentido de la condición de “estar revestido” es la figura que el apóstol utiliza para referirse a la resurrección y la vida venidera, cuando con el Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo seremos revestidos de inmortalidad. ¿Cómo anhela Pablo este estado eterno? Es evidente que para nuestro apóstol no tiene gran importancia el estado de muerte o desnudez. No se detiene a hablarnos de este estado, sino que pasa directamente a hablarnos del anhelo de estar “revestidos”. La perspectiva gloriosa de la resurrección de entre los muertos, cuando los redimidos seamos despertados al sonido de la trompeta, del “sofar” o “cuerno de carnero” con el que son convocadas las tribus del Señor, a la usanza de los días antiguos de Israel, hace que para Pablo la muerte no tenga valor. Lo verdaderamente importante para él es la bendición de estar revestidos de inmortalidad e incorrupción, es decir, de Cristo en su venida.

En el versículo 1 de este capítulo 5 de la 20 Carta a los Corintios, Pablo presenta la muerte como la “destrucción de nuestra casa terrenal”. Es evidente que Pablo no está aquí hablando solamente de nuestro cuerpo, sino de todo nuestro ser, por cuanto la muerte es la cesación de la vida. De lo contrario, caeremos en la trampa sutil de llamar a las cosas por nombres que significan todo lo contrario de lo que son. Si pensamos que Pablo habla de la cesación de una parte de nuestro ser, pero no del ser entero, sólo es porque, como hemos repetido ya varias veces, estaremos proyectado sobre el texto algo que sencillamente dicho texto no dice en absoluto. Aquí lo que nuestro apóstol hace es contrastar el sueño de la muerte con el despertar de la resurrección. Conviene aquí también tener muy presente que la muerte no es un punto, un momento, en el tiempo, sino que se trata de un período de tiempo durante el cual los muertos están muertos, valga la redundancia, y no vivos.

Es el tiempo durante el cual el hombre fallecido, finado, queda dentro del ámbito del “sepulcro”, entiéndase como el “lugar de los muertos”. Esa es la enseñanza que se nos da en el texto de 10 Corintios 15:54-55, que ya hemos citado. Ese ámbito o “reino”, entiéndase “dominio” de la muerte, permanece inalterable durante todo el período de duración de la misma. De ahí que Pablo hable de todo el tiempo durante el cual un ser permanece fallecido. El óbito, es decir, el acto de morir, no es el fin de nuestra muerte, sino, antes bien, el comienzo o entrada en su dominio. Entonces es cuando nuestro “tabernáculo terrenal” (“tienda de tierra”) se deshace, y continúa en ese estado de disolución hasta el día en que el Señor despierte a los suyos del sueño de la muerte, para realizar la restauración de la vida y de todas las cosas, y, conforme a sus promesas, otorgue en su gracia soberana la incorrupción y la inmortalidad a sus redimidos, todo lo cual acontecerá en la Segunda Venida del Amado.

Cuando nos damos cuenta de que Pablo no está contrastando aquí ningún supuesto estado intermedio del “alma” frente a la disolución del “cuerpo”, sino que el contraste es, por oposición, del “estado temporal de la muerte” con el “estado eterno de la vida resucitada”, podemos entonces aclarar las aparentes paradojas y perplejidades de este texto que estamos considerando a la luz del contexto general de las Sagradas Escrituras. El contraste paulino, aquí como en los otros pasajes donde el apóstol trata de este asunto, se centra en la oposición de la vida presente, destinada a la disolución, con la vida gloriosa que comenzará cuando Jesucristo venga a despertar a los suyos. Esa es la vida que ya, como “arras” o “anticipo”, por la fe, podemos disfrutar a partir del momento de haber nacido de nuevo al recibir a Cristo como nuestro único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

Todo el sentido del estado intermedio queda abarcado por la idea de la disolución del “tabernáculo de tierra” y la “regeneración” o “nueva creación” de una vida que Pablo denomina el “edificio de Dios, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.” (20 Corintios 5:1).

No hay ninguna referencia a un estado intermedio y “eterno en los cielos” de un alma descarnada. Jamás se nos dice que el alma vaya al cielo al morir. Esta idea no sólo no se encuentra en las Sagradas Escrituras, sino que podemos constatar que semejante doctrina era tenida por herética en la iglesia naciente, como se desprende de las enseñanzas de al menos dos de los “padres de la iglesia”, como son Justino Mártir, en su obra “Diálogo con Trifo” (capítulo 80) e Ireneo, en “Herejías” (capítulo 31). Tenemos que esperar, aproximadamente, hasta el año 180 d.C., para encontrarnos con las primeras menciones de una supuesta supervivencia del alma de los difuntos. Concretamente, es de la pluma de Atenágoras, de “tenas, quien comienza a referirse al alma viva y consciente de los fallecidos, y esto acontece en un ambiente donde predomina el pensamiento filosófico griego, muy distante de las raíces hebreas de la fe cristiana original. Pasaremos ahora a estudiar la expresión con la que el “edificio de Dios” es calificado por Pablo como “no hecho de manos”. Es el griego “acheiropoietos”. No es la primera vez que el apóstol emplea este giro. Lo había utilizado varias veces antes en sus palabras en el Areópago, sobre la colina de Marte, en “tenas:”El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.” (Hechos 17:24-25). En la Epístola a los

Hebreos (c. 53 d.C.) aparece de nuevo esta expresión: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.” (Hebreos 9:24). Ahora bien, esta expresión es más que un giro característico del apóstol Pablo y de su círculo de influencia, como se desprende de las dos citas anteriores, sino que tiene además claros signos de proceder de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, quien tanto conflicto sufrió acerca de la exagerada importancia, de rasgos idolátricos, atribuida al templo de Jerusalem. Recordemos la apología de Esteban, quien también la emplea cuando es acusado de blasfemo. En las palabras de este mártir de la fe, el primero después de Jesús, reconocemos esta enseñanza tan frecuentemente olvidada hoy en muchos círculos cristianos:“(David) halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa; si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?” (Hechos 7:46-50). Si analizamos detenidamente este texto nos percatamos de la reticencia, como en el resto de la Biblia, a llamar “templo” al edificio ideado por David y llevado a la práctica por Salomón. “Tabernáculo” y “casa” son las voces que hallamos aquí, sin ni siquiera hacer referencia a “templo”, precisamente porque “Dios no habita en templos hechos de manos humanas”. Los templos son para los ídolos, por definición. Pero el Dios eterno no es imaginable por los hombres. Podemos comprender este giro “no hechos de mano”, como algo que siempre se refiere a Dios y a las cosas celestiales, cuando vamos a las páginas del Evangelio y hallamos a nuestro Señor Jesucristo, muy al comienzo de su ministerio público, después de haber expulsado del atrio de los gentiles del “templo” a los cambistas y a los mercaderes, siendo instado por las autoridades judías a dar una señal de su derecho o autoridad para interferir en los asuntos del “templo”. Las palabras de respuesta de nuestro Maestro son muy significativas: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” (Juan 2:19). “ esta aseveración de Jesús, las autoridades replicaron haciendo referencia a los cuarenta y seis años que se habían empleado para levantar aquel magnífico edificio, el templo herodiano, que reemplazaría al salomónico, por lo cual se dirigieron de nuevo a Jesús para preguntarle por el sentido de sus palabras, por cuanto no habían captado qué les había querido decir. Tampoco los propios discípulos de Jesús, comprendidos los apóstoles, entendieron el significado de estas palabras del Maestro, hasta después de su resurrección y la venida del Espíritu Santo con poder: “¿Y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo.” (Juan 2:20-21). “sí lo clarifica el propio texto joanino: “Por tanto, cuando (Jesús) resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.” (Juan 2:22). Poco después de este incidente, los escribas y fariseos volvieron a la carga contra Jesús, demandándole diera alguna señal convincente:”Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez por tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.” (Mateo 12:38-40). El contraste entre “hecho de manos” y “no hecho de manos” se manifiesta también en el episodio del interrogatorio de Jesús en el palacio del sumo sacerdote. Relata el

Evangelio que algunos se levantaron contra nuestro Señor para dar falsos testimonios, diciendo: “Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano.” (Marcos 14:58).

Curiosamente, aquellos falsos testigos, sin pretenderlo conscientemente, estaban profetizando al hacer aquella imputación. “quello debió de extenderse como la pólvora, pues volvemos a escuchar esta “acusación” de parte del vulgo que le injuriaba mientras Jesús colgaba del madero de la cruz y agonizaba:

“Los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: “(Bah! Tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y descende de la cruz.” (Marcos 15:29-30).”Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: “Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, descende de la cruz.” (Mateo 27:39-40). Jesús entregó su vida para que nosotros también podamos recibir cuerpos resucitados “no hechos por manos humanas”. El cuerpo de Jesús, después de fallecer, fue puesto en la tumba como cuerpo natural, pero volvió a la vida en el día señalado, al ser vivificado por el Espíritu Santo, como “cuerpo espiritual”. Y de igual manera nosotros también, todos los redimidos por la sangre de Cristo, traeremos la imagen del hombre celestial, el “segundo adam” o “segundo hombre”, es decir, el Señor bendito que vendrá de los cielos en el Gran Día de Dios: “El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.” (10 Corintios 15:47-49).”Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” (Romanos 8:29).

Nuestros cuerpos terrenales serán entonces transformados a la semejanza de su cuerpo de gloria. Ese será el cuerpo que se nos otorgará, por la sola gracia misericordiosa de Dios, bajo su providencia y soberanía, nunca como un derecho innato de nuestra parte. El cuerpo de gloria que se nos concederá será formado por el poder creador de Dios, por nada ni nadie más. Esto es lo que verdaderamente significa “no hecho de manos”; es decir, formado por la potencia creadora y regeneradora de Dios, en contraste con nuestros pobres cuerpos actuales, marcados por la degeneración de la caída en el pecado, y, por tanto, cuerpos animales, terrenales, corruptibles y perecederos, “hechos por manos”, es decir, por voluntad de carne y de sangre. En palabras del apóstol Pablo: “la transformación del cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya.” (Filipenses 3:21). Y en Colosenses añade: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.” (Colosenses 3:4). El apóstol Juan lo expresa así también: “Pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (10 Juan 3:2). Al tratar de lo que le acontece al cuerpo mortal, Pablo ilustra su enseñanza, como ya hemos visto, mediante la figura del tabernáculo, es decir, de la “tienda de campaña” del pueblo de Israel durante el tiempo de peregrinaje en el desierto, a la salida de Egipto, camino de la tierra promisoría. El Señor le ordenó a Moisés que construyera un “tabernáculo de reunión” en conformidad con el patrón o modelo del original y eterno, en los cielos, y que el propio Señor le mostró en el monte. El sentido trascendente del tabernáculo de reunión se manifiesta en la bendita persona de nuestro Señor Jesucristo, encarnación del Verbo de Dios, es decir, tabernáculo de carne donde se

reúnen Dios y el hombre. Pensar que se trata de un pasaje del Antiguo Testamento, entre otros, es cometer un grave error que, como siempre, nos pasa después factura a la hora de elaborar y formular nuestra doctrina respecto a lo que le acontece al cuerpo mortal. Tal es la importancia del pasaje que en varias ocasiones se hace referencia a él en las páginas del Nuevo Testamento. (Ver Hechos 15:16; 10 Corintios 5:1; Hebreos 8:2; 9:3; 9:11; 9:21; 13:10; Apocalipsis 15:5; 21:3). Esa importancia se debe, naturalmente, a la relación vital existente entre el tabernáculo de reunión en el desierto y el verdadero tabernáculo o templo de Dios en los cielos. La detallada descripción del tabernáculo que el Señor le da a Moisés, a partir del capítulo 25 de Éxodo, comprende estas palabras que no dejan duda respecto al hecho de la muestra del modelo en la visión celestial concedida a este siervo de Dios: “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.” (Éxodo 25:40).

El apóstol Pablo aplica este paralelismo al cuerpo. Nuestro pobre cuerpo mortal es al tabernáculo de reunión, lo que dicha tienda de campaña para la congregación de Israel es respecto al tabernáculo celestial. Se trata de una figura frágil y limitada, pero el Espíritu Santo mueve el corazón de Pablo para darnos esa ilustración. El tabernáculo terrenal, hecho de arcilla, habrá de deshacerse, de disolverse, y será reemplazado por un cuerpo glorioso, inmortalizado por la sola gracia de Dios, según los planes del Eterno en su soberanía. La inmortalización no será, pues, el resultado de poseer una parte de nuestro ser, inmortal e indestructible, sino un don del Señor, jamás merecido por nuestra parte. Para la gran mayoría de los santos, de los redimidos por la sangre del Cordero, transcurrirá un lapso de tiempo entre el momento de su óbito y el instante de la Segunda Venida de Cristo, en el Gran Día de Dios, seguido de su séquito de ángeles, cuando el Señor regenerará nuestros cuerpos mortales a la semejanza de la gloria de su cuerpo resucitado. Ese lapso de tiempo será más largo, naturalmente, para quienes murieron en la remota antigüedad, que para quienes hayan entregado su espíritu poco antes de la aparición de nuestro Redentor. Sin embargo, ese lapso de tiempo solamente tendrá sentido para el período que cada generación estamos llamados a vivir, ya que para quienes descansan en el sueño de la muerte, el paraíso de Dios será una realidad de una inmediatez inmensa. Entre la muerte y la resurrección no transcurrirá perceptiblemente ningún lapso de tiempo para los que duermen. Y ese lapso, entre los vivos, no superará, lógicamente, el tiempo vital de cada generación. La transformación gloriosa parecerá ser instantánea, inmediatamente después del fallecimiento. Su semejanza, revelada por el Espíritu Santo en las Escrituras, será al dormir y al despertar de cada día. Esa es la razón por la que en la Biblia se denomina “sueño” y se emplea el verbo “dormir” en lugar de “morir” o “finar”. Ahora bien, no todos pasarán o pasaremos por el trance del óbito y subsiguiente sueño de la muerte, sino que los cuerpos mortales de los redimidos por la sangre de Cristo, en el momento de su Segunda Venida, experimentarán la transformación glorificadora por la que la mortalidad será revestida de inmortalidad, y la corrupción será revestida de incorrupción, tal y como se nos describe en el capítulo 15 de la Primera Carta de Pablo a los Corintios y el capítulo 4 de la Primera Epístola a los Tesalonicenses, que ya hemos citado repetidamente. Esa es la experiencia que el apóstol denomina “ser revestidos”, unos después de haber sido desnudados en el estado de la muerte, y otros, los vivos, en el momento de la manifestación gloriosa del Hijo del Hombre. Los términos “vestidos”, “desnudos” y “revestidos” son las

claves para la comprensión de todo lo que nos dice el texto que estudiamos. Mientras vivimos en la tierra estamos “vestidos” con nuestro cuerpo mortal. En la muerte somos “desvestidos” o “desnudados” de ese cuerpo, y así permanecemos durante el estado de la muerte, es decir, mientras estamos muertos, tiempo durante el cual nuestros cuerpos se deshacen, se disuelven. Esa será la suerte de la inmensa mayoría de los redimidos. Sólo aquellos que vivan o vivamos en el momento de la Segunda Venida del Mesías no tendrán que pasar por el óbito y la disolución, ya que ellos serán trasladados al encuentro con el Señor, después de que hayan resucitado primeramente los que durmieron en Cristo. Pero todos, los unos y los otros, seremos “revestidos” al ser transformados nuestros cuerpos mortales en cuerpos espirituales y, por consiguiente, inmortales. El aspecto final que vamos a tratar en nuestro estudio de 20 Corintios 5:1-9 es el referente a la simultaneidad de la reunión con el Señor en la resurrección y la recompensa o retribución prometida por el Bendito. Aquí hemos de trasladarnos al texto inicial de la perícopa que nos ocupa: “Sabido que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros.” (20 Corintios 4:14).

El consuelo que Pablo ofrece a los cristianos, tanto a los de Corinto como a los de Tesalónica y otras congregaciones, no es que los seres amados que habían fallecido en Cristo Jesús, estarían inmediatamente con el Señor en un estado de gozo pleno y consciente, y mucho menos que los premios y galardones se distribuirían antes del juicio, el cual no se celebrará sino después del Segundo Adviento del Mesías. Ni Pablo ni los demás autores del Nuevo Testamento ofrecen la idea de un estado de eterna felicidad para almas descarnadas, separadas del cuerpo, en un mundo paralelo al nuestro; ese “otro mundo” de la teología-ficción que ha servido para facilitar su nefasta labor abominable a todas las sectas satánicas y luciferinas de todos los tiempos, desde la caída de Babilonia. El consuelo de parte de Pablo no está basado en tradiciones de los hombres, ni en filosofías de los pueblos paganos evangelizados, en una adaptación sincretista, sino que el apóstol les asegura que aquellos que ya han partido también serán resucitados por el Señor, y serán presentados juntamente con ellos, para recibir al Señor en su Segunda Venida. Ese será el gozoso momento de la reunión a la que Pablo alude en su Primera Carta a los Tesalonicenses (Ver vv. 13-18). Es más que evidente, en este caso como en todos los demás, que la mirada de Pablo no estuvo fija en un mundo de sombras, sino en el Segundo Adviento de nuestro Salvador, como día de reunión y retribución:

“Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me glorié? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?” (1ª Tesalonicenses 2:19).

Es obvio que si el hombre no hubiera pecado, no habríamos tenido necesidad de pasar por el trance de la muerte. Nuestra condición inmortal no habría precisado de la obra de la redención, ni de la resurrección de entre los muertos. Naturalmente, el concepto de un alma inmortal jamás se hubiera producido en la mente del hombre. Sólo a partir de la tentación y la caída puede generarse tal idea, que, como se desprende de las Escrituras, es de origen satánico, y vinculada a la desobediencia del hombre para con Dios. Toda creencia en un alma inmortal forma parte de la primera mentira de Satanás al hombre en su estado de inocencia: “No moriréis... Y fueron todos los días que vivió Adamnovecientos treinta años; y murió.” (Génesis 3:4; 5:5). “¡Llegar al momento del óbito, la mentira satánica quedaría expuesta, sin

posibilidad alguna de ocultación, a menos que, naturalmente, se le pudiera persuadir al hombre de que existía dentro de él una entidad invisible, a través de la cual podría continuar viviendo después de morir. Una mentira sutil, mediante la cual la humanidad creyera que al morir no moría, y el hombre, después de haber muerto continuaba estando vivo. De ese modo, lenta y progresivamente, se fue arraigando e institucionalizando la creencia en la inmortalidad del alma, a través del paganismo y la filosofía griega, hasta llegar a ser una doctrina generalmente aceptada y creída por la casi totalidad de las iglesias cristianas, dándose la curiosa paradoja de que la creencia original quedara oculta, e incluso considerada como una herejía. Este aspecto de la simultaneidad en cuanto al encuentro con el Señor y la distribución de galardones, es de gran importancia para la comprensión de la inmortalidad condicional según las Sagradas Escrituras. Pablo categóricamente señala que los hombres no seremos revestidos de inmortalidad individualmente al producirse nuestra defunción, sino que el revestimiento de inmortalidad e incorruptibilidad acontecerá simultánea y corporativamente juntos, en la resurrección-traslación de todos los redimidos por la sangre de Cristo. (Ver de nuevo 10 Corintios 15:51-54 y 10 Tesalonicenses 4:15-17).

También es importante que observemos que, en la traslación del cuerpo mortal de los vivos, éste será transformado sin que se haya producido una disolución previa. Esto queda perfectamente explicado en el análisis que hemos efectuado de los términos “desnudos”, “revestidos” y la “absorción de lo mortal por la vida”. Esa, y no otra, es la esperanza del apóstol Pablo y de los primeros cristianos. “Pablo no le agrada la muerte, estar “desnudo” y diluirse, desintegrarse. Seamos sinceremos, tampoco a nosotros. Él prefiere seguir viviendo y continuar estando “vestido”, a pesar de todas las cargas y sufrimientos experimentados. Sin embargo, cuando nuestro apóstol considera la tercera posibilidad, es decir, partir y estar con Cristo, inmediatamente ésta pasa a ocupar el primer puesto en su corazón. También del nuestro. Sobre todas las cosas, Pablo anhela ser revestido con el tabernáculo celestial, cuando el Señor se manifieste para transformar el cuerpo de nuestra humillación en el cuerpo de la gloria y la victoria del Mesías.

Hemos analizado los tres estados o condiciones que Pablo presenta, con los oportunos contrastes entre sí. Estos tres estados son: Primeramente, la presente vida mortal; en segundo lugar, el estado intermedio de la muerte; y finalmente, la futura vida inmortal para los redimidos por la sangre del Cordero. Del primero de los estados, Pablo habla en los términos siguientes: “Nosotros, que estamos en esta morada terrestre, este tabernáculo... gemimos.” (v. 4). Del segundo estado, el apóstol hace una descripción en la que nos dice que “si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere... estaríamos desnudos.” (vv. 1, 4). El tercer estado lo describe Pablo empleando varias expresiones específicas, o bien como “edificio de Dios”, “eterno en los cielos”, “revestidos de aquella nuestra morada celestial”, “revestidos para que lo mortal sea absorbido por la inmortalidad”, o bien “presentes al Señor”. (vv. 1, 2, 4, 8). La segunda de estas condiciones o estados, es decir, el estado finado o sueño de la muerte, no es un estado que debemos desear o anhelar. Pero el tercero de ellos, es tan definitivo, victorioso y glorioso, que Pablo gime anhelándolo. De modo que “estar presentes al Señor” no puede jamás entenderse como la condición del hombre mientras su tabernáculo terrenal esté deshecho en el

estado de la muerte, de la cesación de la vida. Nuestro apóstol no alaba ni encomia semejante estado, sino el tercero, el de la resurrección con el Señor Jesucristo en su Segunda Venida. La descripción que Pablo hace de ambos estados no es la misma. Él espera estar presente al Señor después del estado intermedio y la resurrección, o bien por la transformación, sin tener que pasar por la muerte, pero siempre en el momento de la gloriosa manifestación del Mesías. De ahí que este pasaje muestre una sólida consistencia y una firme coherencia respecto de la enseñanza general de las Sagradas Escrituras.

¿EN EL CUERPO O FUERA DEL CUERPO?

Otro de los textos que suelen emplear los defensores del inmortalismo incondicional es el que hallamos en 20 Corintios 12:1-4, según el cual pretenden atribuir a la Sagrada Escritura la enseñanza de un ejemplo del alma o del espíritu humano existiendo fuera del cuerpo del hombre, en un viaje consciente, extracorpóreo, para elevarse hasta el cielo, y allí escuchar palabras irrepetibles, para luego regresar al cuerpo. Y lo más paradójico del caso es que quienes recurren a este pasaje no se dan cuenta de que con su interpretación están abriendo, en este caso como en tantos otros, las puertas francas a quienes justifican la práctica del espiritismo y los supuestos viajes astrales como experiencias perfectamente compatibles con la fe cristiana: “Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.”

Primeramente, conviene tener presente que el propio Pablo reconoce que esta experiencia es o bien una visión o una revelación, y como tal, no puede servirnos para justificar la consciencia de una supuesta parte del ser después de la muerte. “demás, la lectura serena del texto nos muestra que, en este caso como en todos los demás que estamos tratando, no hay en él ninguna mención al alma del hombre. No podemos hallar alusión alguna a una supuesta salida del alma del cuerpo para irse a visitar el Paraíso de Dios o tercer cielo, que es lo que los inmortalistas querrían ver. “demás, Pablo estaba vivo cuando aconteció esta experiencia, por lo cual el texto que nos ocupa no puede utilizarse para justificar la existencia y supervivencia de una pretendida alma inmortal después del óbito. Pero hay algo más todavía. Pablo no habla en ningún momento de un “alma” o un “espíritu”, sino de un “hombre en Cristo”. No dice que fuera arrebatada una parte de ese hombre, sino el hombre entero, como tal. Todo parece indicar que se trata de una experiencia personal del apóstol, pero, debemos insistir en ello, de Pablo, no de una parte de nuestro hombre, y mucho menos de un alma supuestamente descarnada.

El Paraíso es el tercer cielo, donde se halla el “árbol de la vida”, como se desprende de las Sagradas Escrituras:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios... Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del

río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.” (Apocalipsis 2:7; 22:2).

No cabe duda de que Pablo fue trasladado en visión al Paraíso de Dios, de la misma manera en que más tarde también lo sería el apóstol Juan, mientras cumplía sentencia de destierro en la isla de Pátmos. Recordemos que las visiones son dadas por el Espíritu Santo a los hombres mientras éstos están vivos. Los ejemplos escriturales son muchos. Veamos tres de ellos como muestra:

“En el sexto año, en el mes sexto, a los cinco días del mes, aconteció que estaba yo sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados delante de mí, y allí se posó sobre mí la mano de Jehová el Señor. Y miré, y he aquí una figura que parecía de hombre; desde sus lomos para abajo, fuego; y desde sus lomos para arriba parecía resplandor, el aspecto de bronce refulgente. Y aquella figura extendió la mano, y me tomó por las guedejas de mi cabeza; y el Espíritu me alzó entre el cielo y la tierra, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalem, a la entrada de la puerta de adentro que mira hacia el norte, donde estaba la habitación de la imagen del cielo, la que provoca a celos. Y he aquí, allí estaba la gloria del Dios de Israel, como la visión que yo había visto en el campo.” (Ezequiel 8:1-4).

“Luego me levantó el Espíritu y me volvió a llevar en visión del Espíritu de Dios a la tierra de los caldeos, a los cautivos. Y se fue de mí la visión que había visto.” (Ezequiel 11:24).

“Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia la Grande, la Madre de las Rameras y de las Abominaciones de la Tierra. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús; y cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro.” (Apocalipsis 17:3-6).

Es evidente que el relato del apóstol Pablo no es algo insólito en la experiencia de los profetas y otros hombres de Dios. Usar este pasaje para elaborar doctrinas acerca de la inmortalidad de una parte del hombre, o sobre la supervivencia de éste después de la muerte, es completamente absurdo, por cuanto se trata de un texto completamente fuera de contexto. No se trata de la primera ni de la última de las visiones del apóstol Pablo. Las revelaciones del Señor a nuestro apóstol son numerosas, y la Escritura da testimonio de algunas de ellas:

“Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.” (Hechos 9:4-6).

“Y se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos. Cuando vio la visión, en

seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio.” (Hechos 16:9-10).

“Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” (Hechos 18:9-10).

“Y me aconteció, vuelto a Jerusalem, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis. Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prontamente de Jerusalem; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban. Pero me dijo: Vé, porque yo te enviaré lejos a los gentiles.” (Hechos 22:17-21).

“A la noche siguiente se le presentó el Señor y le dijo: Ten ánimo, Pablo, pues como has testificado de mí en Jerusalem, así es necesario que testifiques también en Roma.” (Hechos 23:11).

“Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente las nave. Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparescas ante César; y he aquí, Dios ten ha concedido todos los que navegan contigo.” (Hechos 27:22-24).

“Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalem con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. Pero subí según una revelación, y para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles.” (Gálatas 2:1-2).

Ahora bien, ¿qué quiere decir la expresión “en el cuerpo o fuera del cuerpo”? ¿Acaso no es una clara referencia a una supuesta experiencia que en el lenguaje ocultista pseudocientífico de nuestros días sería “extracorpórea”? En absoluto. Se trata simplemente de un hebraísmo que hace referencia a un estado de completa insensibilidad a su entorno. El “tercer cielo”, los “cielos” o el “Paraíso de Dios” (Ver 20 Corintios 12:4), en definitiva, es el lugar donde el Señor se halla, es algo que las Sagradas Escrituras testifican ha sido mostrado por el Bendito en varias ocasiones a sus profetas. Se denomina generalmente el “primer cielo” para referirse a la atmósfera; el “segundo cielo” es lo que hoy denominaríamos el “espacio interestelar”; y el “tercer cielo” para tratar de la morada de Dios. Pero vamos a continuar con nuestro análisis de las visiones de los profetas para verificar que esta visión de Pablo no fue excepcional. Realmente, las visiones, visiones nocturnas y sueños forman parte de la actividad profética. El Señor, por medio de su siervo Moisés, nos advierte así al respecto:

“Cuando haya entre vosotros profeta del Señor, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él.” (Números 12:6).

Veamos algunos ejemplos notables de visiones en ambos Testamentos:

“Sin embargo, en una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna, cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los hombres, y les señala su consejo.” (Job 33:15-16).

“Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo.” (Daniel 2:19).

“Daniel dijo: Miraba yo en mi visión de noche, y he aquí que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar.” (Daniel 7:2-3).

“En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido antes. Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai.” (Daniel 8:1-2).

“Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron.” (Daniel 10:7).

“Pero cuando salió (Zacarías), no les podía hablar; y comprendieron que había visto visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo.” (Lucas 1:22).

“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.” (Hechos 7:55).

“Había entonces en Damasco un discípulo amado llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y vé a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista.” (Hechos 9:10-12).

““El día siguiente, mientras ellos (dos criados y un devoto soldado de Cornelio) iban por el camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, cerca de la hora sexta. Y tuvo gran hambre, y quiso comer; pero mientras le preparaban algo, le sobrevino un éxtasis; y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra.” (Hechos 10:9-11).

“Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles.” (Hechos 18:9).

Ahora bien, es particularmente notorio el caso de Juan, el autor del libro de la Revelación de Jesucristo, que habitualmente conocemos como “Apocalipsis”. En una serie de visiones sin parangón, Juan contempla a nuestro Señor Jesucristo glorificado entre los candeleros de oro, los veinticuatro ancianos, las siete lámparas, el mar de cristal, los cuatro seres vivientes, el libro sellado, los siete sellos, las siete

trompetas, el templo, los dos testigos, las bestias, la mujer, el dragón, los ángeles, la caída de Babilonia, las siete copas, el Segundo Adviento, la cosecha, las dos resurrecciones, Satanás atado y desatado, el lago de fuego y azufre que es la muerte segunda, la destrucción de la muerte y el Hades, la Nueva Jerusalem, los nuevos cielos y la nueva tierra, el río y el árbol de la vida en el Paraíso de Dios; todo lo cual constituye un panorama global de la historia de la salvación y del triunfo final del Señor. Esa es la magnitud incomparable de las visiones otorgadas por el Bendito a Juan en la isla de Patmos. Es evidente que las características de la visión dada a Pablo sigue las mismas características de las concedidas a los profetas del Antiguo Testamento, como es el caso de Isaías y Daniel, y en el Nuevo Testamento a Juan. Recordemos la visión de Isaías en la que el profeta vio al Señor sentado en su trono:

“En el año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.” (Isaías 6:1).

El libro de Daniel nos da el testimonio de la visión del trono de Dios que le fue concedida también a su autor:

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos... Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que nunca será destruido.” (Daniel 7:9-10; 13-14).

Esta es la misma visión que nos relata el apóstol Juan en el libro de Apocalipsis:

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.” (Apocalipsis 22:1-2).

Si Isaías, Daniel y Juan, entre otros, vieron el trono de Dios en los cielos, y escucharon palabras pronunciadas en visión, sin que para nada se haga referencia a que tales experiencias ocurrieran en sus supuestas almas descarnadas, fuera de sus cuerpos, ¿cómo puede pretenderse tal cosa en el caso de la visión de Pablo que nos ocupa? Isaías, Daniel y Juan eran hombres vivos, profetas del Altísimo, que continuaron vivos y activos en sus labores después de haber experimentado estas visiones y éxtasis. Es evidente, pues, que el apóstol Pablo recibió de parte del Señor el mismo trato que los demás profetas, según el método o patrón funcional empleado por el Bendito para con sus siervos amados.

Lo más extraordinario de la visión de Pablo que estamos analizando es el hecho de que ocurriera en el “tercer cielo”. “demás fue tan real y viva que el apóstol no sabía

explicar si él había sido trasladado corporalmente al Paraíso de Dios o si había sido una visión presentada ante su mente por el Espíritu Santo. El texto que nos ocupa ofrece ambas posibilidades. O bien fue una experiencia de traslación al Paraíso, o bien una visión del mismo. Ahora bien, las implicaciones en ambos casos son las siguientes: Si Pablo hubiera sido trasladado al Paraíso en vida, eso significaría que nuestro apóstol estaba vivo, de tal manera que este episodio no podría ser empleado por los inmortalistas que defienden la existencia de la supervivencia del alma después de la muerte. O bien fue una visión, sin producirse ninguna traslación, es decir, una experiencia común a los profetas, como ya hemos visto, en cuyo caso este episodio tampoco serviría para los propósitos de los inmortalistas, ya que en cualquiera de los dos supuesto Pablo estaría vivo.

Tengamos muy presente que el propio Pablo, al introducir este pasaje, manifiesta claramente que se trata de “visiones y revelaciones” de parte del Señor. Esta aclaración del apóstol debería ser un argumento suficientemente sólido como para no pretender ver en esta experiencia nada más que lo que está escrito:

“Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor.” (20 Corintios 12:1).

Todo lo que venimos diciendo se puede reducir a un solo punto: ¿Cuál es el significado de la expresión paulina “fuera del cuerpo”? Para los defensores del inmortalismo incondicional, esta expresión significa que Pablo viajó fuera de su cuerpo, en un alma supuestamente inmortal, y que, por consiguiente, nuestro apóstol existió durante un determinado período de tiempo en un estado o condición de separación consciente, pero independiente de su propio cuerpo. Ahora bien, esta postura, que tantas puertas abre al ocultismo y al espiritismo, con infortunada sanción de la mayoría de los círculos cristianos, afirma que la supuesta separación del cuerpo y el alma no puede realizarse sin que necesariamente se produzca el óbito. ¿Quiere esto decir que Pablo tuvo que morir para que se produjera la separación de su cuerpo y de su alma, para después de la experiencia volver a la vida, resucitando de entre los muertos antes de la Segunda Venida de Cristo? En definitiva, semejante suposición implicaría la entrada del cuerpo sin alma de Pablo en un estado temporal de muerte.

Es grande el número de doctrinas bíblicas que hay que ignorar o desbaratar para aceptar semejante interpretación. Si los hermanos que defienden la postura inmortalista incondicional estuvieran en lo cierto, esto significaría que el alma del apóstol Pablo habría volado al tercer cielo, mientras su cuerpo mortal quedaba en la tierra como un cadáver, y que al regreso del alma de Pablo a su propio cuerpo, se habría producido una resurrección de entre los muertos. Tal postura no puede ser más claramente un postulado espiritista, completamente ajeno a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, donde se nos dice que “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” (Hebreos 9:27).

Esta expresión significa sencillamente que Pablo experimentó una visión en la que le fueron presentadas imágenes y palabras tan reales y vivas que el apóstol sintió que estaba allí en persona, contemplando el espectáculo de aquellos acontecimientos y escuchando las palabras que el propio Pablo califica de inefables,

imposibles de repetir. Esta experiencia es muy semejante a la que hallamos en Apocalipsis, y que ya hemos citado, donde Juan contempla igualmente escenas de un realismo tal que, a pesar de ser sucesos del futuro escatológico, es decir, remotamente distantes en el porvenir, para el final de los tiempos, él entra en la escena y observa lo que se le muestra como si él mismo fuera testigo presencial ante tales acontecimientos, mientras permanece vivo en la isla de Patmos.

El texto que hemos analizado no aporta ninguna prueba de una supuesta supervivencia del alma descarnada después de la muerte, basada en un inmortalismo incondicional, de manera que el alma separada del cuerpo pudiera vivir conscientemente mientras el cuerpo quedara inerte y cadavérico, y se diluyera hasta convertirse en polvo. Semejante doctrina está fundada, no en las Sagradas Escrituras, sino en las enseñanzas platónicas de la supervivencia del alma después de la muerte, que como puede probarse histórica y documentalmente, penetraron del paganismo al judaísmo helenizado en la diáspora, y de éste a la cristiandad, después de que la predicación del Evangelio de Cristo atravesara las fronteras de la tierra de Israel, los gentiles entraran en aluvión en la iglesia, y después, paso a paso, fueran olvidándose las raíces hebreas de la fe cristiana.

PARTIR Y ESTAR CON CRISTO.

El pasaje que vamos a analizar a continuación es otro de los que los inmortalistas consideran más sólidos para sostener su postura. Se trata de Filipenses 1:19-24:

“Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.”

La supuesta supervivencia del alma después de la muerte pretende justificarse muy especialmente el versículo 23, donde Pablo dice: “teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.” Sin embargo, en este caso como en todos los demás, Pablo no emplea ni una sola vez la palabra “alma” en todo este pasaje. El más simple análisis del texto que nos ocupa demuestra que el sujeto de la frase es “yo”, no una parte de su ser; y el adjetivo posesivo es “mi”, refiriéndose a su partida. Esto muestra que Pablo está hablando de toda su persona, no de una parte de ella. Tampoco podemos ver aquí, a menos que proyectemos creencias apriorísticas, ni la más leve insinuación a una separación del cuerpo y del alma. “demás, si este fuera el único texto de Pablo de que dispusiéramos, podríamos suponer que el apóstol se refería a un inmediato acceso a la presencia de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, todas las enseñanzas de Pablo respecto a la muerte se refieren a ella como sueño, y que la reunión con Cristo acontecerá sólo, única y exclusivamente en el Segundo Adviento del Señor, con la resurrección de los muertos en Cristo, la transformación de los vivos en Cristo, y la traslación de ambos, pero nunca antes.

El deseo paulino de “partir y estar con Cristo” debe ser objeto de análisis minucioso por nuestra parte, empleando los términos más amplios al respecto en sus escritos, y muy especialmente el texto del capítulo cuarto de la Primera Carta a los Tesalonicenses, donde de manera específica se nos dice que el acceso a la presencia del Señor Jesucristo será en su Segunda Venida, y nunca antes. Por consiguiente, y antes de entrar en el análisis del texto propiamente dicho, vamos a comenzar por hacer una aproximación al trasfondo de esta epístola paulina. En este, como en todos los demás casos, creemos que el conocimiento del fondo histórico nos permitirá siempre analizar un pasaje con datos que, de lo contrario, volverán su mensaje en incontextual y ahistórico. Comenzaremos por recordar que cuando Pablo escribe la Carta a los Filipenses habrían transcurrido aproximadamente unos diez

años desde que nuestro apóstol predicara el Evangelio en Filipos. Durante su tercer viaje misionero, Pablo había sido atacado y golpeado por una turba ensoberbecida en Jerusalem, y después había sido librado de aquella multitud y conducido ante el Sanedrín, como se nos relata en el capítulo 22 de Hechos. El versículo 30 nos cuenta la presentación de Pablo ante el concilio:

“Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento; y aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado.”

En aquella ocasión, Pablo, haciendo gala de su gran sabiduría, logró dividir a los miembros del tribunal, por cuanto unos de ellos eran saduceos -los más- y otros fariseos. La división la provocó Pablo haciendo referencia precisamente a la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, ya que los fariseos creían en ella, mientras que los saduceos la negaban:

“Entonces Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga. Cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos, y la asamblea se dividió. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero los fariseos afirman estas cosas.” (Hechos 23:6-8).

Después de aquello, Pablo fue enviado al gobernador Félix. Sin embargo, aquella visita fue demorándose durante unos dos años, hasta que Festo reanudó la tramitación del sumario de Pablo. Sería hacia el año 59 d.C. Pablo había apelado al César, por lo cual Festo había ordenado que fuera trasladado a Roma para ser juzgado allí ante el emperador. Durante el viaje a Roma, Pablo sufrió un naufragio, por lo que pasó el invierno en la isla de Malta, según se nos relata en el capítulo 27 de los Hechos. “Llegar a Roma, Pablo quedó bajo custodia, en lo que hoy denominaríamos un “arresto domiciliario”. En este tiempo fue cuando el apóstol escribió las epístolas que tradicionalmente conocemos como “de prisión” o “cautividad”, es decir, “Efesios”, “Filipenses” y “Colosenses”. Estas misivas paulinas fueron redactadas hacia el final de su período de cautividad, cuando se aproximaba la vista de su juicio, la cual debió acontecer hacia el año 62 d.C. “Llegar al momento en que su causa iba a ser vista por el tribunal del César, las condiciones del confinamiento de Pablo debieron recrudecerse. Durante algún tiempo había disfrutado de un buen grado de libertad en su arresto domiciliario, como se desprende de las últimas palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se nos dice que “Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada (griego “én idio mistómati”, “su propio local alquilado”), y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento.” (Hechos 28:30-31).

Sin embargo, parece que en aquellos momentos su arresto se había vuelto más carcelario. Esto solemos olvidarlo a causa del tono de gozo que discurre a lo largo de sus escritos, y muy especialmente en la Epístola a los Filipenses, conocida hasta el día de hoy como la “Carta del Gozo en Cristo”.

Las palabras de Pablo en nuestro texto de Filipenses 1:19-24 muestran que el apóstol estaba dispuesto a glorificar a Cristo en su cuerpo, fuese por su vida o por su muerte, ya que las probabilidades de ser condenado a muerte eran muchas e inminentes. Aquí nos conviene considerar el hecho de que las alternativas de la vida y de la muerte son relacionadas por Pablo a su cuerpo, sin referencia alguna a una supuesta alma inmortal. No hallaremos en todo este pasaje ni una sola referencia acerca de un alma inmortal o descarnada. Es más que evidente que si el apóstol Pablo hubiera querido dar una lección acerca de una parte tan importante del hombre, inmaterial, inmortal, incorruptible y trascendente, esta habría sido una ocasión inmejorable. Aquí Pablo habría podido elaborar toda una doctrina acerca de la realidad de su ser interior como alma inmortal, para desarrollar la creencia en un ente capaz de sobrevivir al óbito, escapar de la cárcel del cuerpo y volar inmediatamente a la presencia del Señor, al estilo de la filosofía platónica. Sin embargo, no podemos encontrar la elaboración de dicha supuesta doctrina en ninguno de los cien capítulos, aproximadamente, de su literatura epistolar, los cuales constituyen nada menos que un tercio de lo que nosotros denominamos el “Nuevo Testamento”.

Haremos ahora un breve inciso en el desarrollo de nuestro análisis, para considerar dos textos de gran importancia. El primero de ellos se encuentra en el libro de los Hechos de los Apóstoles:

“Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas.” (Hechos 20:20).

Esta afirmación de Pablo es importantísima de tener en cuenta cuando consideramos doctrinas o creencias que carecen de base bíblica. A pesar de no haber dejado de enseñar toda la doctrina que los hermanos precisaban, Pablo jamás afirmó que el hombre posea un alma inmortal que sobreviva a la muerte, y que continuara existiendo, descarnada y consciente, tras el fallecimiento del ser humano. Este concepto platónico, del que Pablo era perfecto conocedor, jamás fue enseñado por nuestro apóstol, por cuanto nunca lo consideró útil para la iglesia.

El segundo de los textos que hemos de considerar antes de proseguir con nuestro análisis, lo hallamos también en el libro de los Hechos:

“Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios.” (Hechos 20:27).

Sin embargo, debemos insistir en que nunca jamás anunció Pablo la existencia de un alma inmortal, ni la supervivencia de un ente espiritual después del óbito, sino, antes bien, la esperanza bienaventurada de la Segunda Venida de Cristo y la resurrección de entre los muertos. No sería sabio, pues, pensar que Pablo desbaratara su armonía doctrinal consigo mismo, ni podemos imaginar que en sus enseñanzas haya contradicciones de ningún tipo, ni mucho menos engaños en su testimonio apostólico. Por consiguiente, esta creencia de incuestionable procedencia filosófica y ajena a las Sagradas Escrituras, no podemos considerarla parte de todo el consejo de Dios. “firmamos que Pablo tenía toda su esperanza puesta en la resurrección de entre los muertos en la Segunda Venida de Cristo, y no en una difusa doctrina posterior, basada en la filosofía platónica:

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado (hasta su Venida) seremos arrebatados juntamente con ellos (los santos resucitados) en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.” (10 Tesalonicenses 4:16-17).

Ahora bien, en el castellano puede fácilmente pasarnos por alto este pequeño adverbio “así”, por el cual podríamos equivocadamente creer que “así estaremos siempre con el Señor” ha de entenderse que “así”, “de ese modo”, “en el aire”, estaremos siempre con el Amado, flotando en las nubes. Sin embargo, el vocablo que en castellano traducimos por “así” es la forma griega enfática “houtos”, cuyo significado es “de esta forma”, “de esta manera”, “por este medio”. Es decir, “así”, no de otra manera, será como estaremos en la presencia del Redentor. Esta será la única manera mediante la cual accederemos a la presencia del Señor. “Houtos” se emplea aquí para que quede perfectamente claro que no será por medio de la muerte como tendremos nuestro encuentro con el Bendito, sino por su descenso del cielo, en su Segundo Adviento, será “cuando” y “como”, tanto vivos santificados, como los santos difuntos -los que durmieron en Cristo- pasaremos a la presencia del Amado. Por consiguiente, cuando Pablo nos dice que esa será la única forma por la que Dios ha decidido que accedamos a la presencia de su Hijo Jesucristo, queda excluida cualquiera otra manera. Sólo podremos estar conscientes ante la presencia del Señor en su Venida, sea por resurrección o por traslación.

Si pasáramos a la presencia del Señor inmediatamente después del óbito, por medio de una supuesta alma inmortal descarnada, entonces no sería “por medio de” y “en el momento de” su Segunda Venida gloriosa, visible a todo ojo, con la milagrosa resurrección de los muertos y el cambio o transformación de los vivos. De no ser así, la enseñanza de Pablo sería engañosa y contradictoria. Sin embargo, para el apóstol, el encuentro glorioso con el Señor, la esperanza bienaventurada, será el descenso del Señor Jesús, Salvador y Mesías, del cielo de Dios, con voz de mando, con el sonido del sofar, del cuerno de carnero con el que eran convocadas las tribus de Israel, para despertar a los dormidos a la resurrección, cuando lo mortal será absorbido por la inmortalidad de Cristo, y la corrupción por la incorrupción del Verbo Encarnado.

Semejantes acontecimientos no sucederán tras el óbito personal, sino cuando el Señor ponga fin a la muerte como realidad general, no como fallecimiento individual. En este, como en tantos otros aspectos, vemos también la poderosa incidencia del individualismo en la doctrina cristiana contaminada de filosofía.

Desde luego, lo que Pablo desea ardientemente es glorificar al Señor tanto en la vida como en la muerte. Por eso es que Pablo afirma que está “en estrecho” (griego “sunejomaí”, “estar presionado”, “estar apretado”) entre las dos alternativas, la vida y la muerte. “Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia”, después de haber manifestado que su anhelo era que Cristo fuera magnificado en su cuerpo, o por vida o por muerte (Filipenses 1:20), significa que si Pablo vivía, Cristo sería magnificado; y la iglesia se beneficiaría (v. 24); y si Pablo moría, Cristo seguiría siendo magnificado (v. 20), y continuaría siendo ganancia para Cristo.

Nuestro apóstol había sido golpeado ocho veces, y apedreado una vez. Había pasado por peligros de aguas, ladrones, su propio pueblo, los falsos discípulos, los paganos, peligros en las ciudades, en los desiertos y en el mar, pasando por debilidades, dolores, enfermedades, hambre, sed, frío y desnudez (Ver 20 Corintios 11:23-27). No nos puede caber duda de que Pablo deseara poner fin a semejante peregrinaje mortal. Es más que lógico pensar que Pablo anhelara morir en Cristo como ganancia, por cuanto entonces descansaría en el Señor. Reposaría de sus cansancios, a la espera de la Segunda Venida del Mesías, y recibir con Él el refrigerio anhelado. Sin embargo, la causa del Evangelio, la extensión del Reino de Dios, le hacen considerar que es preferible permanecer vivo en aras de la obra del Señor.

Por otra parte, los cansancios y sufrimientos de Pablo le hacen contemplar la ventaja de descansar en el sueño de la muerte en el Señor. Sin embargo, la necesidad de su presencia en la obra del Evangelio le conduce a pensar que debe ser más conveniente que su vida siga adelante para beneficio de la iglesia. Por consiguiente, “ganancia” para la causa de Cristo sería su martirio, y también habría ganancia para el propio Pablo, como testigo (mártir) de Jesucristo, por medio de su resurrección, ya que en su estado, cualquier forma de muerte sería un alivio. Este es el razonamiento que hace Pablo. Para él la muerte era un estado de sueño y reposo, de descanso y alivio, al cuidado de Cristo, sin que para él hubiera consciencia del lapso de tiempo entre el morir y la resurrección. Pablo sabía que, después de que hubiera perdido la consciencia, en el sueño de la muerte, en el momento siguiente escucharía a Jesucristo llamándole con voz de mando y con trompeta de Dios para ser alzado y así vivir con Cristo para siempre. Pablo sabía que el primer rostro que vería al despertar sería el de Jesús de Nazaret, su Señor, el dador de la vida. De ahí que Pablo pudiera decir: “Para mí... el morir es ganancia.” (Filipenses 1:21).

No obstante, es lícito que nos hagamos esta pregunta: ¿Cómo podía ser la muerte una ganancia si Pablo la entendía como quedar reducido a un estado semejante al sueño y al descanso inconsciente? La respuesta radica en que Pablo, al igual que Job, desde su fe bíblica no contaminada por la filosofía griega, entendían la muerte de una manera muy diferente a como nosotros solemos entenderla, desde nuestra cultura occidental, tan profundamente infiltrada por el paganismo espiritista. Para Job, la muerte es un período de reposo, de seguridad, de alivio, y por eso exclama: “(Oh, quien me diera que me escondieses en el Seol!” (Job 14:13). El período de tiempo entre el óbito personal y la Segunda Venida de Cristo será inexistente en duración para quienes duermen, y las glorias del mundo venidero, eterno e inmortal, por medio de la resurrección, se abrirán a nuestros ojos instantáneamente. El período de espera, por largo que fuese para los vivos, sería para Pablo, como para todos cuantos duermen en Cristo, como un abrir y cerrar de ojos. El momento de volver de la inconsciencia de la muerte a la consciencia de la regeneración en la Segunda Venida del Mesías será instantáneo, y Pablo sabía que se encontraría en la presencia de Cristo en un abrir y cerrar de ojos. De modo que ni Pablo, ni ninguno de cuantos vivieron y durmieron el sueño de la muerte en la esperanza mesiánica, la bienaventurada espera del Segundo Adviento del Mesías -recordemos que la Escritura no llama “esperanza bienaventurada” a ningún otro acontecimiento, ni del pasado ni del futuro- tendrán que esperar un solo instante de consciencia, ya que,

repetimos, aquellos que duermen el profundo sueño de la muerte no son conscientes del transcurso del tiempo.

La Biblia da testimonio de que nuestro Señor Jesucristo también bajó a la tierra, pero no fue la perspectiva de descender a la tierra la que le llenó de gozo, sino el perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre, proveyendo salvación para sus hermanos los hombres. Precisamente, el gozo del Señor se basaba en que Él sabía que Dios Padre no dejaría su alma en el Seol (“sepultura” es simplemente el eufemismo para “el lugar de los muertos”), ni tampoco pasaría por la corrupción, conforme a la promesa:

“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción.” (Salmo 16:8-10).

El gozo del Señor es continuar su ministerio por nosotros. Cristo “traspasó los cielos” (Hebreos 4:14) y ahora ministra a nuestro favor ante la presencia de Dios Padre:

“Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” (Hebreos 7:23-25).

“Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre.” (Hebreos 8:1-2).

Todo esto en función de lo designado por el Padre Eterno, mediante la resurrección corporal de Cristo, y su ascensión gloriosa, no a través de su alma o espíritu descarnados. Por el contrario, los santos de todos los tiempos pasarán a la tierra, y dependerán o dependeremos de que el Hijo de Dios venga de los cielos para llamar del sueño de la muerte al despertar de la vida. (Ver Juan 5:28-29). Hasta ese día, ellos no tienen parte en nada de cuanto se hace debajo del sol. (Ver Eclesiastés 9:5-10). En el sueño de la muerte no hay conocimiento, ni sabiduría, ni participación en la existencia de los vivos. Dios ha cerrado toda puerta al espiritismo. Son los hombres, engañados por Satanás, quienes las abren. Y tristemente, el cristianismo impregnado de platonismo es quien se lo facilita, o carece de argumentos poderosos para combatirlo con la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Es evidente que la doctrina del estado intermedio de un alma inmortal consciente tras el óbito es algo espúreo, insertado aquí arbitrariamente por la interpretación basada en creencias apriorísticas, mientras que el texto bíblico, propiamente dicho, no afirma absolutamente nada respecto del estado de los muertos. Si todos los profetas y apóstoles, santos y mártires de todos los tiempos estuvieran ya presentes en el cielo de Dios, la muerte sería más deseable que la vida; siempre, claro está, que esa fuese la vía de acceso a la presencia gloriosa del Señor. Por eso es que los defensores del inmortalismo incondicional asumen que todo redimido accede

directamente a la presencia del Señor inmediatamente después de morir. Pero nuestro texto no dice nada de esto, mientras que todas las demás Escrituras afirman que los creyentes ganaremos la inmortalidad y pasaremos a la presencia del Señor en el momento de su Segunda Venida, mediante la transformación-traslación. (Ver Juan 5:21-29; 10 Tesalonicenses 4:17).

El acceso o encuentro con Jesucristo es un acontecimiento futuro que será experimentado simultáneamente por todos los redimidos de todos los tiempos, excepto aquellos pocos privilegiados a quienes Dios les ha concedido una resurrección especial, como fue el caso de Moisés, o bien de una traslación especial, como son los casos de Enoc y Elías, razón por que dos de ellos -Moisés y Elías- aparecieron vivos con Jesús en el Monte de la Transfiguración:

“Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.” (Judas 9).

“Y (Jesús) se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz, y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.” (Mateo 17:2-3).

La noción de que durante el período del sueño de la muerte los redimidos se encuentran “en Cristo”, en un estado espiritual consciente, en una vida espiritual separada del cuerpo, significaría la negación de una de las doctrinas cardinales de las Sagradas Escrituras: El sueño de la muerte. “demás, si los redimidos de todas las edades se encontraran en gloria con Cristo, en el cielo de Dios, y pudieran ya verle a Él tal y como Él es, también ya habrían tenido que haber sido transformados a su semejanza. Sin embargo, la Escritura nos enseña cuándo acontecerá semejante experiencia:

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (10 Juan 3:2).

Si los hermanos defensores del inmortalismo incondicional estuvieran en lo cierto, los santos poseerían ya la más plena y definitiva transformación que jamás pueda darse, ya que tal obra se da en función de verle al Señor tal y como Él es. Sin embargo, el inmortalismo se convertiría entonces en una negación implícita de la propia resurrección que enseñan Pablo y los demás autores de los libros del Nuevo Testamento. También podría significar que la resurrección acontece al producirse la muerte, y que, por consiguiente, sería algo que ya habría sucedido, es decir, algo que el propio Pablo condenó en sus días como una herejía:

“Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad. Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos.” (20 Timoteo 2:16-18). (Ver también Romanos 8:23; 10 Corintios 5:5; 15:51-55; 20 Corintios 5:2; Colosenses 3:4; 10 Tesalonicenses 4:16-17; 20 Tesalonicenses 2:1; 20 Timoteo 4:7-8).

Las Escrituras afirman que en la “presencia del Señor habrá plenitud de gozo”. (Salmo 16:11). Pero los que duermen en Cristo no gozan todavía de su presencia. Si ya tuvieran la plenitud de gozo, ante la presencia del Señor, la resurrección no sería necesaria. Pero el apóstol Pablo enseña que toda vida más allá de la muerte depende de la resurrección. Será cuando Cristo Jesús venga cuando nos recibirá a sí mismo. Esas son sus propias palabras:

“Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.” (Juan 14:3).

También es interesante notar la comparación que Pablo hace al hablar de “partir” para estar con Cristo como “mucho mejor”. Evidentemente, esto no quiere decir que morir sea mejor que vivir. El deseo del corazón del apóstol no era morir sino estar con Cristo. “mbas cosas son completamente distintas. “ estas dos alternativas -morir o vivir- es respecto a las cuales Pablo confiesa estar en estrecho, sin saber cuál de las dos es más conveniente. Pero lo que pocos advierten, posiblemente por proyectar en el texto ideas apriorísticas, es que nuestro apóstol añade una tercera alternativa: “Partir para estar con Cristo”. Y es respecto a esa tercera alternativa a lo que Pablo califica de “ser mucho mejor.” (Filipenses 1:23). Lo que es “mucho mejor” es ser recibido por Cristo por medio de la traslación, para reunirse con el Señor en el aire, cuando Cristo Jesús venga para “ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron... cuando venga en aquel día.” (10 Tesalonicenses 1:10). Es obvio que a esto es a lo que el apóstol se refiere, calificándolo como “poltó mallon”, es decir, “mucho más”, o “mucho, mucho” una forma griega que correspondería a una especie de doble grado comparativo enfático, ya que se le aplica a las dos alternativas que ha presentado -vivir o morir- y, por lo tanto, no puede hacer referencia a la muerte, sino a algún acontecimiento o algún medio por el cual Pablo pudiera estar con Cristo. Ese suceso, según la enseñanza del propio Pablo, tendría que ser la traslación en la Segunda Venida del Mesías, o bien mediante una traslación especial, tal y como sucedió con Enoc y Elías, los cuales no pasaron por la muerte. Pablo se siente en estrecho entre las dos alternativas -vivir o morir- pero no tiene ninguna duda respecto a la tercera de las alternativas. Ante ella termina toda la indecisión del apóstol.

El anhelo de Pablo de “partir” se menciona en el texto que nos ocupa en medio de la discusión de las dos alternativas, de seguir viviendo en medio de persecuciones y peligros, y el morir y descansar en paz hasta la Segunda Venida de Cristo. Es ante estas dos alternativas que Pablo no sabe qué escoger. Pero entonces aparece en el texto la tercera consideración, y nuestro apóstol no duda ni un instante en definirla como “mucho, mucho mejor”. Es decir, partir para estar con Cristo por medio de una traslación, y así poder estar personalmente con el Señor, sin tener que pasar por la muerte. Este fue el gran deseo del corazón del apóstol Pablo. En su confinamiento, desea partir y estar con Cristo. La palabra griega empleada es “analuó”, término que conlleva la carga semántica de referirse a “un barco cuando sale de puerto”, o como “un prisionero en la cárcel”. En el griego clásico significa “soltar amarras”, y también es el significado que invariablemente tiene en la Septuaginta y en los Apócrifos. (Ver Tobías 2:9; Judit 13:1; 1º Esdras 3:3; Sabiduría 2:1). (También emplea este término el historiador Flavio Josefo en “Antigüedades VI, 4, 1).

El deseo del judío Pablo no podía ser convertirse en un espíritu descarnado, al estilo de la esperanza de los paganos, para poder acceder al encuentro con su Señor. Es natural, por consiguiente, que todos cuantos han atribuido valores de pensamiento griego a nuestro apóstol, hayan interpretado sus enseñanzas como si se tratara de un maestro de la filosofía platónica, olvidando que Pablo nunca dejó de ser el rabino Shaúl, latinizado Saulo, y conocido entre nosotros por su nombre romano “Paulus”.

Pablo anhelaba verse libre de las circunstancias adversas con que se enfrentaba, pero morir no era su deseo primordial, sino ser trasladado de esta tierra para encontrarse con su Señor en el aire, y así, de ese modo, poder estar para siempre con Cristo Jesús. Sin embargo, Pablo no vio cumplido su máxima aspiración. Murió como mártir, pero lo hizo en fe, es decir, esperando recibir la corona de justicia. Leamos sus propias palabras: “la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.” (20 Timoteo 4:8). Estas palabras de Pablo deberían ser suficientes para que reconociésemos todos qué es lo que el apóstol esperaba, de quién lo recibiría, cuándo se le entregaría, y junto con quiénes.

Si Pablo partía para estar con Cristo, sería conforme a su propia enseñanza, que nunca cambió ni rectificó, por traslación, sin tener que pasar por la muerte, lo cual sería “mucho mejor”. Pero, ¿Por qué sentía Pablo aquel deseo de partir? Porque sabía cuáles serían los conflictos, sufrimientos, pruebas y cargas insoportables por las que tendría que pasar.

EL DESTINO DEL HOMBRE SEGÚN PEDRO.

Las dos cartas de Pedro, dirigidas a los judeo-cristianos de la dispersión, contienen mucha información respecto al destino del hombre. Vamos a comenzar con el texto de 10 Pedro 1:3-5:

“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.”

Pedro trata de los últimos tiempos, y eso comprende la fase final de la salvación que será revelada, con la aparición (griego “apocalupsei”, “revelación”, “desvelar”, “manifestación”) de Jesucristo:

“Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo... Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado...” (10 Pedro 1:7, 13).

El apóstol Pedro trata del Primer Adviento de nuestro Señor Jesucristo, y luego presenta la necesidad del nuevo nacimiento de la regeneración:

“Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.” (10 Pedro 1:18-21, 23).

En el capítulo segundo de su Primera Epístola, Pedro presenta a Jesús como piedra angular, y después, en el tercero, como nuestro impecable substituto:

““cercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura:

He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados... El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” (10 Pedro 2:4-8; 22-24).

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en Espíritu... El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.” (10 Pedro 3:18, 21-22). (Ver también Efesios 1:21; 3:10; 6:12; Colosenses 2:10; 2:15; Tito 3:1).

Después, Pedro presenta a nuestro Señor Jesucristo como actual mediador, preparado para juzgar a los vivos y a los muertos:

“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos.” (10 Pedro 4:3-5).

A estas palabras añade Pedro la clara advertencia de que el fin se aproxima: “Mas el fin de todas las cosas se acerca; sed, pues, sobrios, y velad en oración.” (10 Pedro 4:7).

Para Pedro, como para Pablo, el regocijo de los redimidos no se produce en el fallecimiento, sino cuando la gloria del Señor sea revelada: “Sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría.” (10 Pedro 4:13).

Pedro también advierte que el juicio de Dios comenzará por su casa, es decir, por su pueblo: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?” (10 Pedro 4:17-18).

La conclusión a la que llega la enseñanza de Pedro contiene la referencia al fiel Creador: “De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (10 Pedro 4:19).

Y más adelante, Pedro ratifica que la corona incorruptible de gloria la recibiremos en el gran día de Dios, no antes: “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.” (10 Pedro 5:4). ¿Cómo pueden pretender los inmortalistas incondicionales que creamos que los finados no lo son, y que ya están gozando de las bendiciones del Señor en el cielo?

Los escritos petrinos nos dan bastante información sobre los años precedentes a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Especialmente en su Segunda Epístola, Pedro nos da las preciosas promesas del Amado para que podamos escapar de la corrupción del mundo de los tiempos finales:

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.” (20 Pedro 1:3-8).

Para Pedro es evidente que sólo de esta manera podremos aprovechar el acceso que se nos otorga a la plenitud del Reino de Dios:

“Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.” (20 Pedro 1:11).

Pedro pasa después a hablar de las profecías dadas por el Eterno en el curso de los siglos, hasta la aparición del Señor en el Segundo Adviento:

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” (20 Pedro 1:19-21).

Después, Pedro pasa al tema de las herejías que han pervertido a algunos:

“Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina.” (20 Pedro 2:1).

Estas herejías y negaciones de la divinidad del Señor harán que muchos blasfemen respecto del Evangelio:

“Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado.” (20 Pedro 2:2).

Estos serán los practicantes de la simonía y demás comercio religioso, otra característica de los últimos tiempos:

“Y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los cuales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme.” (20 Pedro 2:3).

El juicio de Dios comienza por los ángeles rebeldes: “Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio.” (20 Pedro 2:4).

El término traducido en nuestra versión castellana de la Biblia por “infierno” es el participio denominativo griego “tartarósas”, cuya equivalencia española sería “precipitar en el tártaro”. El uso de esta voz tomada de la mitología griega evidencia el propósito de Pedro de enseñar a los “expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (10 Pedro 1:1) la verdad del juicio venidero sobre todos los rebeldes, comenzando por los ángeles. De ahí que Pedro emplee esta voz popular, tomada de la cultura de entre quienes se hallan los exiliados.

Después, Pedro cita a los hombres rebeldes que igualmente están reservados para el castigo que vendrá sobre ellos en el día del gran juicio divino:

“El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio.” (20 Pedro 2:9).

Pedro concluye diciendo que dicha retribución no será inmediatamente después del óbito, sino que se trata de un acontecimiento futuro, pues todos están “reservados al juicio”:

“Perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia.” (20 Pedro 2:12-13).

El apóstol describe a continuación otra de las características de los días finales, antes del Segundo Adviento de nuestro Señor, y se trata de la actitud de burla y desprecio hacia la Palabra de Dios. A los burladores los denomina el texto petriño “empaiktai”, es decir, aquellos que sutilmente se mofan de las promesas divinas en general, pero muy particularmente de la esperanza bienaventurada:

“Sabiedo primero esto, que en los postreros días vendrán burladores andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.” (20 Pedro 3:3-4).

Pedro nos advierte de que el falso fundamento sobre el que construirán su burla será el hecho de desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen inalteradas, como desde el principio de la creación, negando también la autoría divina de ella, con lo que se nos advierte que éstos son quienes voluntariamente

niegan las evidencias del gran cataclismo acontecido en los días del diluvio noélico, por el cual el mundo de entonces, aquella primera tierra, sufrió el juicio de Dios pereciendo anegada en agua:

“Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.” (2o Pedro 3:5-6).

A continuación, Pedro nos aporta la tremenda profecía escatológica que anteriormente nos da nuestro bendito Señor en el capítulo veinticuatro del Evangelio según Mateo. Pedro se anticipa aquí a la descripción que nos llega de Juan en Apocalipsis, donde se presenta el juicio divino bajo la designación de “lago de fuego y azufre”, que es la muerte segunda. (Ver Apocalipsis 20:10, 14-15; 21:8).

“Por lo cual el mundo (griego “kosmos”, “habitación de la humanidad”) de entonces (del tiempo antiguo, v. 5) pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición (griego “apoleias”, “ruina total y definitiva”) de los hombres impíos... El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.” (2o Pedro 3:6-7, 9).

Del mismo modo que las aguas del diluvio de los días de Noé acabaron con la vida de los inicuos de aquellos tiempos pasados, y el hombre de barro fue diluido en las aguas del juicio divino, así las llamas del fuego eterno ejecutarán la condenación de Dios sobre los impíos en el juicio venidero. “sí será como Dios pondrá fin al pecado y a toda la desolación que éste ha producido y produce en la vida de los hombres:

“Reprendiste a las naciones, destruiste al malo, borraste el nombre de ellos eternamente y para siempre. Los enemigos han perecido; han quedado desolados para siempre; y las ciudades que derribaste, su memoria pereció con ellas. Pero Jehová permanecerá para siempre; ha dispuesto su trono para juicio. Él juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.” (Salmo 9:5-8).

Pedro describe después lo que acontecerá en el Gran Día de Dios, cuando la tierra se fundirá en el fuego eterno:

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir! (Esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados (griego “katakaésetai”, “quemar hasta reducir a cenizas”), se fundirán Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.” (2o Pedro 3:10-13).

El apóstol Pedro concuerda con todas las profecías veterotestamentarias respecto de la destrucción final de esta tierra:

“Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán.” (Salmo 102:25-27).

“Será quebrantada del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera será la tierra conmovida. Temblará la tierra como un ebrio, y será removida como una choza; y se agravará sobre ella su pecado, y caerá, y nunca más se levantará. Acontecerá en aquel día, que Jehová castigará al ejército de los cielos en lo alto, y a los reyes de la tierra sobre la tierra. Y serán amontonados como se amontona a los encarcelados en mazmorra, y en prisión quedarán encerrados, y serán castigados después de muchos días.” (Isaías 24:19-22).

“Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá.” (Isaías 51:6).

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.” (Malaquías 4:1).

Ni una sola referencia a un mundo de almas descarnadas. Antes bien, Pedro presenta la realidad de los tres mundos: Primeramente, el mundo de entonces: “El mundo de entonces pereció anegado en agua.” (2o Pedro 3:6). (Ver Génesis 7). Aquel fue el juicio y el fin del mundo anterior al diluvio de los días de Noé. En segundo lugar, los cielos y la tierra actuales, los cuales, como hemos leído en 2o Pedro 3:7, “están reservados por la Palabra de Dios, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.” Y en tercer lugar, los nuevos cielos y la nueva tierra; es decir, una nueva creación, un mundo venidero: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.” (2o Pedro 3:13). Ese es el nuevo hogar para todos los redimidos. Esa es la morada eterna que Jesús prepara para nosotros, conforme a su promesa: “Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo.” (Juan 14:3).

De modo que el juicio terrible del mundo anterior al nuestro, con la muerte y destrucción por medio del agua del diluvio noélico, será superado por el juicio por fuego y destrucción que vendrá sobre esta tierra en el día del Señor, para la destrucción de los impíos.

Termina Pedro advirtiendo contra los que tuercen las Sagradas Escrituras, lo cual dará por retribución la perdición de semejantes falsificadores de la Palabra de Dios:

“Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las

cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen (griego “streblousin”, “estirar”, “dar la vuelta”, “retorcer”), como también las otras Escrituras, para su propia perdición.” (20 Pedro 3:15-16).

Aunque con menos profundidad y extensión, nuestro apóstol sigue el mismo camino escatológico revelado a Juan en Patmos, a quien le fue otorgada una revelación con meticulosidad y amplitud de detalles sin parangón. Pero lo más maravillosos es el hecho de la perfecta concordancia entre Pedro, Pablo y Juan. Ninguno de los tres hace referencia alguna a un mundo de almas descarnadas y conscientes que hayan recibido ya los castigos y galardones propios de la retribución divina.

Todos los condenados, es decir, condenados a muerte, privados de la vida eterna, serán arrojados en el “fuego eterno” (Ver Mateo 18:8; 25:41). Ese fuego será el castigo eterno de los condenados. Sin embargo, no podemos hallar ninguna referencia bíblica que nos dé fundamento para creer que los perdidos estarán quemándose por toda la eternidad. No tenemos más remedio que insistir en el hecho de que el “fuego eterno” no significa que arde para siempre, sino que procede de la eternidad de Dios, y cumple su propósito, sin que el hombre pueda jamás apagarlo hasta que haya realizado su labor. Recordemos el caso de las ciudades de Sodoma y Gomorra, con las demás poblaciones de la llanura. Sobre aquellas urbes descendió el fuego eterno para juicio. Sin embargo, aquel incendio no duró para siempre. El fuego que cayó sobre aquellas urbes corruptas no está ardiendo en estos momentos. Cumplió su cometido y cesó. Lo que durará para siempre será el juicio, no el fuego ardiente, sino sus efectos inamovibles e imborrables. De ahí que Jesús nos diga que se trata de un fuego que no puede ser apagado, que nadie puede sofocar, hasta que ha cumplido su misión. Ahora, Sodoma y Gomorra se encuentran hundidas bajo una espesa capa de lava y ceniza en el fondo de las aguas del Mar Muerto. La expresión “fuego eterno” con que fueron juzgadas, como en tantas otras ocasiones, significa que se trata de un fuego sobrenatural, enviado por Dios para castigar por medio de la destrucción a los hombres inicuos, que serán privados del don de la vida eterna por causa de no haberse arrepentido de sus pecados y maldades:

“El sol salía sobre la tierra, cuando Lot llegó a Zoar. Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra.” (Génesis 19:23-25).

“Y condenó por destrucción a las ciudades de Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a ceniza, y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impíamente.” (20 Pedro 2:6).

Vamos a ver otro ejemplo bíblico en el que el fuego eterno descendió para castigo, conforme a la profecía, sin que siga ardiendo hasta el día de hoy, lo cual nos muestra claramente el sentido correcto de “eterno”. En el libro del profeta Jeremías hallamos el texto en el que el Señor afirma que los palacios de Jerusalem serían quemados por el fuego que no puede ser apagado. Aquella advertencia profética se cumplió al pie de la letra, como toda Palabra de Dios. Efectivamente, los palacios de Jerusalem perecieron bajo el fuego eterno, pero no están ardiendo por toda la eternidad, sino que aquel fuego sobrenatural descendió por la voluntad soberana de

Dios, y ardió hasta que dicha voluntad fue perfectamente cumplida, pero no para que después de haber realizado su propósito continuase ardiendo por toda la eternidad, como ocurrió en Jerusalem:

“Pero si no me oyereis para santificar el día de reposo, y para no traer carga ni meterla por las puertas de Jerusalem en día de reposo, yo haré descender fuego en sus puertas, y consumirá los palacios de Jerusalem, y no se apagará.” (Jeremías 17:27).

“En el mes quinto, a los siete días del mes, siendo el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia, vino a Jerusalem Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia. Y quemó la casa de Jehová, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalem; y toda las casas de los príncipes quemó a fuego.” (21 Reyes 25:8-9).

“Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalem, y consumieron a fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus objetos deseables.” (21 Crónicas 36:19).

Es evidente que el “fuego que no se apagará” y el “fuego eterno” son expresiones sinónimas, y el mismo fuego que destruirá a los impíos:

“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.” (Apocalipsis 20:9).

La Palabra de Dios nos da solamente dos destinos: Los benditos de Dios “heredarán la tierra”, y “los malditos de él serán destruidos.” (Salmo 37:22). Por consiguiente, cuando nuestro Señor Jesucristo dice: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno”, está diciéndonos que los condenados serán destruidos por medio del fuego procedente de Dios. El castigo es eterno, por cuando nadie volverá del lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. Allí serán destruidos, como fueron destruidas las ciudades de Sodoma y Gomorra con todos sus habitantes. (Ver Apocalipsis 20:9; 21:7-8; 20 Pedro 2:6; Judas 7).

“sí pues, el “castigo eterno” será por medio del “fuego eterno” para los condenados, y su resultado final será la “muerte eterna”, es decir, su destrucción, su “dejar de ser”:

“Cuando brotan los impíos como la hierba, y florecen todos los que hacen iniquidad, es para ser destruidos eternamente.” (Salmo 92:7).

Esta clase de castigo fue el que el Señor decretó para Edom. Fuego y azufre que no se apagaría de noche ni de día, y cuyo humo subiría perpetuamente:

“Y sus arroyos se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra en brea ardiente. No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo; de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella.” (Isaías 34:9-10).

Es evidente que se trata de un castigo definitivo, de ahí que sea calificado como “eterno”, y que será ejecutado mediante una destrucción total y final. De la misma manera, después de un lapso de tiempo más o menos largo, durante el cual serán atormentados estos tres personajes -el diablo, la bestia y el falso profeta- junto con los impíos, en el lago que arde con fuego y azufre, la muerte segunda, donde será el llanto y el crujir de dientes. Todos serán destruidos para siempre, conforme al designio de la Santa Palabra de Dios:

“Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos.” (Salmo 11:6).

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.” (Hebreos 10:26-27).

Cuando los impíos resuciten serán enfrentados en el juicio a sus obras malvadas, y a continuación serán destruidos. Después de esa destrucción de Satanás y sus discípulos, el Señor creará nuevas todas las cosas.

Cuando el apóstol Juan recibe una visión de la eternidad, escuchó un canto de alabanza universal que no era distorsionado por ninguna disonancia. Todas las criaturas del cielo y de la tierra alababan al Eterno. No hay ninguna referencia a almas descarnadas retorciéndose de dolor en el infierno por toda la eternidad:

“Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: “¡ que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis5:13).

LOS ÁNGELES CAÍDOS Y “ARROJADOS” AL INFIERNO.

El texto que vamos a estudiar a continuación se halla en 2 Pedro 2:4: “Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio...”. Este es uno de los textos empleados por los inmortalistas para defender la creencia en la existencia del infierno de fuego por toda la eternidad. Sin embargo, y como vamos a ver a continuación, no hay aquí ninguna referencia que señale que dicho lugar sea un destino de tormento.

Tristemente, la inmensa mayoría de los traductores bíblicos vierten el griego “tartaroo” por “arrojándolos al infierno”. Aquí se trata de la forma verbal del sustantivo “Tartaros”. El trasfondo de esta expresión pertenece a la mitología grecorromana, y curiosamente es aquí donde únicamente aparece esta expresión en toda la Escritura. Pero más curioso todavía es el hecho de que, a pesar de tratarse de una voz griega, no aparece ni una sola vez en la traducción griega del Antiguo Testamento que conocemos como “Septuaginta” o versión de los LXX. Sin embargo, tanto Virgilio como Horacio, al igual que Luciano, Lucrecio y otros poetas del paganismo, la emplearon para designar lo que ellos entendían como el oscuro abismo de las regiones infernales. De Homero nos ha llegado la descripción del “Tártaro” como una prisión subterránea en la que fueron echados los titanes o gigantes que se rebelaron contra Zeus. Plutón era la supuesta deidad que gobernaba esas regiones oscuras, y se le conocía como el “padre del Tártaro”. Curiosamente, esta es la definición que hallamos en el diccionario de “. Bailly: “El Tártaro, vasto, brumoso y helado, es la parte más profunda del mundo, tan lejos bajo el Hades como el cielo está lejos de la tierra.” (“. Bailly, Dictionnaire Grec-Francais”).

Este vocablo, según lo emplea Pedro en este contexto, representa el lugar de confinamiento temporal en que se encuentran los ángeles caídos, o demonios, quienes se rebelaron contra Dios, alejados de la presencia divina, hasta el momento designado por Dios para que sean juzgados y destruidos. Hemos de notar que aquí la palabra “Tártaro” no hace referencia alguna al lugar en que supuestamente se encuentran los muertos impíos. Es decir, no se trata del “Hades”, o “lugar de los muertos”, y que corresponde al “She=ol” en hebreo. Tampoco debemos confundirlo con “Gehenna”, que es el lugar donde los impíos, después de su resucitación, serán destruidos en “el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (Apocalipsis 20:14-15). La confusión de estos términos es, sin duda, causante de muchos errores y desviaciones en la interpretación de bastantes textos de las Escrituras.

Los ángeles caídos, a los que se refiere nuestro texto, fueron lanzados por su pecado y rebelión, desde sus alturas de gloria hasta el más profundo abismo de oscuridad. Por eso emplea Pedro este término, para expresar la distancia y separación más absolutas respecto de Dios. “sí fue como cayeron, de ser ángeles, ministros espirituales de servicio a Dios, a ser prisioneros en espera del juicio divino. Sin embargo, nada indica que se trate de un lugar de tormento por fuego para Satanás y los suyos, por cuanto se nos dice que el malo no se encuentra allí todavía, sino que en la actualidad está en torno a los hombres, tratando de hurtar, matar y destruir, por cuanto su oficio es el de homicida desde el principio. De ahí que estén dedicados a acecharnos, con todas las huestes de maldad en los lugares celestes:

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.” (10 Pedro 5:8).

“Y él (el Señor) os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.” (Efesios 2:1-3).

También hemos de notar que ni los hombres impíos ni los ángeles rebeldes recibirán su castigo antes de la celebración del juicio divino. De manera que el apóstol Pedro emplea aquí la voz “Tártaro” como lugar de detención, no de tormento. Son las ideas filosóficas invasoras del cristianismo original las que presentan el “Tártaro” como si fuera un departamento del “Hades”, una especie de sala de tortura subterránea. “sí es como forma parte de la teología-ficción de los círculos inmortalistas. Sin embargo, como todo investigador serio puede verificar, se trata de una noción basada exclusivamente en fábulas del paganismo precristiano, sin un ápice de apoyo en las Sagradas Escrituras. Todo intento de convertir al judío Pedro en un pagano griego, o en un filósofo helenista, carece de todo fundamento.

Es verdaderamente infortunado que los términos “She=ol”, “Hades” y “Gehenna” hayan sido todos ellos traducidos por “infierno”, y lo peor de todo es que “tartaroo” haya sido vertido por “lanzados al infierno”, cuando tales voces no son en absoluto sinónimas. La traducción al servicio de la teología inmortalista ha servido frecuentemente para perpetuar las oscuras ideas respecto al estado intermedio y el castigo divino. No olvidemos que el hebreo “She=ol” y el griego “Hades” significan sólo, única y exclusivamente “lugar de los muertos”, es decir, el “lugar” donde los difuntos duermen el sueño de la muerte, hasta que suene la trompeta de Dios. Por el contrario, “Gehenna” es el lugar del castigo final, después de la celebración del juicio divino.

No debemos tomar ideas prestadas del pensamiento mitológico de los antiguos griegos para construir nuestra teología. “firmar, como hacen los inmortalistas, que estos ángeles caídos y los pecadores humanos inconversos, se encuentran juntos en un lugar de fuego y tormento, es acusar a Dios de dar castigos antes de la

celebración del juicio, y, por consiguiente, forma parte de las artimañas diabólicas para desprestigiar al Señor nuestro Dios, y atribuirle actitudes de injusticia:

“Hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino... Pero se sentará el Juez, y le quitarán su dominio (al dirigente que “quebrantará a los santos del Altísimo, y pensará en cambiar los tiempos y la ley”, v. 25) para que sea destruido y arruinado hasta el fin, y que el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán.” (Daniel 7:22, 26-27).

“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?” (1ª Corintios 6:2-3).

“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:10-15).

Es evidente que bajo la designación de “Tártaro” se nos presenta un lugar de detención, de confinamiento temporal, nunca de tormento ni de castigo eterno, para Satanás y los ángeles caídos, que están reservados para el juicio divino y su destrucción final:

“Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser.” (Ezequiel 28:19).

“Tártaro” no tiene nada que ver con los humanos, como nos enseña el apóstol Pedro:

“Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio.” (2ª Pedro 2:9).

Ahora bien, la expresión “por los siglos de los siglos”, como hemos leído en Apocalipsis 20:10-15, unida a Apocalipsis 14:9-11, donde se nos dice que “si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”, lleva a pensar a muchos que el tormento será eterno en cuanto a duración. Sin embargo, es importante considerar que en Apocalipsis hallamos varios términos figurativos o

simbólicos, como es el caso de la figura del “humo” en el capítulo 14 y versículo 11. Parémonos a considerar qué es el “humo”, sino la reliquia informe de un objeto que ha sido consumido o descompuesto por la acción del fuego. Se trata de un emblema figurativo, un vestigio o rastro efímero de algo que ha pasado, de algo que ha dejado de ser, incluso podemos contemplarlo como una prueba de algo que ha sido destruido. Por consiguiente, la figura del “humo” más el calificativo o la descripción de una permanencia “para siempre”, referida al “humo”, es un recordatorio perpetuo ante el universo de una ruina irreparable; es decir, el testimonio del propósito eterno del fuego de Dios, con el cual muchas veces el Señor ha ejecutado sus juicios, como ya hemos visto en este estudio.

Este “humo” declara que Dios ha consumido, destruido, borrado a los malvados. Ese es el sentido de la muerte segunda. Por lo tanto, la perpetuidad no tiene intencionalidad de tormento ni tortura, sino que, en el último análisis, su propósito es la muerte definitiva causada por el fuego eterno, es decir, el fuego que proviene de la eternidad divina, el que no puede ser apagado por el hombre ni por ninguna otra fuerza de la creación.

Es cierto que en Apocalipsis14:11, como hemos visto, se alude a un “tormento”. Sin embargo, nada en este texto hace referencia a la supuesta eternidad del mismo:

“Y miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno.” (Génesis 19:28).

“Como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos (“los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada”, v. 6), habiendo fornicado he ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.” (Judas 7).

Es evidente que fue el “fuego eterno” el que destruyó aquellas ciudades corruptas en la antigüedad, pero la prueba manifiesta de que el carácter eterno del fuego no hace referencia a su duración sino a la imposibilidad de impedir que realice la función destructora para la que el Señor lo envía, se desprende indiscutiblemente del hecho de que ese fuego dejó de arder una vez que cumplió su cometido.

Es importante recordar que en Apocalipsis20:15 y 21:8, donde se alude a los perdidos, no se menciona ni se especifica ninguna duración expresada en términos de tiempo. El fuego divino realiza siempre la función de juicio destructor para el que es enviado, apagándose después de haber ejecutado su obra. Tengamos muy presente que el juicio de Dios se realizará en la tierra, en esta segunda tierra en la que nos hallamos ahora, no en la nueva tierra que Dios prepara, donde ya no habrá pecado, maldición, injusticia, dolor, ni lágrimas, angustias ni enfermedad ni muerte:

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis21:4).

“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella (en la Jerusalem celestial), y sus siervos le servirán.” (Apocalipsis22:3).

Todas estas cosas habrán acontecido, en concordancia con los términos que nos da el apóstol Pablo en Romanos 6:23:

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

La intención de la figura del “humo” que asciende “para siempre” puede ser interpretada a la luz de otros textos de las Sagradas Escrituras. Para ello comenzaremos con un pasaje del profeta Isaías:

“Y sus arroyos se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra en brea ardiente. No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo; de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella.” (Isaías 34:9-10).

El profeta habla de Edom, según se desprende del versículo 6:

“Llena está de sangre la espada de Jehová, engrasada está de grosura, de sangre de corderos y de machos cabríos, de grosura de riñones de carneros; porque Jehová tiene sacrificios en Bosra, y grande matanza en tierra de Edom.” (Isaías 34:6).

El original hebreo dice: “lenesaj neshajim”, es decir, literalmente “perpetuidad de perpetuidades”. A continuación, la Palabra del Señor nos da la oportuna explicación del sentido de esta expresión, mediante una cláusula aclaratoria:

“Se adueñarán de ella el pelícano y el erizo, la lechuza y el cuervo morarán en ella; y se extenderá sobre ella cordel de destrucción, y niveles de asolamiento.” (Isaías 34:11).

Es evidente que el sentido es que Edom quedará en un estado de perpetua y absoluta desolación, no un tormento sin fin, ni un estado de perenne dolor y sufrimiento. Si el lugar donde el fuego ardía, con el paso del tiempo, queda en desolación, mientras el humo asciende como señal del recuerdo del juicio divino, tal y como lo enseña Isaías, y como la historia lo constata, así será igualmente el humo de la Gehenna, después de que el fuego divino haya realizado el propósito para el cual será enviado en el Gran Día de Dios.

Respecto de las expresiones que aparecen en Apocalipsis 14:10-11, tales como a) “atormentado con fuego y azufre”; b) “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos”; y c) “y no tienen reposo ni de día ni de noche”, debemos tener en consideración que todas estas expresiones hacen referencia al castigo de una clase especial de seres, cuya culpabilidad es igualmente especial. Sobre ellos, en el día en que el Señor dará su retribución, la ira del Santo será derramada sobre ellos en todo su rigor. Se trata, por tanto, de un castigo especialmente severo. Pero, aún así, el texto no dice que el castigo será un tormento que continuará para siempre. Lo que sí dice es que “el humo de su tormento” ascenderá por los siglos de los siglos. No dice que el tormento proseguirá siglo tras siglos, sino que el humo, como señal del juicio divino, quedará por siempre como recordatorio de la justa retribución del Señor para con los perversos. Hagamos memoria de las palabras del Salmista al respecto:

“Mas los impíos perecerán, y los enemigos de Jehová como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo.” (Salmo 37:20).

Todo el Salmo 37 es una lección sobre el juicio de los impíos, no como un tormento sin fin, sino como “muerte”, conforme a la enseñanza de que la paga del pecado es muerte:

“No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán... Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz... Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos... Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre. Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a sus santos. Para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella... Espera en el Señor, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás. Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no fue hallado. Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz. Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida.” (Salmo 37:1-2, 8-11, 22, 27-29, 34-38).

Por este texto, y muy especialmente del versículo 38, donde se dice que “los transgresores serán todos a una destruidos”, queda evidenciado que el juicio retributivo de los impíos no se efectuará uno a uno, inmediatamente después del óbito individual de cada uno de ellos, sino que Dios les juzgará en el mismo día y hora, “todos a una destruidos”.

También se desprende que el “humo” de los condenados a muerte eterna no se reunirá ni se reorganizará para formar personalidades individuales. El sentido del carácter perenne del “humo”, como señal del juicio emitido por el “Itísimo”, se desprende igualmente del texto referente a Babilonia, la cual también, en su sentido místico, será juzgada por el Señor, y su “humo” igualmente ascenderá para siempre:

“Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis 19:1-3).

Efectivamente, la ascensión para siempre del humo marca la huella imborrable del juicio divino, pero no significa que el incendio dure como tal por siempre jamás. El sentido de esta frase no es que el incendio esté ardiendo para siempre, por cuanto la destrucción final de Babilonia se describe claramente:

“Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga...Y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: ¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?... Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada.” (Apocalipsis 18:8, 18, 21).

La destrucción será hasta dejar de ser, hasta “nunca más ser hallada”. Babilonia no estará ardiendo sin cesar, existiendo siempre en tormentos y dolores sin fin, sino que arderá hasta que el fuego de Dios cumpla el fin para el que el Señor lo envía, hasta que cese en su existir. De manera que, de la misma forma que se nos dice que Babilonia dejará de existir, pero su humo ascenderá para siempre, así se nos dice también en todos los casos que el humo del fuego divino ascenderá para siempre, como atestado perpetuo o recordatorio eterno de su incendio, hasta su destrucción. Del mismo modo, el propio Satanás también dejará de existir. El “padre de mentira”, como le denomina nuestra Señora Jesucristo en Juan 8:44 (Génesis 3:4), será igualmente destruido para siempre en el fuego de la Gehenna, especialmente preparado para él y sus ángeles.

La falsedad de la mentira satánica por excelencia -“no moriréis”- ha querido el Santo Espíritu de Dios que quedara registrada en las Sagradas Escrituras para que estemos advertidos, e igualmente la verdad divina -“y fueron todos los días que vivió Adam novecientos treinta años; y murió”- de manera que la Biblia atestigüe sin lugar a dudas que Satanás mintió a Adam, y así perpetuó este engaño en la posteridad de la raza humana. De ese modo quedó universalmente evidenciada la mentira satánica, y él mismo sufrirá las consecuencias de su mentira y de su engaño, pues será lanzado al lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. Satanás dejará de ser. Y de ese modo será cancelada la primera mentira, con la aniquilación de todos los mentirosos. Todas las penas, dolores, enfermedades y miserias quedarán anuladas para siempre por la destrucción de Satanás, y con él, todos los agentes y signos de mentira, engaño y muerte. La destrucción del maligno marcará la conclusión del Gran Día de Dios. Toda falsedad y horror, todo engaño y maldad, dejarán de ser. La Palabra de Dios, su sabiduría y poder, su ley y su justicia, su gracia y su misericordia, su santidad y soberanía universal, quedarán establecidas para siempre. Entonces acontecerá el adviento de los nuevos cielos y la nueva tierra.

“Entonces dirá (el Señor) también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.” (Mateo 25:41).

Muchos no se percatan del hecho de que el dogma del “tormento eterno”, en las iglesias inmortalistas, conlleva la noción pagana del dualismo. El postulado del inmortalismo incondicional implica la asunción de la eternidad del pecado. Si fuese como enseñan los inmortalistas, se precisarían cuerpos especiales para los malvados e impíos, para que al resucitar pudieran sufrir para siempre. En segundo lugar, los redimidos tendríamos que vivir siempre sabiendo que había hombres que sufrirían por siempre, sin posibilidad de poder cambiar su destino. En tercer lugar, habría una actividad eterna en la muerte, y la obra consumada de nuestro Señor Jesucristo se vería negada por todo ello.

Es más que evidente que todas estas implicaciones entran en conflicto con las enseñanzas de la Palabra de Dios. Y lo que es más, todo esto supondría la coexistencia eterna del mal y el bien, de Satanás y de Dios. Esta es la implicación del embrollo platónico-cristiano que se da en las iglesias del cristianismo paganizado hasta nuestros días, donde se ha escondido desde tiempos pasados para sobrevivir.

Según la tesis inmortalista, el pecado y Satanás, el dolor y la maldición, los pecadores y la muerte, existirán mientras exista Dios; es decir, mientras Dios sea Dios. Pero en Apocalipsis se niega este concepto pagano, cuyos orígenes se encuentran en el zoroastrismo persa, desde el cual se transmitió a lo largo y ancho de toda la tierra.

¿Cómo puede coexistir el mal con el Dios Absoluto, “el único que tiene inmortalidad”? (1ª Timoteo 6:15-16). Es evidente que se trata de conceptos incompatibles y antagónicos. El lago de fuego y azufre, que es la muerte segunda, no existirá eterna y simultáneamente con la Nueva Jerusalem y el campamento de los santos. El fuego no durará eternamente para torturar sin cesar a los malvados e impíos en el ardor de la Gehenna. El árbol de la vida no estará plantado en las arenas próximas al lago que arde con fuego y azufre. En su debido momento, cuando haya completado su misión, se apagará el fuego del juicio divino, de la misma manera que se apagó el fuego eterno con el que nuestro Dios juzgó a las ciudades de la llanura, a Sodoma y Gomorra, con las ciudades-estado vecinas, como Idumea y otras, al igual que en todas las ocasiones en que el Eterno envió su fuego, el cual, después de cumplir su misión de destruir a Satanás, con los ángeles caídos y los hombres impíos, se apagará, para quedar solamente el humo del recuerdo.

No olvidemos que la existencia real y la actividad maléfica de los ángeles caídos ha sido un factor fundamental en el gran enfrentamiento entre Dios y Satanás, y por ende también entre los fieles y los impíos. En el trasfondo de todas las luchas terrenas, las guerras y enfrentamientos de los hombres, se encuentra la rebelión original que conmovió al universo, cuando parte de los principados angélicos y las potestades superiores se rebelaron contra la Majestad divina en las alturas:

“Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.” (Apocalipsis 12:7-12).

La tierra fue arrastrada por este trágico conflicto en los días de Edén (Génesis, capítulos 1 al 3), cuando el maligno engañó al hombre en su estado de inocencia.

Sin embargo, este terrible conflicto celestial llegará a su fin en esta tierra, donde Satanás quedará confinado durante el milenio:

“Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.” (Apocalipsis20:1-3).

El ataque sin precedentes que se describe en este capítulo 20 de Apocalipsis, al concluir el milenio, será la última batalla en la historia del universo. El campo de batalla será esta tierra. Aquí se librarán la contienda final. Aquí será eliminado el gran rebelde contra Dios y su Cristo. En el lugar donde engañó al hombre para separarlo de Dios, el Señor procederá a eliminarlo definitivamente:

“Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.” (Apocalipsis20:7-10).

Del mismo modo que los cielos y la tierra actuales son reales, igualmente lo serán los nuevos cielos y la nueva tierra, conforme a las Escrituras, después del período de transición que la Biblia presenta bajo la denominación de “Día del Señor”:

“Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh hombres, no ignoréis esto: que para con Dios un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con todos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.” (20 Pedro 3:7-13).

“Al concluir este período retributivo, que la Escritura presenta como “Día del Señor”, entonces el Bendito será Señor de toda la tierra; es decir, que nuestro Dios será reconocido como Rey del universo en toda la redondez de la tierra, según hemos visto en la profecía petrina. El trágico engaño del pecado no se perpetuará, sino que desaparecerá para siempre. Ese será el tiempo profetizado por Isaías y siglos después por Juan:

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra, y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento.” (Isaías 65:17).

“Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre.” (Isaías 66:22).

Los cimientos de la Nueva Jerusalem estarán plantados eternamente sobre esta tierra, renovada y restaurada por la mano poderosa de Dios, destinada para continuar por toda la eternidad. El árbol de la vida, tomado del paraíso de Dios en Génesis, será restaurado en la nueva tierra. Y el hombre, que fuera destituido de la presencia de Dios, morará entonces en la presencia del Altísimo, Señor de toda la tierra:

“Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado.” (Isaías 54:5).

Se cumplirá la promesa del Señor, anticipada durante los días de Jesús en la carne entre los hombres, cuando vino como “Siervo Sufriente”, de volver como “Mesías Triunfante” para morar con los hombres y ser nuestro Dios. Entonces ya no habrá más maldición, conforme se nos profetiza en Apocalipsis:

“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estarán en ella (en la ciudad celestial), y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.” (Apocalipsis22:3-4).

En el lugar de la caída, el Señor hará restauración. En el lugar de la expulsión, Dios dará su invitación a participar del fruto del árbol de la vida:

“Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.” (Génesis 3:22-24).

Si el Señor hubiera permitido al hombre, tras la caída, alargar su mano y participar del árbol de la vida, el pecado se habría perpetuado, habría alcanzado la inmortalidad en estado pecaminoso, y, por lo tanto, separado de Dios y destituido de su gloria por toda la eternidad. Sin embargo, ahora la restauración ha sido hecha en la sangre de Jesucristo. Por su sacrificio en la Cruz del Calvario, el hombre puede proceder al arrepentimiento del pecado y a la fe en el Unigénito Hijo de Dios:

“Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad. Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira... Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” (Apocalipsis22:14-15, 17).

La existencia transitoria de esta tierra dará lugar a las moradas eternas a las que Jesús aludió en Lucas 16:9:

“Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas.”

¿Qué son las “riquezas injustas”, o más literalmente “las riquezas de este mundo”? Son, sencillamente, las riquezas obtenidas en esta tierra, las cuales, por muy limpias que nos parezcan, siempre están contaminadas por alguna injusticia en la manera de obtenerlas o en el uso que de ellas se haga. La segunda cuestión sería quiénes son esos amigos que el Señor nos aconseja hagamos. Evidentemente, el amigo supremo que hemos de procurar hacer es el propio Señor, pero también han de ser los “pequeños”, los pobres, indefensos e injusticiados, ignorantes e ignorados de entre los hombres, por cuanto lo que a ellos hagamos se lo estaremos haciendo al Mesías, a Jesús de Nazaret:

“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”(Mateo 25:40).

Es decir, sólo compartiendo con los necesitados lograremos que de nuestras riquezas desaparezca esa parte de injusticia o mundanidad inherente a las mismas. Si el Reino de los cielos es de los pobres en espíritu (Mateo 5:3), entonces hemos de entender que seremos recibidos con amor imborrable por aquellos para con quienes hayamos vivido una auténtica caridad cristiana. La gratitud despertada por la práctica de la beneficencia subsistirá incluso en el mundo venidero. Habrá memoria eterna de todos cuantos vivan la práctica del amor y del perdón misericordioso.

La promesa del Señor es la aniquilación de la muerte. “sí se inaugurará la vida eterna. El justo castigo de Dios a los pecadores impenitentes se habrá cumplido, y pasará a pertenecer al más remoto pasado. Dios y su justicia reinarán para siempre, y los redimidos por la sangre del Cordero moraremos con nuestro Señor en un universo limpio. La muerte y todos los signos necrófilos desaparecerán para siempre, por cuanto la propia muerte habrá sido destruida:

“Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte.” (1ª Corintios 15:26). (Ver también 2ª Timoteo 1:10; Apocalipsis20:14; 21:4).

El propio Satanás, como ya hemos considerado, el instigador de la muerte, será destruido por la obra de Cristo Jesús:

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él (Jesús) también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” (Hebreos 2:14). (Ver también Apocalipsis20:10; Ezequiel 28:18-19).

“sí se efectuará la regeneración del universo. El propósito divino del Edén será llevado a cabo por Dios nuestro Señor en toda su plenitud, y la redención realizada por el Hijo alcanzará hasta sus últimas consecuencias. Tengamos muy presente que

el Señor no creó esta tierra para ser un inmenso cementerio, sino para ser habitada por sus hijos e hijas, por una raza de seres santos. Dios quiere la felicidad para los suyos, pero ésta no es posible fuera de la santidad. Las glorias predichas y cantadas por los profetas y apóstoles de la antigüedad se cumplirán al milímetro. Ninguna de las palabras de Dios quedará sin cumplirse. La belleza de sus escritos bíblicos quedará opaca ante las realidades mismas, para las cuales el lenguaje humano siempre será limitado.

La multitud de los redimidos por la sangre del Cordero, incontable y procedente de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas (Apocalipsis7:9), cuyos nombres estarán inscritos en el libro de la vida, seremos revestidos por el manto de la justicia del Mesías, restaurados por la corona de vida eterna (Apocalipsis2:10), y alabaremos al Príncipe de paz y Autor de la vida (Hechos 3:15), quien nos redimió con su propia vida, es decir, con su sangre. Entonces se nos concederá el derecho a acceder al Paraíso de Dios en la tierra renovada, para beber gratuitamente del agua de la vida, y a comer del fruto del árbol de la vida. El pecado habrá sido destruido, comprendida la muerte, y por lo tanto, podremos extender nuestra mano para comer de la vida eterna, sin peligro de que el pecado se perpetúe. Por eso es que todos los textos en Apocalipsis donde se presenta la fuerza del principio vital divino, la absorción de la muerte por la vida, como corona de la definitiva victoria de Dios en su Gran Día, manifiestan inequívocamente que será entonces, y nunca antes, cuando se heredarán todas las promesas del Señor:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. “l que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.” (Apocalipsis2:7). (Ver también Apocalipsis2:10; 3:5; 11:11; 13:8; 17:8; 20:12, 15; 21:6, 27; 22:1-2, 14, 17, 19).

Son quince las veces en que en Apocalipsis se presenta la vida como don supremo de Dios, otorgado por nuestro Señor, quien es exclusivo dador de la vida a los redimidos, y siempre como parte inseparable de las provisiones divinas para la eternidad, es decir, para el mundo venidero. Esas provisiones son el fruto del árbol de la vida, la corona de la vida eterna y el agua de la vida. El acceso a la eternidad en la presencia de Dios nuestro Señor no será posible sin estar equipados con estas gracias divinas. Por eso es que Apocalipsis concluye con la promesa de Jesucristo - “ciertamente vengo en breve”- y la expresión de anhelante expectativa del Segundo Adviento por parte de Juan, quien no exclama: “¡Llévame contigo, Señor!”, sino “¡Amén; sí, ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis22:20-21). Y, naturalmente, estas son las notas de gozosa confianza con que concluye el libro de Apocalipsis, la Revelación de Jesucristo, quien es la Resurrección y la Vida, por cuanto Jesús es la piedra reprobada por los edificadores, “la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 4:11-12).

EL DESTINO DEL HOMBRE SEGÚN JUAN.

El pensamiento central de los escritos joaninos es que la vida está en Cristo Jesús, y sólo es por medio de Él. Tanto las epístolas como el Evangelio que lleva su nombre, están infundidas del mismo tema sublime del misterio de la vida. Cristo es presentado como la única fuente, el exclusivo origen y la personificación de la vida. La expresión “vida eterna” aparece hasta seis veces en esta breve carta. Juan comienza y termina su Primera Epístola Universal con el pensamiento dominante de la vida eterna en Cristo Jesús. Estas son sus primeras palabras, en las que escuchamos el eco del prólogo del Evangelio:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1:1-4, 14).

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de Vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido.” (10 Juan 1:1-4).

Y en estos versículos con que Juan comienza su epístola, vemos la secuencia de la vida -manifestada, prometida y poseída- en Cristo Jesús. La expresión griega “Logou tes zoes”, “Palabra de vida”, es el cumplimiento de la promesa divina:

“Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna... Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.” (10 Juan 2:25; 3:14).

Esta Primera Epístola de Juan concluye con el mismo pensamiento dominante, en el cual se nos revela también el acontecimiento de la vida eterna como una relación recíproca:

“Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna.” (10 Juan 5:20).

En medio de los estragos producidos por las ideas apriorísticas de tantos cristianos de nuestros días, además de la poderosa influencia humanista de parte de los filósofos disfrazados de teólogos, tan profundamente entroncada en las diversas corrientes del platonismo invasor de la fe cristiana, no podemos olvidar que, conforme a las Sagradas Escrituras, la posesión de la vida eterna no radica en el ser humano, sino que está condicionada a que Cristo, por su Espíritu, more en el hombre. “sí es como los redimidos poseemos la vida eterna ahora, como un don, un regalo de Dios, estando revestidos de Cristo, por cuanto la vida sólo está en el Hijo. Juan da inequívoco testimonio de que todo el tema de la vida eterna gira en torno a esta relación personal del hombre con su Señor. La radicalidad de Juan no puede ser mayor:

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (10 Juan 5:12).

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él (Jesucristo) se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” (1 Juan 3:2).

“Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.” (10 Juan 5:11).

La posesión de la vida eterna queda, por consiguiente, condicionada absolutamente a la morada de Cristo Jesús, por la bendita Persona del Espíritu Santo, en el corazón del fiel. Todo aquel que cree y experimenta esta relación con el Señor tiene la vida eterna, está revestido de Cristo y ha pasado de muerte a vida:

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida.” (10 Juan 3:14).

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán.” (Juan 5:24-25).

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.” (Juan 6:54).

“De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte.” (Juan 8:51).

Todo el propósito de las Cartas de Juan se centra, según sus propias palabras, en este conocimiento y en esta vivencia:

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.” (10 Juan 5:13).

LA PARÁBOLA DEL RICO Y LÁZARO.

Esta parábola está entre los argumentos más empleados en defensa de las doctrinas paganas de la inmortalidad del alma descarnada y del infierno como tormento sin fin. Vamos a recordarla y procederemos a estudiarla meticulosamente:

“Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos.” (Lucas 16:19-31).

La parábola presenta aspectos muy interesantes para analizar. Si los ignoramos, fácilmente podemos malentender el propósito con el que Jesús la relató. El mendigo se llama Lázaro. El rico no recibe nombre. La diferencia entre ambos es la que media entre ser reconocido y no serlo por Dios. “Tener nombre” es conocer y ser conocido por el Señor. No olvidemos que el propio nombre de “Lázaro” significa “Dios es mi ayuda o mi ayudador”. Aquel hombre adinerado estaba sano, vestía la mejor ropa y organizaba banquetes espléndidos cotidianamente, a los cuales invitaba a su círculo de amigos. Pero jamás reparó en Lázaro, el mendigo, sarnoso o leproso, probablemente lisiado, muy enfermo, por lo que no podía trabajar para ganarse la vida. Lázaro estaba echado a la puerta de la mansión del rico y mendigaba. Con esa descripción, Jesús acusa al rico y sus amigos, no a toda la sociedad. Esto es importante tenerlo en cuenta, porque muchísimos son los que bajo la designación de “sociedad” pretenden escapar de su responsabilidad personal.

Ahora bien, no hay ninguna acusación de pecado por estar sano, vestir elegantemente, ser generoso e invitar a comer a los amigos. Ninguna de esas cosas es mala en sí. El signo acusador sobre aquel hombre rico apunta más bien a estar ocupado solamente en su propia vida, intereses y placeres, mientras ignoraba la realidad del mendigo Lázaro, el que estaba siempre a su puerta, pero le pasaba inadvertido. Mientras tanto, Lázaro esperaba que las migajas de pan, que se empleaban en la época como nuestras servilletas, cayeran de la mesa del banquete. La debilidad de Lázaro se desprende del hecho de que los perros vinieran a él para lamerle las llagas, de lo que se manifiesta también que su falta de fuerzas era tal que ni siquiera tenía ánimo para espantarlos. El rico gozaba de abundancia en su mesa, desde la cual tiraba las migajas con que se limpiaba la boca, y que Lázaro esperaba ansiosamente para llevarse algo al estómago.

La doctrina más generalizada entre los cristianos defensores del inmortalismo incondicional afirma que en el infierno están ardiendo las almas de los condenados, y así estarán hasta el día del juicio final, y a partir de entonces arderán los cuerpos y las almas de los condenados por toda la eternidad. Ahora bien, teniendo en cuenta esta doctrina, es evidente que esta parábola de nuestro bendito Salvador contradice frontalmente las pretensiones inmortalistas. Primeramente, porque el relato de nuestro Señor se sitúa en un momento antes de la celebración del juicio final. ¿Cómo podemos afirmar esto? Porque el rico le pide a Abraham que envíe a Lázaro a la casa de su padre para que hable a sus cinco hermanos, y les convenza de la realidad del castigo eterno, a fin de que se arrepientan, cosa que sería imposible realizar después de haberse celebrado el juicio final. (vv. 27-29).

En segundo lugar, y según la enseñanza de los inmortalistas, antes de la celebración del juicio final no pueden estar juntos el alma y el cuerpo en el infierno. La parábola no dice que el alma del rico estuviera en el infierno, sino que el rico fue sepultado y estaba en el Hades, es decir, en la sepultura o lugar de los muertos. De manera que allí no podía estar el alma, sino el cuerpo. (vv. 22-23).

En tercer lugar, tampoco se dice absolutamente nada acerca del alma de Lázaro, sino que se menciona su “cadáver”, pues lo que se dice es que “murió el mendigo... y murió también el rico”. (v. 22). No hay ninguna mención a la muerte de una parte de estos hombres, sino al óbito de cada uno de ellos. Cualquier otra interpretación será, como venimos repitiendo insistentemente, proyección de alguna creencia apriorística por nuestra parte.

Es evidente que nuestro Maestro no proclamó esta parábola para enseñarnos acerca del infierno, sino que la empleó para enseñar que quienes no creen en el testimonio de las Sagradas Escrituras, aunque resucitara uno de entre los muertos y les dijera que si no se arrepentían iban a ir a un lugar de tormento por fuego, tampoco harían caso. (vv. 27-31).

Ahora bien, Jesús demostró la realidad de su enseñanza resucitando a un muerto que, curiosamente, también se llamaba Lázaro, y no nos parece que se trate de una coincidencia casual:

“Jesús clamó a gran voz: (Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.” (Juan 11:43-44).

Muchos creyeron al ver este milagro: “Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.” (Juan 11:45). Otros corrieron a llevar las noticias a las autoridades judías: “Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho.” (Juan 11:46). La decisión de las autoridades religiosas fue sentenciar a muerte a Jesús a partir de aquel mismísimo momento:

“Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron al concilio, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día acordaron matarle.” (Juan 11:47-53).

También decidieron asesinar a Lázaro, para destruir la prueba irrefutable, y de ese modo nadie creyera en Jesús al ver a Lázaro resucitado:

“Gran multitud de los judíos supieron entonces que él (Jesús) estaba allí, y vinieron, no solamente por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien había resucitado de los muertos. Pero los principales sacerdotes acordaron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.” (Juan 12:9-11).

Fue para enseñar Jesús la realidad de la incredulidad de aquellas autoridades religiosas, y confrontarles con su dureza de corazón, para lo que nuestro Señor relató esta parábola del rico y Lázaro, en la que presentó a las autoridades de la nación bajo la figura del hombre acaudalado, y al pueblo sencillo e ignorante bajo la figura del mendigo Lázaro. “demás, conviene que nos percatemos del hecho de que Jesús les presenta a ambos como personas, como seres completos, no sus almas descarnadas, si bien a uno de ellos le presenta en una situación de privilegio, y al otro en una de sufrimiento. Curiosamente, ambos están cerca, pero no se pueden juntar, de manera que el rico puede dialogar con “braham, en cuya boca pone Jesús una firme sentencia contra quienes se creían sus hijos sobre una base etnocéntrica y nacionalista:

“Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es “braham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de “braham, las obras de “braham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os ha hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto “braham.” (Juan 8:39-40).

¿Por qué presenta Jesús a estos dos hombres fallecidos (ellos, no sus almas) como si estuvieran vivos en el lugar de los muertos? ¿Por qué esta aparente

contradicción? Sencillamente, nuestro Salvador emplea la figura de dicción que conocemos en el mundo greco-latino como “prosopopeya”, y que consiste, en este caso, en atribuir a personas muertas, que pueden ser verdaderas o figuradas, las facultades de los seres vivos, poniendo en sus bocas las palabras que el narrador desea expresar. No es la única vez que esta figura aparece en el texto bíblico. Veamos un claro ejemplo:

“Entre los muertos a espada caerá; a la espada es entregado; traedlo a él y a todos sus pueblos. De en medio del Seol hablarán a él los fuertes de los fuertes, con los que le ayudaron, que descendieron y yacen con los incircuncisos muertos a espada.” (Ezequiel 32:20-21).

Recordemos que, comenzando por el primer texto de la Biblia, el Señor nos presenta solamente dos posibilidades para el futuro del hombre: La vida o la muerte:

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar.” (Deuteronomio 30:19-20).

Respecto a quienes enseñan que esta es una enseñanza veterotestamentaria, pero que en las Escrituras del Nuevo Testamento hallamos una revelación más completa, hemos de recordarles que nuestro Señor Jesucristo enseñó exactamente lo mismo:

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Mateo 7:13-14).

“quí es muy interesante constatar que la palabra original griega empleada en el versículo 13 para “perdición” es “apoleia”, término que aparece en la traducción griega del Antiguo Testamento conocida como “Septuaginta” o versión de los LXX, en el Salmo 88, para traducir la voz hebrea “abadón”, sobre la que reflexionamos anteriormente:

“¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el “badón?” (Salmo 88:11).

Este vocablo nos viene de la raíz caldea “abad”, cuyo significado es “perecer”, “destruir”, “ser deshecho, sin tener forma de huir”. En su forma sustantivada se emplea con el sentido de “abandono de algo o de alguien para que se arruine o eche a perder hasta su completa destrucción.” Por consiguiente, “abadón” ha de entenderse como “lugar de exterminio”. Por tanto, al manifestar Jesús que “el camino ancho lleva a la perdición” (Mateo 7:13), esa perdición es la muerte, como hemos visto en Deuteronomio 30:19-20, y una muerte por destrucción total, como le fue mostrado al apóstol Juan en Apocalipsis:

“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.” (Apocalipsis 20:9). (Ver también los siguientes textos donde “abadón” aparece en forma verbal o sustantivada: Éxodo 10:7; Levítico 23:30; Números 24:19; 33:52; Deuteronomio 7:10, 20, 24; 9:3; 11:4; 12:2-3; 28:51, 63; Josué 7:7; 21 Reyes 10:19; 11:1; 13:7; 19:18; 21:3; 24:2; Ester 3:9; 4:7, 14; 8:5; 9:6, 12, 24; Salmos 5:6; 9:5; 21:10; 119:95; 143:12; Proverbios 1:32; 11:7; 29:3; Isaías 37:19; 29:14 (cf. 10 Corintios 1:19); 26:14; Jeremías 1:10; 12:17; 15:7; 18:7; 23:1; 31:28; 46:8; 49:38; 51:55; Lamentaciones 2:9; Ezequiel 6:3; 22:27; 26:17; 28:16; 30:13; 32:13; Abdías 8; Miqueas 5:10; Sofonías 2:5, 13.).

Es más que evidente que la doctrina de la existencia de un infierno de fuego, donde ya se están abrasando las almas de los condenados, fue necesario inventarla, entre otras causas, por haber adoptado la iglesia postapostólica la creencia extrabíblica de la inmortalidad del alma. “sí lo expresa la Iglesia Católica Romana, cuando manifiesta que el infierno “es un calabozo horrible y muy oscuro, donde con fuego perpetuo, y que nunca se apagará, son atormentadas las almas de los condenados junto con los demonios.” (Catecismo del Santo Concilio de Trento para los párrocos, ordenado por disposición de San Pío V, parte I, capítulo VI, 3.).

En ese mismo catecismo, nunca abrogado por Roma, se asegura que después de la resurrección, los condenados poseerán un cuerpo inmortal, por medio del cual sufrirán el gran tormento eterno. Textualmente dice así: “También los cuerpos de los malos resucitarán enteros. Esto también se afirma de los malos con mucha verdad, y aun cuando por su culpa les hubieren sido cortados los miembros; porque cuantos más tuvieren, tanto serán atormentados con dolores más fuertes. Y así esa restitución de miembros no ha de redundar en beneficio de ellos, sino en calamidad y desventura... todos los cuerpos de los resucitados, es en que estando antes sujetos a las leyes de la muerte, después de resucitados a la vida, todos quedarán inmortales, sin haber en esto diferencia entre buenos y malos.” (Op. Cit., parte I, capítulo XII, 11, 12). No podemos imaginar una enseñanza más adversa al testimonio de las Sagradas Escrituras.

Por otra parte, se dice que “con todo derecho ha podido la Iglesia (Católica Romana) definir el dogma del infierno y de su eternidad como dogma, que hay que creer para poder salvarse.” (Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-“mericana”, Espasa Calpe, S.”., Madrid, 1925, tomo 28, p. 1424).

Ahora bien, no pensemos que esto es así en documentos romanistas antiguos, como si las cosas hubieran cambiado con el paso de los siglos. No olvidemos que la Iglesia de Roma jamás ha reconocido error alguno. No puede retractarse de nada, y al mismo tiempo mantener su dogma de infabilidad papal. Simplemente, suelen guardarse ciertas manifestaciones, dejándolas empolvarse en el olvido de las gentes. Sin embargo, cuando vamos a los documentos de algo tan reciente como el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, allí también encontramos alusiones al infierno eterno para las almas descarnadas. Textualmente dice que “irán al fuego eterno”, citando el texto de Mateo 25:41 (“Documentos Conciliares Completos”, Editorial Razón y Fe, Madrid, 1967, p. 277). De esta manera, los pobres católicos, generalmente desconocedores de las Sagradas Escrituras, no reparan en que en el texto

evangélico aludido no se mencionan las supuestas almas descarnadas en absoluto; sino que el “fuego” es calificado como “eterno” porque proviene de Dios para cumplir un cometido imposible de obstaculizar, sin que nadie lo pueda apagar mientras realiza su función eterna.

Respecto a los redimidos, la solución resultó más fácil: Su alma se iría directamente a gozar de la presencia de Dios en el cielo. Pero, ¿dónde iría el alma de los inconversos? Lógicamente, habría que buscarle un destino opuesto, de modo que la doctrina de un infierno ya existente serviría para solucionar este problema. “El mismo tiempo, esta doctrina serviría, y sigue haciendo tal función, como elemento coercitivo para dominar a muchos hombres mediante el temor. Millones de seres han asistido toda su vida a los servicios de las iglesias movidos exclusivamente por temor, sin un ápice de amor a Dios. Otro importante contingente de personas han vivido, incluso hasta el día de hoy, atormentadas por la incertidumbre del destino de su alma por toda la eternidad. Y qué decir de tantos que han vivido, y viven, sufriendo por la posibilidad de que alguno de sus seres amados estuviera abrasándose para siempre en las llamas del infierno de fuego, sufriendo, no un castigo, sino un monstruoso tormento ilimitado. Los nefastos efectos de esta doctrina llegan hasta convertirse en la causa de la gran división de la cristiandad en el siglo XVI. No olvidemos que la venta de las indulgencias por parte de Roma fue el disparador que puso en marcha a la Reforma, si bien ésta no reparó en las causas sino en los efectos.

Después de todo lo dicho, quien desee seguir defendiendo la doctrina del infierno eterno, basada en la inmortalidad del alma descarnada, deberá tener en cuenta las dos siguientes cuestiones fundamentales, que exigen una respuesta escritural apoyada en la enseñanza general de las Sagradas Escrituras. Las dos consideraciones que hemos de tener muy presentes para responder son las siguientes:

Primeramente, que la vida eterna es un don que Dios-en-Cristo concede a todos cuantos creen en Él y le siguen fielmente:

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.” (Juan 6:47).

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.” (Juan 10:27-30).

“Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.” (Juan 6:39).

“Para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno.” (Juan 18:9).

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” (10 Juan 5:12).

En segundo lugar, quien desee seguir defendiendo la doctrina inmortalista deberá tener en cuenta que quienes hayan rechazado a Jesucristo serán condenados:

“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” (Marcos 16:15-16).

“El que en él cree (en el Hijo unigénito de Dios), no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.” (Juan 3:18-19).

“I considerar seriamente estas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y sus implicaciones, hemos de plantearnos en qué consistirá esta condenación reservada para quienes no hayan creído en el Señor, y hayan rechazado la luz de Dios que vino al mundo. Si esa condenación consistiera, como afirma el inmortalismo incondicionalista, en vivir eternamente sufriendo en el infierno de fuego, sería imprescindible que alguien les diera vida eterna a los condenados, como afirmaba el viejo catecismo nunca contradicho oficialmente. Eso implicaría que no sólo los redimidos tendríamos vida eterna, sino también los condenados. ¿Quién dará vida eterna a los inconversos, si Jesús ha prometido dársela solamente a quienes creen en Él y le siguen?

LOS MUERTOS RESUCITADOS POR JESÚS.

El estudio de las resurrecciones efectuadas por nuestro bendito Salvador es muy ilustrativo para nuestro propósito. En el capítulo 11 del Evangelio de Juan tenemos el relato de la muerte de Lázaro, amigo de Jesús. Nuestro Maestro parece tener particular interés en que nos quede perfectamente claro que no se trata de una apariencia de muerte, de un desvanecimiento o algo semejante, sino de un verdadero fallecimiento.

Empieza por ser sorprendente la extensión del relato, que comienza con el versículo 1 del capítulo 11, y concluye en el versículo 11 del capítulo 12.

El tiempo transcurrido desde el momento de la muerte de Lázaro hasta el momento en que Jesús llega ante su tumba es de cuatro días, es decir, mucho más allá de toda posibilidad de reanimación médica:

“Cuando oyó, pues, (Jesús) que estaba enfermo (Lázaro), se quedó (Jesús) dos días más en el lugar donde estaba... Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro... Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.” (Juan 11:6, 17, 39).

Lázaro estaba verdaderamente muerto. Su cuerpo ya había entrado en descomposición, pues hacía cuatro días que había fallecido cuando llegó su amigo Jesús. Sin embargo, cuando el Señor se aproximó al sepulcro, Jesús demostró que por fuerte que sean las ataduras de la muerte, mayor es el poder de Dios, y que para el Bendito es más fácil resucitar a un muerto que para nosotros despertar a un dormido. Por eso Jesús compara la muerte con el sueño:

“Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle... Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto... Jesús clamó a gran voz: (Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.” (Juan 11:11, 13-14, 43-44).

Sabemos por el testimonio de los Evangelios que Jesús resucitó por lo menos a tres muertos: Lázaro, la hija de Jairo, y el hijo de la viuda de Naín. Consideremos los otros dos relatos:

“Entrado en la casa, no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a Juan, y al padre y la madre de la niña. Y lloraban todos y hacían lamentación por ella. Pero

él (Jesús) dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó, y él mandó que se le diese de comer. Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijiesen lo que había sucedido.” (Lucas 8:51-56).

“Cuando (Jesús) llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo. Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.” (Lucas 7:12-17).

Es más que evidente que si estos muertos hubieran ido al cielo al morir, Jesús no les habría hecho ningún favor al obligarles a dejar las bendiciones y la dicha celestiales para hacerlos volver a las desdichas de la tierra, y después tener que volver a morir. Y si al morir hubieran descendido al infierno, siempre según las teorías inmortalistas, Jesús habría transgredido la justicia divina, al sustraerlos de la justa retribución por sus maldades.

Pero hay algo más que debemos preguntarnos: ¿Cómo es que ninguno de los tres resucitados dijo ni una sola palabra acerca del lugar de destino de sus almas? El tema es suficientemente importante como para guardar silencio. Evidentemente, no tenían nada que decir. Ni habían visto ni oído nada en absoluto. Conforme a la enseñanza de las Escrituras, habían estado inconscientes, sumidos en el sueño de la muerte. La Biblia llama a la muerte “sueño” nada menos que en cincuenta y cuatro ocasiones. Y nosotros deberíamos dar crédito a la Palabra de Dios, por encima de nuestros prejuicios, enseñanzas e ideas apriorísticas. No olvidemos que “Dios no es hombre, para que mienta.” (Números 23:19).

CONCLUSIÓN.

No es fácil explicar la tendencia que todos los occidentales tenemos hacia la “necesidad” de un estado intermedio. Por eso es que el antagonismo entre el pensamiento hebreo bíblico y el griego choca más violentamente en este punto que en ningún otro. La doctrina de la supuesta alma inmortal, como todo el mundo sabe, es de factura griega, ajena completamente al pensamiento semítico, por lo cual la Biblia jamás presenta semejante enseñanza. Para todos los autores humanos de las Escrituras, el hombre no posee alma, sino que lo es. Y el hecho de atribuir valores griegos a los textos bíblicos en general, y a los neotestamentarios en particular, es equivocarnos mucho, como venimos tratando de demostrar, por la simple razón de que las nociones que subyacen a estos escritos son absolutamente hebreas.

Los esfuerzos realizados por los teólogos católicos y protestantes por canonizar la metafísica del alma separada del cuerpo, les ha desviado de la teología bíblica hacia la filosofía. El resultado ha sido una doctrina filosófica disfrazada de la teología que ha caracterizado a los teólogos de los últimos años.

La Biblia no enseña la continuidad del ser del hombre más allá de la muerte, cuando éste ya no posee un cerebro como sustrato fisiológico e instrumento de actuación. No existe en el hombre ninguna parte indestructible que por su misma esencia exija pervivencia. “ntes bien, la enseñanza bíblica conjugable con toda la suma de la Palabra de Dios es que el hombre muerto “vive en Cristo” en el sentido de que Dios, por su sola gracia y misericordia, guarda memoria de los suyos, de sus escogidos. De ahí que nuestros nombres estén inscritos en el libro de la vida. La unión vital con el cuerpo resucitado de Jesucristo es el estado en que se hallan los fieles difuntos. Por eso será el Espíritu Santo quien vivifique al hombre al final de los tiempos. Con el Segundo Adviento de nuestro Redentor, en su venida como Mesías Triunfante, los redimidos seremos llevados a la plenitud de la salvación.

Probablemente no hallemos un pasaje más claro al respecto que las palabras del apóstol Pablo al escribir a los cristianos de Filipos sobre su actitud de proseguir al blanco, al supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús:

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos. No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, para ver si logro asir aquello para lo cual fui

también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.” (Filipenses 3:8-14). (Ver también Romanos 8:11; Gálatas 6:7-8).

Todas las esperanzas del apóstol apuntan hacia el encuentro con su Señor en la resurrección de entre los muertos. En este pasaje, idóneo, como tantos otros textos del Nuevo Testamento, para hacer una referencia, por leve que fuera, al estado intermedio, Pablo fija sus ojos en el poder de la resurrección de Cristo Jesús, no en ninguna fábula judaica, ni en filosofía pagana cualesquiera. Y de esa manera, afirma la vida eterna, muestra su amor a la vida como don de Dios, y afirma también buscarla frente a una absolutización de la existencia vivida aquí y ahora.

Frente a la idea pagana de la supuesta supervivencia del alma descarnada del hombre después de su fallecimiento, la fe en la resurrección implica una verdadera radicalización de la fe en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Dios que ha resucitado al hombre Jesús de entre los muertos. En tanto Jesucristo es verdadero Dios con nosotros, y verdadero hombre como nosotros y entre nosotros, eso significa que sin dejar de ser Dios manifestado en carne humana, Jesús de Nazaret, como uno de los nuestros, ha resucitado ya para abrirnos una salida a esta vida nuestra que termina fatalmente en la muerte. Él es, pues, quien nos da la seguridad de que nosotros también resucitaremos, también seremos vivificados con Él. Por eso es que podemos afirmar que Dios no es solamente el Creador de la vida, quien en los orígenes llamó a todo ser a la existencia, sino también el Resucitador que, al final de los tiempos, llamará de la muerte a la vida. Dios está al comienzo y al final de cada vida. Este es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

Esto es lo que el apóstol Pablo nos dice cuando afirma no poner su confianza en sí mismo, sino en Dios que resucita a los muertos, por cuanto nuestro apóstol sabe que la supervivencia de la vida después de la muerte no radica en un principio basado en el propio hombre, sino en la sola gracia soberana de Dios:

“Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.” (20 Corintios 1:9).

Es decir, que nuestras expectativas de vida después de la muerte, de supervivencia o inmortalidad, no se fundamentan en unas supuestas cualidades del alma humana, sino sólo, única y exclusivamente en Dios que resucita a los muertos. Por consiguiente, creemos que más allá de la muerte, más allá de los límites de todo lo que en esta vida experimentamos o podemos experimentar, Dios tiene la última palabra. Y la Palabra de Dios creará una vida que ni siquiera la misma muerte puede detener, pues es vida que procede del amor infinito de Dios, no de una supuesta parte inmortal de nosotros mismos; un amor que es incluso más fuerte que la muerte.

“sí es como podemos aproximarnos a la comprensión de lo que significa que Dios “no es Dios de muertos, sino de vivos”. De este modo nuestra fe, mezclada con las ideas apriorísticas alimentadas por la filosofía griega que nos trajeron los romanos a

nuestro occidente, puede depurarse de tales conceptos paganos como la supuesta inmortalidad del alma. Entonces podemos gustar lo que significa sentir a Dios como Padre que ama la vida. Por eso es su autor. Por eso ama a la vida antes de la muerte y después de ella. Esta es la fe que disipa completamente el gravísimo error que implica creer que el alma queda liberada de las ataduras de la materia al producirse el óbito.

Cuando permitimos a Dios y a su Palabra efectuar el cambio interior por el cual dejamos de confiar en la vida eterna en base a una supuesta característica del alma humana, para ponernos en manos del Señor que guarda memoria de los suyos, y de ese modo dejamos de fundar toda esperanza en la propia naturaleza del hombre, para fiarnos exclusivamente en la intervención soberana del Señor, comenzamos a amar la vida de una forma radicalmente nueva. De ahí se desprende que Israel y la fe judeocristiana de la iglesia naciente representen siempre, no una religión de credo y liturgia, sino una manera de vivir amando, un camino de perdón y amor integral, una liberación de toda esclavitud y atadura, de toda alienación y de toda manipulación. Solamente esta fe vivencial permitirá aumentar la capacidad de amar, multiplicará las posibilidades de ser y desarrollará todas las potencias creativas con que Dios a dotado a sus delicias, los hijos de los hombres.

La armonización del pensamiento judío con la filosofía griega nos ha dado por resultado nada menos que el sistema filosófico conocido como “tomismo”, elaboradísima pirueta intelectual de Tomás de “quino y sus discípulos, hueca sutileza de factura humana, vana escuela conforme a las tradiciones de los hombres; pero la traición al sentido de las Escrituras ha sido mayúscula. No ha pasado de ser un baldío intento por revestir a Jesús de Nazaret y a los apóstoles con el atuendo mental del pensamiento griego, disfrazándoles como si fueran filósofos; y tristemente sus defensores han dado sólido pie a que muchos filósofos de nuestros días hayan seguido el ejemplo y se hayan disfrazado, en este caso como teólogos, mientras que otros han sido inducidos a pensar que el mensaje de Jesucristo no es una verdad definitiva y absoluta, sino un mero eslabón en la larga cadena de los destinos de la humanidad; algo preparado desde la antigüedad para ser a su vez el germen gestante de una nueva filosofía para la humanidad.

“sí es como muchos han caído en afirmar erróneamente que fueron los filósofos del pasado quienes precedieron a los primeros predicadores del mensaje de Jesucristo, como si el cristianismo hubiera existido antes de la venida de Cristo, y Platón, Aristóteles y Sócrates, entre otros, hubieran sido profetas conductores de la humanidad hasta los umbrales del cristianismo.

Creemos que no se equivocaba Nietzsche en sus apasionadas palabras, cuando, en este sentido se manifestaba en los siguientes términos: “Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis en los que os hablan de experiencias supraterrenas. Consciente o inconscientemente, son unos envenenadores... La tierra está cansada de ellos. (Que se vayan de una vez!” Sin embargo, la intencionalidad de las palabras de este filósofo no concordaba con el mensaje de las Escrituras, por cuanto Nietzsche no reparaba en que, según la Palabra de Dios en general, y conforme a las palabras de nuestro Señor Jesucristo en particular, ser fieles a la

tierra es trabajar por la plenitud y la reconciliación de todos los hombres, y colaborar en la satisfacción de la sed que se encierra en todo corazón humano.

Esta es la razón por la que creemos que quienes se esfuerzan por hacer que los cristianos vivan con los ojos puestos en la “otra vida”, entendida ésta como la supervivencia del alma descarnada después de la muerte, sólo están colaborando, también de manera consciente o inconsciente, con las fuerzas que procuran perpetuar el sistema que les favorece a ellos, en detrimento de otros hombres, colectivos y pueblos, mediante un sistema de pensamiento escapista que distancia al ser humano de las realidades y las necesidades inmediatas de sus hermanos. Estos son quienes procuran la edificación de sus “mundos”, y por eso se esfuerzan por evitar que se acometa la construcción de la tierra como patria común:

“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.” (Génesis 1:28).

Probablemente, aquí radique la causa de que en tales círculos levante sospechas de pecaminoso todo acto productor de felicidad, así como de todo logro terrestre disfrutado por los hombres. Nosotros creemos que, frente al espiritismo disfrazado de inmortalismo incondicionalista, la esperanza bienaventurada de la Segunda Venida de Jesucristo y la resurrección de entre los muertos es el gran mensaje de esperanza por excelencia que hallamos en las páginas de las Sagradas Escrituras. Todo lo demás no son sino especulaciones humanas asentadas sobre el paganismo de nuestras vetustas culturas.

Cristo es nuestra única y exclusiva esperanza. Los redimidos por la sangre del Mesías no ciframos nuestra realización final y definitiva en nosotros mismos, ni por nosotros mismos, en virtud de un alma supuestamente inmortal e indestructible, sino por la acción salvadora de Dios-en-Cristo, quien dio su vida por nosotros en la Cruz del Calvario, donde nos substituyó por amor inmerecido, ocupando Él el lugar de juicio, maldición y condenación que nosotros merecemos por nuestros pecados y maldades. Nuestra esperanza de vida eterna no está edificada sobre ninguna pretensión inmortalista innata en el hombre, sino en la acción salvadora de Dios que nos con-resucita en Cristo, y que nos tomará para sí en el día glorioso de su Segundo Adviento, cuando todo ojo le verá.

Esa vinculación con Cristo es algo que nuestro apóstol Pablo repite constantemente en sus escritos, mediante el uso de la partícula griega “syn”, es decir, “con”. Vamos a ver algunos ejemplos en los que se destaca esta vinculación realizada por el Santo Espíritu en el ser de todos los hombres y mujeres redimidos por la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Primeramente, la vinculación con Cristo Jesús en el sufrimiento, en la crucifixión, en la muerte, en la glorificación y en la herencia:

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” (Romanos 8:17).

“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” (Gálatas 2:19-20).

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Cristo), para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” (Romanos 6:6).

“Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él (Cristo), también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará. Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo.” (20 Timoteo 2:11-13).

En segundo lugar, la vinculación bautismal con el Señor en la sepultura:

“Porque somos sepultados juntamente con él (Cristo) para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.” (Romanos 6:4-5).

“Sepultados con él (Cristo) en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.” (Colosenses 2:12).

En tercer lugar, la vinculación con el Señor en la resurrección: “Y juntamente con él (Cristo) nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.” (Efesios 2:6).

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.” (Colosenses 3:1).

En cuarto lugar, la vinculación con Cristo Jesús en la vivificación: “un estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).” (Efesios 2:5).

“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él (Cristo), perdonándoos todos los pecados.” (Colosenses 2:13).

“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.” (Romanos 6:8).

En quinto lugar, la vinculación con Jesucristo en el Reino venidero: “Si sufrimos, también reinaremos con él.” (20 Timoteo 2:12).

La teoría de la inmortalidad del alma es una de aquellas falsas doctrinas que Roma recibió del paganismo, y que después incorporó al cristianismo. Muchos cristianos ignoran que la Reforma Protestante del siglo XVI trató este asunto, aunque, tristemente, fue después olvidado por sus seguidores. Muchos luteranos, al igual que

un gran contingente de cristianos evangélicos de todas las denominaciones, se quedarían boquiabiertos y estupefactos si conocieran algunas de las manifestaciones del reformador Martín Lucero al respecto, quien calificó la doctrina de la inmortalidad del alma descarnada y consciente tras el óbito como parte de las “fábulas monstruosas que forman parte del estercolero romano”. (E. Petavel, “Le Probleme de l’Immortalité”, vol. II, p. 77).

En su exposición del libro de Eclesiastés, el reformador manifiesta que “otra prueba de que los muertos son insensibles es que Salomón piensa que los muertos están dormidos y no sienten absolutamente nada. Pues los muertos descansan, sin contar ni los días ni los años; pero cuando se despierten les parecerá como si apenas hubiesen dormido un momento.” (Lutero, Martín, “Exposition of Solomon’s Book Called Ecclesiastes”, p. 152).

No hay un solo texto de las Sagradas Escrituras donde se afirme que los justos recibirán su recompensa y los impíos su castigo en el momento de su muerte. Ni los patriarcas ni los profetas afirmaron jamás semejante despropósito. Ni nuestro Señor Jesucristo ni los apóstoles afirmaron tal doctrina. El testimonio de las Sagradas Escrituras es que los difuntos no van inmediatamente al cielo, sino que se dice de ellos que descansan o duermen hasta el día de la resurrección:

“Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él.” (10 Tesalonicenses 4:14). (Ver también Job 14:10-12).

El mismo día en que se “quiebra la cadena de plata” y “se rompe el cuenco de oro” perecen todos los pensamientos de los hombres. (Eclesiastés 12:6).

“Los que bajan a la tierra permanecen en silencio, y nada saben de lo que acontece a los hijos de los hombres debajo del sol.” (Job 14:21).

Desde el fallecimiento hasta que suene la trompeta anunciando, despertando para la llegada de nuestro Señor Jesucristo, les parecerá que ha pasado apenas un instante, como el despertar después de una noche de sueño. (Ver 10 Corintios 15:52-54). Y tras el despertamiento del profundo sueño de la muerte, experimentaremos el inmenso consuelo del acceso a la vida eterna. De la angustia de la muerte pasaremos al consuelo de la victoria de Jesucristo sobre el postrer de los enemigos:

“Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu agujón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el agujón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.” (1ª Corintios 15:54-57).

Esto se realizará cuando estemos en presencia de nuestro Dios, en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Entonces la inmortalidad será una gloriosa y sublime realidad. La muerte, amiga de filósofos antiguos y poetas melancólicos, es para Dios el último enemigo, por cuanto arrebató la vida de los hombres. Sin embargo, la muerte no reinará para siempre. Con la gloriosa manifestación de Cristo Jesús desaparecerá definitivamente:

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21:4).

J.Y.

Vallecas-Villa, 5 de Marzo de 2005.

BIBLIOGRAFÍA:

Cullmann, Oscar, “Christ and Time”, Westminster Press, Philadelphia, USA, 1950.

Cullmann, Oscar; “The Early Church. Studies in Early Christian History and Theology”, Philadelphia, Westminster Press, 1956.

Cullmann, Oscar, “Immortality of the Soul or Resurrection of the Dead? The Witness of the New Testament”, The Macmillan Company, New York, 1958.

(Hay versión española: “La Inmortalidad del Alma o la Resurrección de los Cuerpos. El Testimonio del Nuevo Testamento”, Stvdivm Ediciones, Madrid, España, 1970).

Schaff, Philip & Wace, Henry, “Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church”, WM. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, USA, 1979.

Froom, Le Roy Edwin, “The Conditionalist Faith of Our Fathers”, Review and Herald, Washington D.C., USA, 1966.

Bailly, “Dictionnaire Grec Français”, Hachette, París, Francia, 1963.

Winocur, León, “Nuevo Diccionario Completo Hebreo Español”, Editor Menasche Konstantinovsky, Buenos Aires, Argentina, 1930.

Chavez, Moisés, “Diccionario de Hebreo Bíblico”, Editorial Mundo Hispano, El Paso, Texas, USA, 1992.

Kittel, Gerhard, Friedrich, Gerhard, “Theological Dictionary of the New Testament”, WM. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, USA, 1983.

La Santa Biblia, Reina-Valera 1960, Sociedades Bíblicas Unidas.